LETRAS SALVAJES

Revista de Literatura, Arte y Pensamiento de alta velocidad

Homenaje a Alfredo Villanueva Collado

41

ISSN 2638-9711

LETRAS SALVAJES

Número 41, 2024

Editor en jefe: Alberto Martinez-Márquez

Fotos de portada y contracubierta: Alfredo Villanueva Collado (Cortesía de Abersio Núñez)

Composición y diseño: Alberto Martinez-Márquez

Logo: Iván Figueroa Luciano

Esta revista puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o a través de cualquier medio electrónico, mecánico, copia fotostática, grabación u otros métodos que permitan su libre difusión y consumo.

Esta revista no recibe subvenciones algunas de individuos ni de agencias de gobierno, alianzas público-privadas o entidades corporativas nacionales o transnacionales.

LETRAS SALVAJES es una publicación sin fines de lucro, que se rige por la libre economía de la koinonía.
Copyleft © 2024

Favor de dirigir sus colaboraciones al correo-e:
revistaletrassalvajes@gmail.com

Para envío de libros, revistas, cd-roms, dvds o cualquier otro material apalabrado o audiovisual, favor de escribir a la siguiente dirección:

Alberto Martínez-Márquez, Editor
Letras Salvajes
P.O. Box 850
San Antonio, Puerto Rico 00690

Índice

- Editorial 1
- La Selva de tinta 3
  - Hilda Mundo 7
  - Pedro López Adorno 9
  - Brigidina Gentile 11
  - Marithelma Costa 15
  - Carlos Esteban Cana 25
  - Daniel Torres 29
  - Alejandro Varderi 34
  - Tere Martínez 38
- Biobibliografía 51
- Fronda de letras: escritura de Alfredo Villanueva Collado 59
  - Poemas 61
  - Cuentos 77
  - Autopolaroids 89
  - Otros escritos 99

Alfredo Villanueva Collado leyendo poesía, en una actividad organizada por Etnairis Rivera, en el desaparecido Chateau Rouge de Río Piedras (2007). Foto por Alberto Martínez-Márquez.

Editorial

Con este número especial, *Letras Salvajes* rinde un sentido y merecido tributo a uno de los escritores puertorriqueños más destacados de su generación, y un colaborador activo en nuestra revista: Alfredo Villanueva Collado. A través de testimonios, ensayos críticos y una cuidada selección de sus obras, tanto publicadas como inéditas, exploramos la vida y la obra de este prodigioso escritor nacido en Santurce en 1944 y fallecido en la Gran Manzana el 5 de septiembre de 2020. Villanueva Collado, un puente entre Puerto Rico, Venezuela y Nueva York, nos legó una obra rica y compleja, que nos invita a reflexionar sobre la identidad, el amor, las circunstancias sociales, los prejuicios y nuestro lugar en el mundo. Les invito a sumergirse en las páginas de este número especial y descubrir el universo literario de Alfredo Villanueva Collado. A través de sus palabras, podrán conocer a un hombre apasionado por la vida, la literatura y su tierra. Este número es un homenaje a su legado y una invitación a seguir explorando su obra.

Agradezco infinitamente a Abersio Núñez por su ayuda y constante colaboración, al remitir material inédito y fotografías de Alfredo, que han sido de gran valía para el presente volumen. De igual manera, quiero expresar mi profundo agradecimiento a Marithelma Costa por coordinar la recopilación de los escritos sobre Alfredo que figuran aquí y, al mismo tiempo suplirme material fotográfico. Asimismo, quiero agradecer a los colaboradores de este número especial por su trabajo, su confianza y su paciencia.

Espero este número sea del agrado de todos.

Alberto Martínez-Márquez

Editor en Jefe de *Letras Salvajes*

Alfredo y su compañero Aberso Núñez, 1996.

La selva de tinta:

Textos sobre Alfredo Villanueva Collado

entre la inocencia y la manzana

alfredo villanueva-collado

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

3

AQUÍ Y AHORA

Hilda Mundo

Alfredo Villanueva-Collado: me convidaron a recordarte, aunque todos los días te recuerdo...

Tenía yo veintiocho años cuando lo vi por primera vez en *el subway* de camino al taller Ollantay en Queens, que para entonces coordinaba el profesor Silvio Torres-Saillant y dirigía el dramaturgo Pedro Monge Rafuls. Nuestras miradas se cruzaron, y al bajar del tren, le pregunté si sabía cómo llegar hasta la casa-taller. Íbamos a lo mismo, así que caminamos juntos. Ambos participábamos en los paneles literarios de ese día. Hizo varias preguntas sobre mi ponencia. Ambos trabajábamos en el Eugenio María de Hostos Community College del Bronx: yo a tiempo parcial en la unidad de Lenguas Modernas del Departamento de Humanidades y él de catedrático del Departamento de Inglés. A veces pasaba a verlo a su oficina y conversábamos de asuntos literarios.

Unos años después, en 1989, él ya era Director del Departamento de Inglés y me ofreció enseñar cursos en la unidad de ESL (English as a Second Language) de su Departamento. Esto fue un reto para mí, porque nunca había enseñado "el difícil" a estudiantes que, en su mayoría, eran inmigrantes recién llegados de la República Dominicana. Así pasé de enseñar escritura en español a enseñar las destrezas del idioma inglés a los mismos estudiantes. Alfredo me proponía un reto académico. En 1993, había yo cumplido con el término de un contrato académico como Instructora en el Departamento de Español de New York University. Alfredo me dio su voto de confianza y me eligieron como Instructora a tiempo completo en el Departamento de Inglés del Hostos Community College, posición que ocupé por unos seis años en la unidad de Escritura y Literatura. Alfredo Villanueva se convirtió en mi mentor académico y apoyó mis contribuciones departamentales. Compartíamos en las actividades literarias del College cuando se llevaban a cabo lecturas de poesía. Con mucho interés leía algunos de mis trabajos literarios y me recomendaba publicarlos. Como un padre protector, le prohibía "a la nena" que saliera pasadas las diez de la noche de la oficina porque "las vías del tren 2 de Grand Concourse son peligrosas, así que no te quiero tomando el tren tan tarde". Me llamaba "nena" cuando hablaba conmigo personalmente.

En una reunión académica, me comentó que sentía un cosquilleo en su cuello. Trabajaba afanosamente en esos días y le sugerí que tomara un día de descanso. Eran los primeros síntomas del síndrome de Guillain-Barré, que le estalló después de recibir una vacuna contra la influenza. A duras penas pudo continuar su labor. Fue ingresado cerca de seis meses en un hospital de New York. Allí lo visitaba mientras permanecía recluido con parálisis corporal total. Mi visita lo sorprendía. Llegaba

solamente a tomarle la mano y hablaba con él. En varias ocasiones, lo acompañé hasta pasada la medianoche y lo asistí en lo necesario. Entonces comenzamos una relación más íntima, donde me contaba experiencias personales. Luego de muchos meses de intensa terapia física, volvió a su labor de catedrático hasta que se retiró pocos años después.

Muchas veces lo visité en su palacio de cristal, un departamento en el quinto piso de un edificio de la calle 15 en Chelsea. Conocí su terrible temperamento iconoclasta, que contrastaba con su devoción a la oración de San Francisco de Asís que se hallaba junto a su cama. Me contaba sus experiencias en la comunidad homosexual del Village y me hablaba de "los otros, los atrevidos, los que revelan sus ritmos en la calle" (poema I, versos 5 y 6, del poemario *Grimorio*, página 11, 1986). Me abrió su verdad de corazón dolido por la pérdida de su adorado Victor Amador, pintor e ilustrador de sus primeros poemarios. Me hablaba de su infancia en Venezuela y de su vida en Puerto Rico. Idolatraba a sus padres, que siempre le apoyaron. De su madre extrañaba los guisos y admiraba su creencia en el espiritismo. Así me fui convirtiendo en una amiga mientras cenábamos y compartíamos copas de vino. Siempre me pedía que volviera a verle. Así lo hice durante años. Tuvimos una trayectoria educativa muy similar, según me decía. Me leía los poemas que en ese momento estaba produciendo: fue un escritor con disciplina. Todos los días, con sólo dos dedos, tecleaba sin cesar produciendo su poesía y escribiendo artículos, sumido en estados alterados que el vino, los analgésicos y la neuralgia le ocasionaban. Conocí su poesía, que me invitaba a compartir en cada visita. Apreciaba mis comentarios.

Al transcurrir del tiempo, todos los domingos me llamaba por teléfono. Me invitó a ser su confidente. Entonces me contaba intimidades propias de su homosexualidad, de ser varón con SIDA, de sus contratiempos médicos y cotidianos, de su temor por la política de Trump y por el racismo creciente que se vivía en los Estados Unidos. Confesaba que la muerte no le atemorizaba, sino el dolor físico que padecería antes de fallecer. Su condición física se deterioraba cada día más; le regocijaba pensar en los manjares de su infancia, pero apenas podía comer. Me leía sus posturas críticas a los periodistas nacionales y a los críticos de literatura. Alfredo se convertía en un altoparlante que gritaba justicia social desde su mesa de escribir. También me instruía sobre su inmensa colección de jarrones de cristal de Bohemia, piezas de Tiffany y Dugan Art Glass, y muchos más. Alfredo era tan translúcido y frágil como el cristal; tan prismático como el ópalo que llevaba en su cuello.

Murió sin ver libre a Puerto Rico, un tema muy angustioso para él. Cerraba el verano del 2020, época de la pandemia del COVID y tenía setenta y seis años. Debido a las medidas de seguridad del hospital, lamenté no poderlo ver de nuevo antes de fallecer.

Siempre lo recordaré como un colega protector; un inquietante y prolífico poeta y un transparente confesor. Su espíritu, desde donde esté, me sigue el paso.

Pedro López Adorno

Alfredo Villanueva Collado en mi memoria

Cuando a fines de 1987 le pedí al poeta, Alfredo Villanueva Collado, una poética para ser incluida en la antología que, en aquel entonces, preparaba (*Papiros de Babel/ Antología de la poesía puertorriqueña en Nueva York*), éste concluyó su reflexión definiéndose como "el erotómano de lo visible". Creo que esa descripción fue certera en cuanto aludía tanto a la materialidad de su arte amatorio como a la esencia de su visión descolonizadora.

Ser invitado a una tertulia en su apartamento- un privilegio de por sí- era encontrarse con su maravillosa colección de cristalería Loetz y checa y, al unísono, darse cuenta de que uno se encontraba rodeado por la belleza de la poesía. Era un conversador afable y generoso con sus interlocutores pero también el tipo de persona que le gustaba "ir al grano": prohibido ser hipócritas lectores en su presencia.

Su poesía es un metafísico flechazo hermafrodita que remotiva los temas y formas de la herencia culterana que incorporó a su obra. Su quehacer, como un remolino de de cuerpos y palabras que tocan sombras, explora fuentes temáticas asociadas al ente amado y la Muerte. Desde ese acercamiento a la poesía, Alfredo buscó (y logró) zafarse de las camisas de fuerza de poéticas que intentaran dictarle una "moral" a su repertorio expresivo. Alfredo siempre consideró la poesía una fusión de la sexualidad y la metafísica. He aquí un ejemplo tomado de la tercera parte del "Die totenlieder" (poema del libro *Grimorio* de 1988):

Adiós. Que la podredumbre
común e inesperada me ronda
cerca, y es más fuerte
que el amor, más atrevida,
dolor por todas partes, y un deseo
de volverme cenizas.

Sin duda, amor y muerte, aliadas a la música del verso, son ejes centrales de esta obra. Releer sus libros es encontrarse con un poeta vertical entregado a la libertad de su expresión. Así era Alfredo: un poeta íntegro deseoso de hacer el amor con todo el cuerpo en rápida sábana de fuego. Hizo con su discurso poético, dulce y duro a la vez, militante y lírico, refinado y desafiante, una obra valiosa que necesitamos seguir leyendo y estudiando. Ocupémonos de ella.

Alfredo Villanueva Collado no sólo es un referente esencial dentro de la literatura gay sino también un legítimo defensor de nuestra puertorriqueñidad asediada dentro y fuera de la diáspora.

Alfredo al año de edad.

Brigidina Gentile

Alfredo o si ama o si odia, non ci sono mezze misure e noi le abbiamo attraversate tutte.

Alfredo è con me da sempre, da quel fatidico giorno del 2005 quando ci siamo incontrati nell'aeroporto a Santo Domingo. Entrambi partecipavamo al congresso del L.A.R.T. e aspettavamo qualcuno che venisse a prenderci. Quel qualcuno non è mai arrivato ma noi sì, siamo sempre arrivati laddove volevamo: al cuore delle cose e delle persone.

Da quel giorno Alfredo e io non ci siamo più lasciati. Abbiamo volato insieme e insieme siamo sprofondati nella gioia e nella tristezza, nel dolore e nella disperazione, sul cammino della vita. Mi ha sempre accompagnato anche a distanza. Mi ha coccolato e pure frustrato con le sue parole, mi è venuto incontro, ha aperto e chiuso porte. È stato come un amante geloso e al contempo premuroso... ma non mi piace parlarne al passato. Alfredo vive in me e nella poesia, nei racconti condivisi, quelle sue e nostre polaroid, nelle improvvisazioni e non soltanto del cuore. Tutto è vivo e presente.

Un giorno mi chiese di tradurre un racconto auto biografico sulla divina Callas, donna e mito che ho potuto apprezzare anche attraverso la luce e le ombre delle sue parole.

Un estratto:

"Tranquillo e sorpreso, anche. Un brivido gli fa capire che non deve preoccuparsi per qualcosa di tanto semplice come la morte. Legge i necrologi, ritorna dopo qualche giorno ad ascoltarla, e la voce rimane. Nulla di ciò che si dice gli sembra nuovo; i dettagli che altri divorano lo fanno sorridere. Ogni mattina, mentre si china sulla sua scrittura, con le cuffie alle orecchie per non svegliare il Biondo o i vicini, sente che quel viso si posa sul suo, maschera dolce, frenetica, estatica, e canta con lei. Quella voce ora sorge da tutti i meandri del suo corpo, procede dalla sua gola, *dolce, calma, sorridente*[1]. Adesso sì, nessuno potrà separarli."

Così come molte delle sue poesie. Qualcuna me l'ha dedicata. Ora tocca a me:

Effetti Secondari

A Alfredo Villanueva

Avevi un sorriso polaroid
e quella strana luce negli occhi
senza destino né guarigione,
lampi di una storia,
quella che non hai raccontato mai.
Chiusa nella torre merlata della memoria
senza più le luci della festa

[1] Isotta (n.d.t.)

che cosa me ne faccio adesso
dei nostri giorni da passamaneria
quando sfilavamo poesie nel vino dell'allegria.
E le stampe con i nudi
di giovani imberbi che collezionavi,
dove le metto? Adesso...
Qui è pieno di vetri e non c'è più posto
nemmeno per quegli sguardi tuoi rabbiosi
di quando eri in guerra con il mondo
ma non con le parole.

Il giorno che ti sei stancato di stare alla vedetta
m'hai detto che t'avrei sepolto
tra le ossa filose della memoria
invece sei ancora qui
onnipresente
continuo a sentire la tua voce
Nena...
che mi chiama
sempre più flebile... sottile
Nena... Nena, vieni
fermati un momento siediti qui accanto a me.

Parola che vede, parola che tocca
da me avrai tutte le cose peggiori, dicevi
e io ti ho compreso goccia a goccia.

Siamo come olive
soltanto quando veniamo schiacciati
esprimiamo il meglio di noi, è scritto.

Oggi io cerco una felicità diversa
e forse l'Infinito avrà pietà della mia
rumorosa solitudine.

Alfredo o si ama o si odia, non ci sono mezze misure e noi le abbiamo attraversate tutte.

Alfredo, o se ama o se odia, no hay medias tintas y nosotros hemos pasado por todas ellas.

Alfredo ha estado conmigo desde siempre, desde aquel fatídico día de 2005 cuando nos encontramos en el aeropuerto de Santo Domingo. Ambos asistíamos al congreso de L.A.R.T. y estábamos esperando a alguien que viniera a recogernos. Esa persona nunca llegó, pero nosotros sí, siempre llegamos a donde queríamos: al corazón de las cosas y las personas.

Desde aquel día, Alfredo y yo no nos hemos separado. Hemos volado juntos y juntos nos hemos sumergido en la alegría y la tristeza, en el dolor y la desesperación, en el camino de la vida. Él siempre me ha acompañado, incluso a distancia. Me ha mimado y también me ha frustrado con sus palabras, se ha acercado a mí, ha abierto y cerrado puertas. Ha sido como un amante celoso y al mismo tiempo atento... pero no me gusta hablar de eso en el pasado. Alfredo vive en mí y en la poesía, en los relatos compartidos, en esas instantáneas suyas y nuestras, en las improvisaciones y no solo del corazón. Todo está vivo y presente.

Un día me pidió que tradujera un relato autobiográfico sobre la divina Callas, mujer y mito que pude apreciar también a través de la luz y las sombras de sus palabras.

Un fragmento:

"Tranquilo. Y a la vez sorprendido. Un escalofrío le deja saber que no tiene que preocuparse por algo tan sencillo como la muerte. Lee las notas necrológicas, vuelve a ella después de unos días, y la voz permanece. Nada

de lo que se dice le parece nuevo; los detalles que otros devoran lo hacen sonreír. Cada madrugada, al inclinarse sobre su escritura con los audífonos puestos para no despertar al Rubio o a los vecinos, siente que ese rostro se posa sobre el suyo, máscara dulce, frenética, extática, y canta con ella. Esa voz surge ahora de todos los recodos de su cuerpo, procede de su garganta, *dolce, calma, sorridente*[2], y ahora sí que nadie puede separarlos."

Así como muchos de sus poemas. Algunos me los ha dedicado. Ahora me toca a mí:

Efectos Secundarios

A Alfredo Villanueva

Tú tenías una sonrisa polaroid
y esa extraña luz en los ojos,
sin destino ni curación,
destellos de una historia,
la que nunca has contado.

Cerrada en la torre almenada de la memoria
sin las luces de las fiestas ¿qué hago ahora
con nuestros días de pasamanería
cuando deshilábamos poemas
en el vino de la alegría?
Y las impresiones con los desnudos
de jóvenes imberbes que coleccionabas
¿dónde las pongo? Ahora...
Aquí está todo lleno de vidrios y no hay ya lugar
ni siquiera para tus miradas rabiosas
de cuando estabas en guerra con el mundo
pero no con las palabras.
El día que te cansaste de estar siempre en guardia
me dijiste que yo te enterraría
entre los filosos huesos de la memoria.
Pero no, aún estás aquí,
omnipresente.
Sigo escuchando tu voz
Nena...
que me llama
cada vez más débil... más fina
Nena... Nena, ven
detente un momento, siéntate a mi lado.

Palabra que ve, palabra que toca
de mí tendrás todas las cosas peores, decías
y yo te entendí, gota a gota.
Somos como aceitunas,
solo cuando somos aplastados
expresamos lo mejor de nosotros,
está escrito.

Hoy busco una felicidad diferente
y el Infinito, quizás, tendrá piedad de mi
ruidosa soledad.

Alfredo o se ama o se odia, no hay medias tintas y nosotros las hemos atravesado todas.

[2] Isotta (n.d.t.)

ALFREDO VILLANUEVA COLLADO
DE ANTIGUO AMOR:
POEMARIOS 1965-1983

Marithelma Costa

Desde Punta Las Marías, escribo: Alfredo Villanueva Collado

Todo empezó en Punta Las Marías. Los sonidos que escuchó el poeta de niño: las olas que rompen contra las piedras, las pencas de las palmeras que se rozan siguiendo los vientos del noreste o del sur, el peculiar gusto del salitre en el aire. Las primeras formas que percibieron sus ojos también estuvieron matizadas por la luz a raudales de esa punta del litoral Atlántico donde termina San Juan y comienza Carolina. Asimismo, allí fue el tacto, el contacto con la madre, con las batistas de sus cotitas, el hilo de los culeros y las sábanas de su cuna.

No era una familia de clase media disímil a las que se multiplican en el país tras la Segunda Guerra Mundial. Cuando la alcaldesa Felisa Rincón de Gautier decide que los boricuas debían conocer la nieve, sus padres lo llevan con su hermana a San Juan a participar del evento. El poeta narra "El día que fuimos a mirar la nieve" en dos excelentes vídeos uno en español y el otro en inglés:

"Cuento: El día que fuimos a mirar la nieve"
https://www.youtube.com/watch?v=7udmmgqSnTY

Short Story: The day we went to see the snow
https://www.youtube.com/watch?v=NYR7oo6SisA

Después, como muchos puertorriqueños, la primera emigración, la suya a Venezuela. Allí, a los sabores, olores, colores y texturas de la Isla, se sumaron los de Caracas. También conoce las convulsiones políticas que se vivieron en el país y describe en su Polaroid "Venezuela. Revoluciones 1":

Un chiquitín, apenas dos días después de su primer cumpleaños, juega feliz con casquillos de bala que soldados insurgentes han dejado atrás después de disparar contra las tropas leales al régimen que defienden el palacio presencial, y que su padre, enviado a la calle por leche durante una calma de la balacera, ha recogido para él. O así papi contaba el cuento. Dieciocho de octubre de 1945, caída del presidente Isaías Medina Angarita. Crecer en Venezuela durante este tiempo significaba vivir con el miedo la certeza de insurrecciones militares y civiles. 24 de noviembre de 948: caída del presidente Rómulo Gallegos, apenas diez meses en el poder. No en balde mami vivía obsesionada con eso de tener provisiones de más para emergencias. En todas las casas y apartamentos que ocupamos de 1945 a 1960 hubo una despensa llena de cajas de comida para bebés Gerber, nuestra favorita leche en polvo Klim; un exótico jamón de pote llamado Spam y el más común endiablado Underwood, sopas Campbell, galletas saladas Nabisco, vegetales Del Monte (mi madre no patrocinaba el enlatado local), Ovaltina suiza, mantequilla danesa en tarritos anaranjados, café, arroz, azúcar, harina y toda clase de habichuelas y otros granos guarda-dos en grandes latas vacías de manteca "El Cochinito."

Alfredo Villanueva Collado vuelve a Puerto Rico a terminar la escuela secundaria. Luego pasa a su Universidad, y es uno de los primeros alumnos en terminar la

maestría en inglés con una tesis sobre Matthew Arnold y el pensamiento hindú. Pero la llegada a la Isla, como explica en la Polaroid "Puerto Rico 132. Archivos FBI 1", no estuvo exenta de dificultades:

Yo llevo más de un año peleando al Servicio Selectivo. He pedido que se me clasifique como objetor por conciencia, y me han llamado a entrevista. Me llevan a una larga habitación junto a otros chicos. Nos dan un cuestionario a llenar. Y allí, una pregunta: "¿Conoce usted o se ha asociado a personas o individuos que usted sepa que han conspirado contra el gobierno norteamericano?"

Sucede que mi amada profesora de Historia de Puerto Rico, descendiente de una de las familias más patricias de la isla, es una aferrada nacionalista. El primer día de clase nos había preguntado por qué estábamos en su curso, aparte de que de un requisito. Le contesté que, habiéndome criado en Venezuela, quería saber si Puerto Rico tenía historia. Me respondió sonriente: "Déjame mostrarte." Y ahora soy su más ferviente discípulo. He ido a su casa, donde me ha sentado en el mismo sillón que ocupara el augusto prócer, mientras leo en voz alta los incendiarios versos de Alabanza a la Torre en Ciales. He escrito una serie de sonetos históricos dedicados a ella.

Por lo tanto, contesto "sí" a la pregunta. Recogen los cuestionarios. A los pocos minutos llegan dos policías militares, ambos puertorriqueños, me esposan y me llevan a otro cuarto donde me sacan una fotografía y toman mis huellas digitales. Otro puertorriqueño me interroga por horas: "Admites ser independentista. Ahora bien, si Fidel Castro invadiera la isla para liberarla de los americanos, ¿te unirías a sus tropas?"

Entiendo la pregunta: "Claro que no. Todo el mundo sabe que Fidel Castro es una marioneta de los rusos. Quiero que mi país sea libre, no que cambie de dueño." Me dejan ir, advirtiéndome que la cosa no termina ahí.

En 1970 imparte clases de literatura en la Facultad de Humanidades en la Universidad de Puerto Rico. Y José Generoso Flores (Pepe Flores), musicólogo, fundador del centro cultural La Sala de Pepe y líder comunitario de Loisaida en Nueva York, tuvo la suerte de ser su alumno. Así me lo describió el 20 de agosto del 2023, en una conversación telefónica:

Era un tipo inteligente, divertido, exigente con sus estudiantes, humilde y con mucho sentido del humor. Cuando enseñaba transmitía su pasión por la literatura. Fue un semestre entero. Con él leí Cien años de soledad.

Estudiar a García Márquez con Villanueva marcó mi vida. La clase siempre estaba llena, la gente quería asistir y él ni pasaba lista. También leímos Las flores del mal *de Baudelaire. Y lo primero que nos dijo fue que la traducción no era buena, por lo que él mismo la iba corrigiendo a medida que leíamos los poemas.*

Villanueva es uno de los mejores profesores que tuve en la Universidad de Puerto Rico: él y Wico. A la clase de Luis Rafael Sánchez no me matriculé sino que se convirtió en mi profesor cuando sustitiyó al mío, que estaba enfermo.

Mi encuentro con Villanueva fue gracioso. En esa época había que recoger una tarjeta por clase para matricularse. Tuve que subir a un palomar en Humani-

dades a un cuartito a buscar la tarjeta y lo veo, muy joven, con los pies encima de la mesa. Como pensaba que era un estudiante le pregunté: "Oye, ¿y ese profesor Villanueva Collado será bueno?". Me respondió que era chévere. Y luego me lo encontré el primer día, dando la clase. Nunca faltó ni un día.

Con veintidós años se marcha a Nueva York, becado, para comenzar su doctorado. Entonces se inicia su segunda emigración. Una amiga le advierte lo que le espera y anota en su "Polaroid 61. El sueño amerikano":

Mi amiga del alma, Haydée, una chica brillante cuyo poderoso intelecto asusta aún a los profesores más duros, me ha invitado a un almuerzo. Habla perfecto inglés, habiéndose criado en Nueva York. "Me vas a leer la cartilla," bromeo, pensando en todo lo que sabe de mi desgraciada vida romántica. "No exactamente," contesta con una enigmática sonrisa. "Pero tengo que hablarte."

Después del almuerzo en la Bombonera donde, previendo el futuro, me atraco de arroz con gandules, pernil, amarillos fritos y cerveza India, me lleva a Camilito's, una fabulosa tienda de regalos finos donde me pide que escoja un presente. Selecciono un pequeño patito en cristal opaco, acurrucado para dormir. "Lo llevaré conmigo para siempre," le digo. "Muy apropiada la selección," me contesta. "Pero todavía no hemos conversado. Vamos a darnos unos tragos."

Nos acomodamos en uno de esos bares del viejo San Juan con un patio interior como un sueño húmedo de turista. "Sabes," dice mientras juega con la sombrillita en el trago, "te vas a llevar una gran sorpresa cuando llegues a Nueva York." Estoy confundido. ¿Qué quieres decir? ¿Van a ser más fuertes los estudios allá que aquí? ¿No seré capaz de aguantar los inviernos?" "No, no me refiero a eso," contesta. "Pero estás a punto de cambiar el color de tu piel. Ves, aquí nadie se preocupa mucho por eso. ¿Qué crees tú que soy yo con respecto a ti?". "Francamente que no sé. Para mí nosotros hemos sido siempre, bueno, puertorriqueños." "Pero en Nueva York yo era negra. Por eso se vino mi familia. No soportábamos las clasificaciones." "¡Eso no me va a pasar a mí!" exclamo indignado. "Veremos a ver," me sonríe mientras me pasa su segundo regalo, una cinta con "Nuestro balance," la canción de Tito Rodríguez que me ha hecho llorar tanto desde que mi novio me dejó por un cantante de ópera.

Tras graduarse, buscar trabajo, buscar casa, intentar en vano de escapar del racismo, llega a la calle 15, al norte del mítico bar Stonewall del West Village, donde lo conocí. Corrían los años 90 y era el primer sobreviviente que encontraba de la epidemia de VIH que asoló el globo desde los 70. Además, tenía plena conciencia de ello. Ya no enseñaba en Hostos Community College, donde le dio clases a la poeta argentina Margarita Drago, autora de *Fragmentos de memoria, mi vida en dos batallas*; sino que se dedicaba a escribir poesía y a su segunda pasión: el cristal de Bohemia.

¿Cómo recrear las visitas? ¿Cómo describirlo? Además de lo que compartió Pepe Flores, su alumno, Alfredo poseía una sensibilidad exacerbada muy afín a la de Oscar Wilde, Joris-Karl Huysmans o José Asunción Silva. Y esa sensibilidad tan en consonancia con la del Fin de Siglo, el decadentismo y la Belle Époque, se expresaba en

la vista, el oído, el paladar. Lo conocí ya de mayor, pero evidentemente todavía era un dandy.

Su mirada se acompasada a las sinuosas líneas de los floreros del cristal de Bohemia que coleccionaba, a las complejas formas fluorescentes, que anunciaban las calas, lirios o rosas que contendrían. Solía señalar los colores a veces tornasolados, siempre en transparencias que los distinguían.

Inicia su colección que muchos considerábamos un museo, al encontrar por fin su lugar en la calle 15 de Manhattan. Cuando lo visité, ésta ya cubría todas las paredes de la sala comedor en tablilleros paralelos, desde el suelo hasta el techo. Los acompañaban, aquí y allá, posters de la Belle Époque, junto a portadas de las revistas *Saturday Evening Post* y *Colliers* publicadas en los primeros treinta años del siglo XX, con imágenes homoeróticas del fotógrafo alemán J.C. Leyendecker.

Floreros grandes, medianos, floreritos; de colores sólidos o fluidos; con base y sin base; tinteros, estilográficas de la época, casi todo encontrado en los pulgueros de Chelsea o los anticuarios de Manhattan. Más tarde, cuando los mercados en la calle y los parkings desaparecieron, y su colección se consolidaba, comenzó a adquirirlos por internet. Vivía en el piso superior de un dúplex, y si uno bajaba, veía colgados en la escalera una serie de grabados de Tufiño. Pero cuando Alfredo se daba cuenta que uno había llegado demasiado lejos, escuchaba su grito: “Allá no bajes. Hay un revulú”.

Y no sólo era la vista y el tacto, sino también el oído. En su apartamento siempre había música. Ya enfermo, seguía las óperas desde la cama y, cuando invitaba a los amigos, ponía cinco discos corridos de música caribeña. Su amor por la música fue una constante en su vida. Como escribe en su Polaroid 61, su novio lo dejó por un cantante de ópera y pasó sus últimos años con Abersio Núñez, un cantante de música latinoamericana que hoy enseña en Hunter College.

A medida que se agravaban sus enfermedades, se fue aislando más y más. Las reuniones se hicieron cada vez más pequeñas. Me hallo entre el manojo de personas que no rechazó... aunque sí lo hizo con amigos con los que cortó de cuajo. La enfermedad se ceba de forma muy cruel en los dandis y él no quería que vieran su decrepitud.

Cultivó la buena mesa, el paladar casi hasta el final de su vida. Sus comidas eran espectaculares. Al principio las preparaba él, pero pronto su compañero se metía en la cocina y producía maravillas. Sus poemas gastronómicos dan cuenta de ello:

El poeta hace mercado

(De: *El jubilado*, 2006)

El carrito vacío, va contento
hacia el mercado junto al río
donde hará la compra para el mes
en el que el invierno hunde sus talones.

La cabeza llena de recetas, sonríe
recordando los poemas malhadados
que leyó esta madrugada cibernética.
Cuántos fatuos cocineros de palabras.
Más no palabras lleva en su lista:
precisos cortes de buena carne,
aceite de oliva, ajo, condimentos,

con los que forjar un poema distinto.

En el hacer con amor cuidadoso,
en la osadía fuera de medidas,
recetas toman forma, poemas.
La artesanía es el alma del arte.

Y regresa a casa, lleno el carrito,
los ingredientes, voces cabales.
Conjura hirvientes platos magistrales,
loco de contento, con su cargamento.
13.12.2000

Sabores

(De *La voz de su dueño*, 1997)

A veces quiero sentirme de vainilla,
más blanco que los descendientes del Mayflower,
más blanco que los perros pastores alemanes,
cremoso y puro como postre de nubes;
y, levemente oliendo a colonia francesa,
exhibirme en modestas mas costosas corbatas
por los alrededores de museos que alberguen
la exaltada historia de la cultura blanca.

A veces quiero sentirme chocolate,
la entraña misma del primer continente,
víctima permanente de la desgracia histórica
que mueve mis caderas a ritmo de descarga;
exhibirme folklóricamente elemento,
con batolas/gorritas de seda bordadas
para los que no me quieran de pariente agonicen
la ofensa canela de mis rutas cruzadas.

Pero a veces quiero sentirme de fresa,
ambiguo, ajeno, incontenible, ácido,
sobre muslo desnudo puto viento rosado,
sonrojado manoseo de agua tibia;
pétalo de flor que hace cosquillas
fuera de los museos o la historia,
chocolate con el corazón de otro sabor,
rastro de sangre sobre la vainilla.
6/12/97

Según él mismo le explica en el 2005 a Daniel Torres en *Letras Salvajes*, su temática es triple: el amor, la muerte y la política. Tenía además una concepción visceral de la poesía. En su "Poética" se describe como un poeta somático y explica: "escribo no con el corazón o el cerebro sino con las entrañas. Cuatro son mis tintas: sudor, sangre, semen y lágrimas. Soy implacable con los binoculares y no soporto el falso plebeyismo de los que adoptan el rol de adversarios oficiales de cualquier imperio". (https://teatrodelaluna.org/amigos/poetas/alfredo_villanueva_collado.htm)

Y aunque no mantenía muchas relaciones con los poetas neorriqueños, sí le escribió un hermoso texto a Tato Laviera:

Laviera

Si es que hay un Dios omnipotente
le rogaría que nos protegiese.
Pero solo hay un dios indiferente,
producto defectuoso de las fantasías

de los que creamos en nuestra imagen.
Los poetas mueren un día cualquiera.
Saben cómo remover la máscara
que otorga identidad transitoria.

Ya Tato Laviera no es Tato Laviera.
Ni negro, ni poeta, ni pasajero
de alguna malefacta guagua aérea.

Ha vuelto al crisol que nos refunde.
En un cuerpo que no percibimos descansa.
Lo recordaremos mientras nos olvida.
02.11.2013

Con el paso del tiempo comenzó a publicar sonetos en Facebook donde el tema de la muerte se hacía cada vez más presente. Transcribo aquí dos de ellos:

Casi noviembre

Llegan, brindan, regresan, se devuelven.
Largas procesiones de fantasmas
mendigando misericordia colectiva.

Una extraña melodía los guía.
Se saben inocentes, se saben culpables
creadores de dioses sanguinarios

en permanente intercambio de poderes.
La muerte crucial de cada día, el puerto
a la odisea de otro mar abierto.

Mientras tanto, obsesivas cadencias,
electrónicos tuti tuti, bachatas cortavenas,
escriben con tinta cafetinera

el espejismo de un poema encharcado,
la interminable hemorragia de otoño.
20.10.2016

Plegaria

Para Annie Landers y todos nosotros.

El amor es más fuerte que la muerte,
pero no el dolor.
El dolor precede, intolerable.
A la vez, la acelera.

Cuando se aclara la paradoja,
el dolor rompe la vasija.
Fluye el espíritu hacia otros cauces.

Los que quedan atrás sufren
la ofensa imperdonable, el insultante
e inevitable desenlace que aguardan,
la humillación que precede al tránsito

Nos enseña que hemos escogido.
La permanencia reside en el cambio.
26.08.2016

Se vestía de anaranjado: gorro naranja, guantes naranja, bufanda y capucha naranja, el color de la comunicación. Y desde niño tuvo facultades, es decir, podía comunicarse con los espíritus. Le llegaban, si no recuerdo mal, a través de su madre. Cuando lo conocí había renunciado a ellas. Sin embargo, en el 2011 comencé un

cuento, la historia de mi bisabuela que se fue expandiendo hasta convertirse en la novela *La bendición de Rosalía.* La novela iba arrasándolo todo, incorporando todas mis vivencias.

Y en algún momento del proceso escritural, su mundo, sus floreros, sus comidas, su amor por la vida, entraron en la narración. Incluyo aquí un fragmento del capítulo veintiséis, donde el narrador le cuenta a su ahijada que fue a visitar a Alfonso (quien se parece mucho al poeta) y lo que allí aconteció.

Fragmentos de La bendición de Rosalía

¿Sabías que volví a casa de Alfonso?

—¿Y no me invitó?

—Lo llamé para enseñarle el dije antes de llevarlo al courrier. La cuestión es que entré en el building sin llamar, porque alguien se estaba mudando y las puertas estaban de par en par. Cuando llegué al quinto piso, antes de tocar el timbre, oí muchas voces. Parecía que tenía un party. Tardó en abrir. Seguro que los vecinos llamarían a la policía. Pero cuando entré, el apartamento estaba vacío. Sólo sonaba en la radio el concierto para tres trompetas de Telemann que él mismo me identificó. Además, tenía apagado el televisor.

—¡Qué raro!

—Estaba mejor de la gripe, pero seguía débil: en esos días le dirían cómo iba el conteo de las células. Cuando le mostré la prenda, se quedó pasmado. «Búscate ahí debajo» dijo, mientras señalaba hacia el escritorio. Saqué libros, resmas de papel, floreros... hasta que encontré dos cajas de madera. Eran sus joyeros. Los abrió, empezó a mirar y me mostró la única pieza que le quedaba de su mamá. Era un broche de Tiffany precioso. Siguió buscando hasta que gritó triunfal «Ra ta ta taaaa», y me extendió un dije igualito al mío.

Los pusimos juntos y eran idénticos. Me contó que eso no pasa a menudo. En las fábricas de cristal de Bohemia no se hacían muchas piezas de un mismo modelo, cuarenta, cincuenta a lo sumo, y sólo cuando estaban seguros de que se venderían. La producción iba a los cinco continentes: Sudáfrica, Australia, las islas británicas del Pacífico, la India, América... Pero la mayoría se quedó en Europa y fue destruida durante los bombardeos. Es muy difícil encontrar dos piezas iguales. Y aunque a primera vista lo parezcan, como todas están hechas a mano, siempre hay alguna variación. Las nuestras eran clavadas.

—Padrino, na que ver con el «Made in China».

—De momento, empecé a oír las mismas voces que percibí a la entrada, pero muchísimo más lejos.

—¿Escuchas algo?, le pregunté.

—¿Qué?

—Ese ruido... ¿No lo oyes? Parece que hay un montón de gente en el cuarto de abajo.

—No puede ser, aquello está lleno de cachivaches. A ver, descríbeme lo que estás oyendo.

—Ahora hablan en murmullos. Desde el pasillo sonaba tan alto que pensé que tenías una fiesta. No es inglés, no es español...

—Mi'jo, te tocó la lotería. Eres el primero que se da cuenta. Ni siquiera Carmelo lo ha notado. Don Joseph Rindskopf te dio el visto bueno. Si ya pensaba yo que

esa carta misteriosa que encontraste en el baúl nos va a llevar lejos...

—¿Qué?

—Lo que escuchas son las conversaciones que de vez en cuando entabla la gente que hizo los floreros que colecciono. Lo sé porque al principio apuntaba sus nombres y relaciones de parentesco. En Columbia University encontré un libro sobre las víctimas de los nazis que trabajaban en la industria del cristal y allí estaban muchos de ellos. Aparecían el nombre y el año en que murieron. Tuve suerte, pues sólo existen tres o cuatro ejemplares. Y cuando traté de consultarlo de nuevo, ya no estaba en el estante. Les pregunté a los bibliotecarios y hace poco recibí un e-mail donde me informan que lo dan por perdido. Parece que después de que se publicó, alguien decidió que el libro no debe circular. Todo es muy raro.

Pero volviendo al tema, aunque la mayoría de los que vienen son judíos, también hay cristianos que no quisieron colaborar con los nazis. A todos los eliminaron a partir de 1938, cuando ocuparon Checoslovaquia. Creo que aquí, rodeados de lo que fue su mundo, se sienten cómodos. Pero a veces no llegan solos, sino que se aparecen con toda la parentela. Y como sólo en Checoslovaquia mataron a más de un cuarto de millón de ellos...

—Oye, como decía el poeta Clemente Soto Vélez, no me cojas de suruma.

—No, nene, no. Desde hace años, cuando en la radio transmiten algunas composiciones barrocas, se forma un salpafuera del otro lado, y se me presentan aquí. Gracias a Dios no tengo que darles de comer, porque no me llegaría el cheque de la pensión. Al principio escuchaba sus conversaciones, pero me aburrí porque siempre hablan de lo mismo.

Alfredoy Marithelma Costa, tras el paso del huracán Sandy por Nueva York en 2012.

Alfredo en Granada, España, en 1998.

Carlos Esteban Cana

En las letras, desde Puerto Rico: Artesanía y dolor en la poética de Alfredo Villanueva

La noche que conversé y conocí a Alfredo Villanueva fue memorable. A pocos escritores les he podido sacar tanto en una breve entrevista. Aunque esa visita lo instalaba nuevamente, de forma cercana, en el circuito literario del patio, Villanueva venía realizando su obra poética y cultural de forma consistente, desde mediados de la década del 80 en Nueva York. A la hora de acercarme a su hoja de ruta, encuentro que son referentes importantes títulos como *El imperio de la papa frita, Pan errante o Mala Leche,* por mencionar sólo algunos.

Esa noche, entre copas de vinos y un grupo selecto de amigos, la poeta Etnairis Rivera se refirió a Alfredo Villanueva como un escritor que luchaba con el tiempo con una especie de nostalgia; un creador que levantaba su voz, con cierto anarquismo, contra fundamentalismos de cualquier tipo. Y así es. Es evidente la irreverencia visceral en la poesía erótica de un artista que disfruta coleccionar cristales de diferentes lugares.

Pero no hablemos más, dejemos que el propio poeta nos hable de aquellas lecturas que le apasionan, del significado que le da a la poesía, de lo que implica ser escritor. Alfredo Villanueva es el invitado en esta edición de "En las letras, desde Puerto Rico".

Alfredo Villanueva: Yo he querido escribir una poesía que yo llamo somática. Esto es que se escribe, como yo digo, con cuatro tintas. Siempre he dicho que yo escribo con sangre, semen, sudor y lágrimas. Digo que no es con el corazón que se siente, sino con el estómago. Porque cada vez que yo siento una emoción muy fuerte a mí lo que se me encoge es el estómago, no el corazón. Yo creo que para escribir hay que sufrir bastante, y si no se tiene una vivencia muy fuerte uno termina ensartando palabras que pueden ser muy buenas pero que no comunican. Porque el acto de la comunicación se da cuando la persona que lee siente que la persona que escribe le presta su garganta, le presta su voz para poder decir algo. El cumplido más grande que le hace un lector a un poeta es cuando le dice: "Me hubiera gustado escribir eso", o "usted ha dicho algo que he sentido toda la vida", "usted ha escrito algo por lo que yo he pasado".

Yo digo que yo soy más Mallarmé. Para mí es la flor que está ausente en todo el ramillete. La poesía tiene que ver mucho con las ausencias, con los vacíos, con los agujeros. Pero son ausencias que son presencias porque viajan con uno todo el tiempo. Uno no puede dejar de recordar, ¿no?; para mí es muy importante. La poesía comienza en el cuerpo, no en la mente; no en el logos, en el soma. Una de mis líneas favoritas de aquella obra de Tennesse Williams es: *No recuerdo el rostro pero las manos me son familiares*. Nosotros somos un cargamento de trazas de otros que nos han impactado, y las cargamos. La ventaja del poeta es que puede recuperar

esas trazas; y otros a través del poeta encuentran las trazas de ellos mismos.

Siempre he dicho, nadie se acuerda de un poema completo pero se acuerda de un fragmento de poema. Y ese fragmento del poema le estalla una y otra vez. Tú puedes estar 20 años después de haber leído lo que llamo un poema cursi: *Este domingo triste pienso en ti*, y de repente llega un domingo que estás triste, piensas dulcemente en alguien y ese poema te vuelve a salir, y tú te quedas como ¡Auch! Te duele. Porque la poesía que es buena duele, duele porque es como un cuchillazo que le dan a uno, porque la memoria hace que uno recupere. Yo vivo obsesionado por fragmentos de poemas. *Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise*. *La noche está estrellada y ya no está conmigo*. No tiene que ver con el idioma, es cualquier poema que tú hayas podido leer en el original. Tú te quedas con una de esas líneas y la llevas toda la vida contigo. Cuando menos tú lo esperas salta de nuevo y vuelve a ser vigente.

Inicios, influencias y lecturas

Cuando yo comencé a escribir aquí en Puerto Rico hubo una poeta muy famosa en su época del grupo Guajana, no era del grupo Guajana como tal sino que era la musa de los guajanos que me dijo que yo tenía que quemar toda mi poesía porque no estaba escribiendo poesía política. Yo no tenía la madurez para escribir poesía política. En ese momento Mercedes López Baralt me había regalado para mi cumpleaños un libro llamado *Cuatro poetas españoles* que tenía a Gabriel Celaya, a Blas de Otero, creo que a Alberti y a José Hierro. Y a ese yo le tengo que añadir un quinto que es Emilio Prado. Yo, de repente, encontré que eso me salvó... Me salvó de Darío y me salvó de Lorca, que yo creo que son las influencias más terribles que hay sobre todos los poetas. No porque sean malos sino porque uno los llega a imitar como esclavos. ¿No? Yo empecé por la poesía intimista. Después con mis estudios de literatura, Wallace Stevens. Sobre todo, Wallace Stevens, más que nadie; Whitman, Eliot, el Dante que lo leí a muerte con un profesor de la Universidad de Puerto Rico. Hablé de los simbolistas, Mallarmé, Verlaine. Pier Paolo Pasolini que mucha gente no lo ha leído como poeta. Yo tuve la suerte de que me obligaron a leer, casi a punta de pistola, a los herméticos italianos. Y para mí fue una revelación Ungaretti, Quasimodo, lo que yo llamo poesía seca, no poesía mojada. Poetas en los que triunfaba la imagen sobre la palabra. No eran sentimentales, pero dolían muchísimo más. Unas cosas tan labradas, tan bien hechas, y no digo yo que eran cerebrales: es la imagen. Lo más importante es que uno tiene que decir algo. Escribir por escribir a mí me deja frío. Yo quiero comunicar, y yo creo que eso es lo que define mi poesía, la comunicación. Lo más importante en mi vida es que venga alguien que no conoce de poesía y me diga: “Yo sentí eso que usted escribió”.

A mí me han criticado mucho mi poesía homoerótica, por ejemplo, y sin embargo cuando yo leí sobre la muerte de mi compañero hubo gente que se atacó a llorar en el auditorio. Yo me quedé como *¡Wow! ¿Qué es esto?* Y vino una señora y me dijo: “Gracias por compartir tu dolor con nosotros”. Porque la muerte no tiene sexo y es una experiencia universal; y yo que he visto morir a tanta gente. El amor no tiene que ver con sexo. Cuando yo le escribo un poema a un cuerpo que tengo al lado, con

el que he vivido por un montón de años y que todavía no conozco, pero a quien ya le he jurado fidelidad o hecho un compromiso. Y lo digo así: aquí hay un extraño. Yo creo que todo el mundo, en los matrimonios, llega una noche en que se despierta y mira ese cuerpo al lado y dice: "¿Éste quién es? o ¿Ésta quién es?" Pero aquí me quedo. Ya no queda más remedio. Aquí estamos y llega ese conocimiento de que son dos extraños que van a estar juntos para siempre.

Sobre sus libros

Cada libro es un libro muy especial. Tengo un libro llamado *Grimorio* (Colección Murmurios 1988), que es un libro de magia y una gramática, ese es muy especial porque yo intenté universalizar mi experiencia. Es muy importante *En el imperio de la papa frita* (Editorial Colmena, 1989), que es mi primer poemario político sobre la situación colonial de Puerto Rico. Pero, en realidad, cada libro es importante y yo no dejo a mis libros atrás. Hay poetas que escriben y se olvidan del libro y, sin embargo, en mi caso, mis libros forman una secuencia. Cada uno añade a lo que han dicho los demás. En los recitales, por ejemplo, no puedo leer nada más que lo último, sino que tengo que leer un poquito de todo.

A Ana María (Fuster Lavín) le agradezco infinitamente que no importa lo escabroso que yo escribiese me ha publicado en Borinquen Literario. Yo creo mucho en el Internet. De hecho, tengo dos libros que no están publicados en papel. Se pueden bajar gratis del Internet, y mi intención, mi 'mala leche' (como yo llamo a uno de los poemarios), es regalar la poesía. Porque ya me cansé de cargar con libros en la maleta. No hay nada más subversivo que decir: lo mío se reparte pero no es comercial. Ahí los editores se mueren. A mí me cuesta treinta dólares poner un libro en internet, lo puede bajar todo el mundo y en estos tiempos la gente puede entrar a las bibliotecas digitales. Como puertorriqueño, y yo lo proclamo a todo tren, es fascinante que me estén leyendo en diferentes partes del mundo. A veces me da gracia porque yo llego a Puerto Rico y se me conoce ahora, pero hace tiempo se me lee afuera. Tengo contacto en todos lados y eso es muy importante.

Sobre el concepto de generaciones en la literatura

Primero que todo no creo en la vaina de las generaciones. No hay poetas viejos y poetas jóvenes: hay poetas. Y yo creo que todos nosotros jamás dejamos de aprender unos de los otros. Yo todavía, cuando escribo y se me queman las pilas, agarro mis poetas y aprendo de nuevo. De manera que no veo el por qué de esta división artificial. A mí me encanta trabajar los nuevos o los que comienzan a formarse porque yo he cometido toda clase de errores en la poesía y sé dónde están en los peligros. El diamante hay que pulirlo para que brille. Tú escribes con inspiración después de estar tres días trabajando en ese poema... ¡Perdón! ¡Nada de tres días, toda la vida! Yo tengo poemas que escribí hace treinta años atrás que cuando los leo nuevamente los cambio. Y yo creo que es lo más importante. La artesanía es el alma del arte.

Publicada originalmente en el blog Confesiones (del narrador Angelo Negrón), en 2012.

Alfredo y su familia en Caracas, 1954.

Daniel Torres

Entrevista a Alfredo Villanueva Collado, escritor gay puertorriqueño

Daniel Torres: Háble me de sus poemarios y de su intento deliberado de un ars homoerótica portorricensis. Específicamente de En el imperio de la papa frita (1987), Grimorio (1986), La guerrilla fantasma (1989), La voz de la mujer que llevo dentro (1990) y Pato salvaje (1992).

Alfredo Villanueva Collado: No sé si es posible hablar de un arte erótica específicamente puertorriqueña en mi caso, ya que crezco en Venezuela, donde comienzo a tener sexo de niño. Me declaro gay y tengo mis primeras relaciones románticas en Puerto Rico. Termino viviendo en Nueva York con otro puertorriqueño, el artista gráfico Víctor Amador, en una relación de 18 años que se abre a individuos de todas las nacionalidades.

Considero la energía libidinal la fuente de toda creatividad artística. Escribo desde el cuerpo, lo que llamo poesía somática---, y mis cuatro tintas son la sangre, el sudor, las lágrimas y el semen. Mi poesía recoge tres grandes temas que encuentro inseparables, el amor, la muerte y la política. Mis poemarios de adolescencia, Mito, lnterior y La abeja asesina, recogidos recientemente en un librito cibernético, *De antiguo amor* (2004), reflejan tanto el rompimiento con un primer amante como un proceso de formación poética median-te el cual describo mi realidad inmediata, familia y mi medio- ambiente en términos de mi ya definida pulsión libidinal. Cuando le enseñé esos poemas a Marina Arzola, para entonces musa de la generación de Guajana me informó que no tenían valor alguno por lo intimistas (y asumo que por lo abiertamente homoeróticos), y me ordenó que los destruyera y comenzara a escribir poesía patriótica. Este volumen también recoge Las transformaciones del vidrio, mi primer poemario, publicado en México por Luis Mario Schneider, y La P de Picasso, una serie inspirada por una retrospectiva de su obra en el 1981.

Concuerdo con Manuel Ramos Otero: la sexualidad es política. Casi todos mis poemarios han recibido críticas adversas. Cuando se publicó En el imperio de la papa frita, por razones editoriales se omitió la sección del poemario que tiene que ver con aspectos de mi vida sexual en Nueva York y con la relación entre colonización política y colonización sexual. Lo cual no evitó que Liliana Ramos Collado me indicara que le había dado problemas su lectura y me recomendó que me leyera a Papoleto Meléndez para que aprendiera a escribir poesía.

En *Grimorio* quise crar un poemario de abierto amor homoerótico que incluyese referencias a poetas, poemas y leyendas heterosexuales, para imbricarlo conscientemente en la tradición erótico/amorosa occidental. El chileno que lo inspiró y a quien lo dediqué lo tildó de culterano y un buen amigo (heterosexual) me indicó que mientras escribiera desde la visión homoerótica tendría

un público muy limitado.

La guerrilla fantasma constituye un intento de fundir música, en este caso el Requiem de Verdi en la versión específica de Caballé/ Cossotto/ Vickers, Raimondi con poesía y con las estupendas ilustraciones que para el libro hizo mi fenecido compañero Víctor. El poemario incluye un poema homoerótico sobre el cuerpo muerto del Che Guevara. Fue el único rechazado por los lectores que aprobaron los otros poemas para Entre la inocencia y la manzana, antología de mi obra publicada por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico en 1996. ¡Alegaron que le faltaba el respeto a su figura! Por suerte el director de la Editorial para aquella época, José Ramón de la Torre, decidió incluirlo. Lo irónico es que yo intentaba, de manera muy política meterle el dedo en el ojo a la izquierda latinoamericana (y puertorriqueña), tan caracterizada por su violenta homofobia, Guerrilla fantasma fue premiada con una mención en un concurso de la revista Tríptico; el primer premio se lo llevó un chico que a los dieciocho años había publicado 20 poemarios. Ese encontronazo en particular lo he plasmado en un cuento llamado "El premio."

La voz de la mujer que llevo dentro es también un ejercicio político. Primero, siempre he dicho que el poeta presta su garganta a otros/as para que expresen lo que no pueden decir con voz propia. Segundo, creo firmemente en una condición andrógina de la psique, con una configuración muy distinta al orden Simbólico del Falo. La he llamado el Orden del Imaginario Somático—el pene desprovisto de simbolismo fálico, como instrumento de placer, no de poder, y el cuerpo masculino sin zonas prohibidas, totalmente asequible a juegos eróticos con todo lo que se le atraviese. Tercero, deseaba dar voz a esa parte femenina de toda psique masculina, evitando tanto el afeminamiento que los puertorriqueños consideran requisito indispensable de la homosexualidad (la loca como estereotipo cultural cómodo por lo reconocible) como la poesía machista que pasa por poesía erótica heterosexual en toda Latinoamérica. Cuando se presentó el libro en Estados Unidos, las feministas norteamericanas objetaron frenéticas a la apropiación de la voz femenina por un hombre, lo cual expuso su propio sexismo y exclusivismo cultural. Me defendieron las latinoamericanas. Desgraciadamente, el movimiento feminista latinoamericano ha optado por seguir al feminismo norteamericano en términos de la total exclusión la voz masculina en sus dos modalidades: participación por autores y la voz del hombre que cada mujer lleva adentro.

Pato salvaje surge de un pronunciamiento político de Víctor Amador sobre la condición colonizada de la isla, que le sirve de título y lema al libro: "En el país de los patos domésticos, quiero ser pato salvaje". El tema de este poemario es la muerte —no sólo del propio Víctor sino de mis amigos, mis padres, y eventualmente de todos los seres humanos. Pero a la vez, reafirmo una fe inexorable en el amor como lo único que sobrevive a la muerte y continúa los lazos afectivos a través de las idas y venidas del espíritu. Es ese amor lo que transforma al "pato doméstico" o "domesticado" en el "pato salvaje" que deja todo atrás para unirse a la bandada de los que parten. Otra vez más, mi intención ha sido mostrar que los procesos fundamentales de toda vida humana no tienen género. Cuando leí "Pato salvaje" por primera vez en público, a las dos semanas de haber muerto Víctor, una señora se me acercó llorando y me dijo: "Gracias por compartir tu dolor con nosotros". Y me sentí

satisfecho, porque había logrado mi objetivo ulterior: comunicarme a nivel de condición humana, no de preferencia libidinal.

En 1997 enfermé de gravedad y mis amigos Silvio Torres Saillant e Isaac Goldenberg decidieron publicar lo que quedaba inédito de mi poesía junto con un poemario que le había escrito a mi actual compañero, Abersio Núñez. Lo titulé La voz de su dueño. He decidido que se debe publicar de nuevo con las dos secciones por separado, ya que en realidad constituyen poemarios distintos. A mi arte poética se incorporan ahora los temas de la supervivencia, el envejecimiento y la muerte, pero esta vez como la persistencia de la memoria, la ausencia que es una presencia y viceversa.

En términos de literatura puertorriqueña, mis modelos poéticos pertenecen todos a la esfera política nacionalista, con su homofobia decimonónica: Francisco Matos Paoli, Juan Antonio Corretjer, Clemente Soto Vélez. He intentado aprender de ellos a la vez que depuro mi poesía de testosterona, o mejor dicho, intento mostrar que se la puede utilizar para otros fines que no sean Fálicos. De los contemporáneos: Iván Silén y Manuel Ramos Otero. Y una poeta muy especial, Clara Lair.

D.T.: ¿En qué ha estado trabajando todos estos años?

A.V.C.: Tan pronto pude arrastrarme a una computadora y usar dos dedos, comencé a escribir poesía: una colección llamada "Pan errante" que ya va por 113 poemas. He retomado una serie de relatos autobiográficos cortos, en inglés y español. Los titulé "Autopolaroids". El título es un homenaje a mi fotógrafo favorito, Lucas Samaras, cuya exhibición del mismo nombre me hizo darme cuenta que, como dijera T.S. Eliot en *The Wasteland*, cada texto es un "fragmento que opongo a mis ruinas". Ya llevo 194. Mi meta: desmentir y exponer una serie de estereotipos acerca del ente homosexual, "revelar" el lado lúdico y polimórficamente perverso de la sexualidad masculina, y de paso dejar saber que pienso acerca de una serie de temas. Pero en realidad el proyecto incluye mucho más que eso, porque nadie es una mónada; mi vida es también la vida de mucha gente con quien la he compartido.

Por otro lado, ya jubilado, he continuado con mi investigación sobre la constitución del sujeto masculino en la narrativa latinoamericana. Hace más de 20 años que examino la figura y la obra narrativa del poeta colombiano José Asunción Silva. Mi hipótesis de trabajo: que fue homosexual, que el conflicto con la pacata sociedad bogotana fue una de las causas primarias de su suicidio, y que la clave de su identidad sexual se encuentra en su única novela, De sobremesa. Pero también he bregado con las relaciones homoeróticas interraciales en la novela latinoamericana, y he hecho lecturas revisionistas, desde un enfoque libidinal, de clásicos como Canaima y Primitivo. Y ahora reviso mis cuentos.

D.T.: ¿Cómo coincide su biografía con su obra?

A.V.C. : Mi vida es mi obra y mi obra es mi vida. Por algo nací el mismo día que Oscar Wilde.

D.T.: ¿Cómo ve el panorama de la literatura gay boricua?

A.V.C. : ¿Qué literatura? La verdad es que conozco nombres y títulos que en su mayoría no he podido conseguir. Y para retomar tu pregunta inicial y el término arte ho-

moerótica puertorriqueña, no creo que tal cosa sea posible hasta que todos los artistas e intelectuales puertorriqueños que son homosexuales se decidan a abandonar los varios clósets que habitan y desafíen el discurso dominante del machismo puertorriqueño. ¿Qué modelos poéticos o artísticos existen? Cuando David William Foster compilaba un diccionario de autores latinoamericanos que han tratado el tema gay o lésbico, el viudo de René Marqués se negó rotundamente a que éste fuera incluido. Yo mismo recibí un correo angustioso de una colega de Luis Rafael Sánchez en Nueva York, advirtiéndome que no se le podía incluir en tal proyecto porque si su mamá se enteraba, el disgusto la mataría. Sólo aceptó después de exigir que no se le identificara como "gay' y que fuera el propio Foster quien escribiera el ensayo sobre su persona. ¿Quién en Puerto Rico estudia el homoerotismo en la pintura de Pancho Rodón o la ausencia del mismo en la obra de Jaime Romano? No, la norma cultural indica que "de eso no se habla." La hipocresía, la homofobia institucionalizada, hacen que los puertorriqueños ni se atrevan a medir la contribución que sus artistas gay han aportado a la cultura. En Puerto Rico oficialmente no hay Whitmans ni Cavafys ni Dickinsons, y ni se diga de un Rimbaud, una Djuna Barnes o un Oscar Wilde. Los propios autores gay reflejan la homofobia internalizada de la cultura. Dos ejemplos: La mirada de René Marqués y la Patografía de Ángel Losada., novelas muy distintas y sin embargo unidas por una misma visión estereotípicamente patologizada de la (homo)sexualidad.

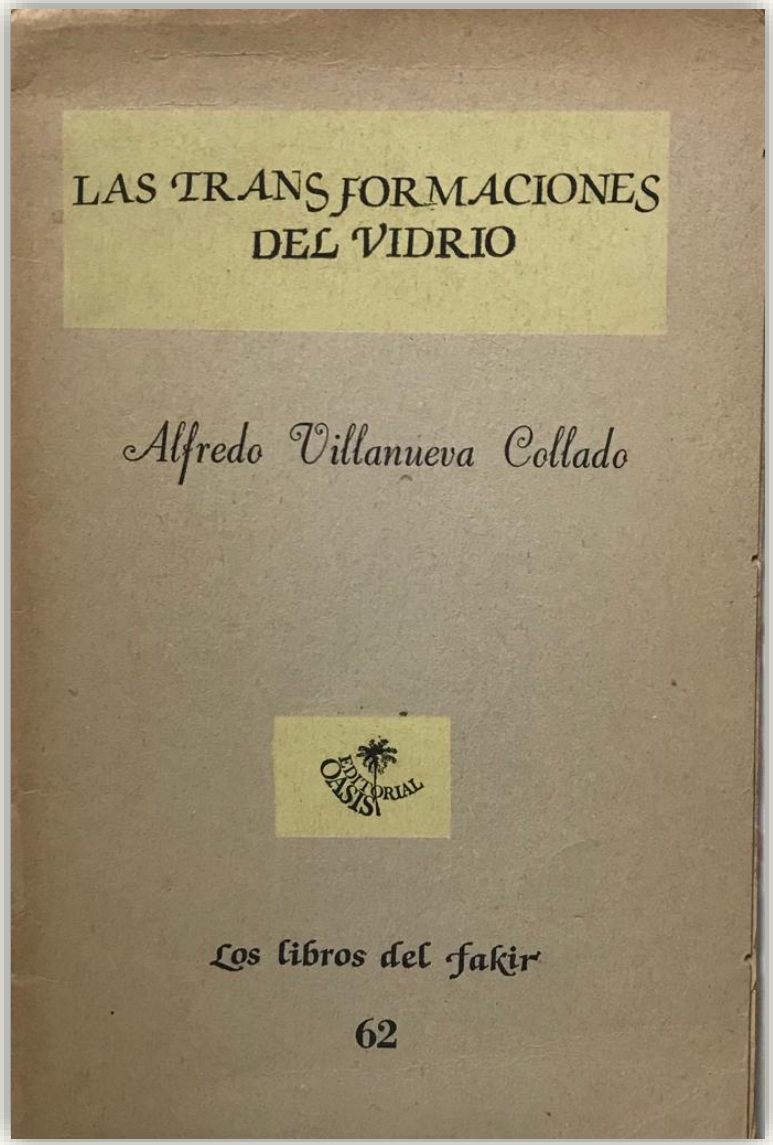
La literatura gay puertorriqueña, tanto creativa como crítica-- se da mayormente desde la diáspora hacia los Estados Unidos, con figuras como Carlos Rodríguez Matos, Moisés Agosto, Manuel Ramos Otero, Juan Pablo Rivera, Arnaldo Cruz Malavé y Alberto Sandoval. Pero no existe una comunidad literaria gay puertorriqueña como tal. Yo mismo, parafraseando a Blanche Dubois, siempre he dependido de la "bondad de extraños" en términos de mi trayectoria crítica y poética.

Y no sólo eso. Usas el término "literatura gay boricua." ¿Incluyes en él a los que escriben en inglés? ¿O es esa literatura una subdivisión de las literaturas étnicas norteamericanas, como sucede con los Chicanos, los Neorricans y otros autores que se han apresurado al "crossover"? Estuve metido en un proyecto para publi-car una antología de "literatura gay" puertorriqueña, Se nos aconsejó que fuéramos "inclusivos,"-- lo cual podía terminar diluyendo y viciando lo que considero debe ser el propósito de tal publicación: establecer un canon básico de literatura gay puertorriqueña, que hasta ahora no existe. O si no, podíamos haber terminado como la reciente patética mogolla de la Antología de literatura gay dominicana,. Pero ni a mogolla llegamos, se cayó el proyecto.

D.T.: ¿Cree que hemos avanzado como movimiento de liberación lésbicogay en la isla?

A.V.C.: No lo conozco, pero sé que hay muchos/as trabajando para combatir la arraigada homofobia puertorriqueña. Me gustaría saber qué está pasando en la isla y contribuir a esa meta.

Publicado en *Letras Salvajes,* Primera época (Número 8 – 2005)


LAS TRANSFORMACIONES
DEL VIDRIO
Alfredo Villanueva Collado
EDITORIAL OASIS
Los libros del fakir
62

Alejandro Varderi

Alfredo Villanueva Collado: Su vida y su obra en el recuerdo

Conocí a Alfredo a fines de los años ochenta cuando yo llevaba todavía pocos viviendo en Nueva York, si bien había leído sus poemas y ensayos en revistas literarias y académicas. Además de compartir una estética común, nos unía la memoria de Caracas, mi ciudad natal, donde Alfredo había vivido parte de la infancia. Y si bien sus recuerdos de entonces eran los de la dictadura pérezjimenista y los míos los de la democracia primera, existía un conjunto de sabores y saberes afines que nos unían, enmarcados por la energía de Manhattan y los afectos comunes.

Porque si algo le encantaba a Alfredo, era el placer de reunir en su apartamento de Chelsea a los amigos para ofrecer y ofrecerse desde las delicias culinarias y literarias, sobre un fondo de música clásica, en almuerzos estirándose hasta el final de la tarde o en cenas igualmente elásticas e intensas. Un apartamento-museo donde convivían armónicamente cuadros, libros, tinteros antiguos y su amplia colección de jarrones de cristal de Bohemia exhibidos en mesas y estanterías múltiples, para iluminar con su iridiscencia conversaciones y lecturas, en tanto Abersio Núñez planeaba sobre los invitados atendiendo a Alfredo y atendiéndonos con idéntica generosidad.

"Hemos acabado el Chardonnay y el filetmignon y ha bajado la tensión. No quiero que la noche termine, pe-o no sé qué hacer. Oye, pregunta ruborizado, ¿a dónde uno va para conocer gente? Me río. Salgamos. Sígueme", rememora la voz poética de otras cenas, otros encuentros, con la sensualidad propia de un lenguaje deseante, apetente y apetitoso. La cocina, el sexo, la religión, los mitos, la academia, el paso de los años, la política, el deterioro del entorno y el cuerpo, las cosas que atesoran memorias de lo vivido y perdido son temas que no escapan a esta poesía que enuncia y denuncia, con un lenguaje que no esconde ni eufemiza sino se muestra descarnado e implacable.

Sensualista de la piel, sátiro de la carne y los vocablos, al igual que Reinaldo Arenas y Severo Sarduy, Villanueva cultivó con pasión ambos cuerpos: el del lenguaje y el del cuerpo mismo. Desde ellos se escribió consignando en sus superficies el dolor, la enfermedad, la ausencia del otro y los otros, para hacer de los poemas instantes puntuales donde desaparece el espejismo del orden y las reglas, y lo apremiante del rigor formal. Surge entonces el texto puesto a desplazarse de uno a otro deseo, contando solo para ello con la duda y el recuerdo de lo vivido y perdido, pues su única certeza es la incertidumbre y su única arma la memoria. El cuerpo traicionado, la elasticidad de una piel que se le hurta, la posibilidad de

entrar y salir de seres que pasan y dejan como único rastro un sabor o un tatuaje, adquieren con el lenguaje poético consistencia, empinándose desde un goce nunca olvidado, sino recuperado por el verso puntual, cuya función es la de retener la esencia de lo que desgasta y fragiliza.

Emplazado en la cima, errando de una a otra geografía Alfredo Villanueva osciló entre paisajes urbanos y afectivos, y reflexionó sobre el crisol de lenguas y culturas que configuran un imaginario de gran riqueza léxica. Aquí familiares, amantes, amigos siguen poblando su reino particular, es decir, la obra dable de conformar un corpus literario, eternamente vital aun cuando el artífice ya no esté con nosotros para paladear un buen vino y achispar la conversación. Y es que la ausencia, recordando a Lezama Lima, es "lo errante, la flecha de lo desconocido" y es ahí donde la escritura de Alfredo Villanueva se instala para permanecer pues, volviendo a Lezama Lima, "frente a lo errante, el ocultamiento de la imagen es símbolo de su perennidad".

En el lugar de las desapariciones la imagen se abre espacio, precisando a quienes ya no están y preparando el camino para la ausencia definitiva. "Se cumple el ciclo, y amanece el día/ que deseo olvidar, porque revivo/ muerte propia, y ahuyento algo que surge/ repitiendome: nunca", apunta en "Umbral", poema incluido en su colección inédita Mito. Interior (1965-66). Esto, aun antes de que haya habido ausencia alguna, porque lo premonitorio de la escritura prepara el terreno para lo que vendrá después, es decir, la lucha por consignar no solo su historia sino la del país de origen. Puerto Rico y su larga permanencia como país ocupado permea igualmente los textos, pues fiel a la conciencia del mestizaje del doble cuerpo que con los modernistas empieza a funcionar entre nosotros, la obra de Alfredo Villanueva habla de una doble lucha. Lucha contra la adversidad personal y lucha contra la alienación impuesta por los imperialismos territoriales e ideológicos; lo que Guillermo Sucre definió a propósito de Rubén Darío y José Martí como "una manera de enfrentarse a la fatalidad y de rescatarse de la enajenación histórica". Esto, no obstante, sin sacrificar la sutileza y la ironía, ni entregarse a un pesimismo estéril.

Porque sobrevivir en la escritura también significa existir por encima de nuestras miserias, de nuestra pobreza, a pesar de que ellas deban estar ahí, pues la literatura debe ser un proyecto de permanencia y resistencia, para que una paciencia activa y solitaria transforme, a través de la memoria, tal estrechez en canto. Ya lo dijo Rainer Maria Rilke: "Solo cuando los recuerdos se hacen sangre, mirada y gesto en nosotros; cuando ya no tienen nombre y no se distinguen de nosotros mismos, solo entonces puede suceder que en el centro de ellos, en una hora extraña, se origine y desde allí se eleve, la primera palabra de un poema".

Un poema que, en el imaginario de Alfredo, estará envuelto por la presencia de la historia propia y la de las geografías que marcaron su itinerario vital, ya fueran estas Caracas, Puerto Rico o Nueva York. Ciudades que, como las de Italo Calvino, "multiplican su repertorio de imágenes", para ofrecerle al lector un espectro amplio de temas, anécdotas y experiencias dables de reflejar, no solo las coordenadas internas del autor sino su posicionamiento al interior de las políticas identitarias e ideológicas desde la frontera. Ello implica "confrontar la desvergüenza de la situación colonial que ya no se refie-

re a la isla de origen sino a todo un continente"; y escribir "no para el erudito o el hipócrita lector sino para el amante cómplice o el chiquillo que busca en el espejo los marcadores de su diferencia", tal cual consignó en la introducción a Pan errante (2005).

Errando por los espacios del saber y del deseo, Al fredo Villanueva Collado nos dejó como herencia una vida plena, una obra sólida, un recuerdo indeleble en el imainario de quienes lo conocimos y compartimos, tanto al poeta en el auditorio como al amigo en su casa abierta a los placeres del diálogo y la buena mesa. En todos perdurará desde el cuerpo del texto siempre alerta, siempre presente. "Entre la inocencia y la/ manzana, el amor y la/ guerra, los otros y el/ vacío, extiendo el puente/ de mi cuerpo vivo".

Alfredo vestido de andaluz, 1949

Alfredo en el Chateau Rouge (2007). Foto por Alberto Martínez-Márquez.

Tere Martínez

Alfredo: mentor y amigo

Conocí a Alfredo a finales de agosto de 1991. Sentado en su escritorio de "chair" del Departamento de Inglés de Hostos Community College, miró mi résumé a vuelo de pájaro. "¿Teatro?", me dijo en español. Le contesté: "así es como quiero enseñar inglés a los estudiantes de aquí, usando teatro." Sin pensarlo dos veces, le dijo al coordinador de ESL: "hire her". Así era Alfredo, impulsivo y atrevido, pero como todo gran escritor entendía instintivamente lo que no se puede explicar. Tuve el honor de estar junto a él en sus últimas horas, días y fue con esa misma valentía que le dijo a sus médicos: "I don't want to live connected to a machine."

Alfredo todo lo hacía con pasión: escribir, enseñar, cocinar, comer, comprar cristales, beber y sí también amar...amar. Vivía por una incansable búsqueda de la belleza, sobre todo en las palabras, las imágenes, lo enfurecía la injusticia. Nueva York era su hogar, pero Puerto Rico su patria y Venezuela país que también lo vio crecer. Añoraba su Universidad de Puerto Rico, fuente de inspiración del humanista en el cual se convirtió.

A través de los años lo admiré por su incasable lucha por la vida, por querer estar aquí para poder ser y crear. Sus batallas de salud fueron muchas y dolorosas, pero nada lo paraba, Alfredo era un luchador, que, a pesar de todo, celebraba constantemente la vida. Nos deja su poesía como poderosa herramienta de reflexión, sobre todo, ante los retos sociales y políticos del momento histórico que vivimos.

Hace varios años, en su museo de cristal donde vivió por tantos años en Chelsea, y entre copas de vino tinto, Alfredo me dijo: "quiero que escribas una obra sobre mí." Al poco tiempo de Alfredo fallecer, El Colectivo, un grupo de dramaturgos de Puerto Rico al cual pertenezco, fue comisionado por The Breath Project en California para escribir un texto dramático que explorase el prejuicio y el colonialismo en los Estados Unidos.

En el medio de otra pandemia, para mí, la lucha de Alfredo por sobrevivir se convirtió en símbolo de todos los logros de la comunidad LGTBQIA.

I survived.
Not this one,
but AIDS.
¡Por favor!
Tanto sufrir para ser gay.
¡No puedo respirar!
Esta vez fue el corazón,
el que me traicionó.
Papi, ¿qué me hago sin ti?, mi amor.
Bills must be paid.
Is there any money left?
Nunca le debí nada a nadie.
Lying in a hospital bed

I did not hesitate.
No more meds
I finally said.
Almost 48 hours ago.
I think, not sure,
you came back.
Were you here last night?
No, no, no more machines, **PLEASE.**
Want to breathe on my own.
I can hear you.
But me, I don't have the strength
for any more words.
Palabras fui,
mi poesía, seré.

Este poema me inspiró a crear el personaje de Gustavo y la primera escena de la obra, *El cuerpo nos destierra*, que fue el producto final de El Colectivo para la comisión de The Breath Project.

Escena 1 por Tere Martínez

En el cuarto de un hospital en Manhattan. GUSTAVO está acostado en una cama de posiciones. LAU está reclinado del lado derecho de la baranda de la cama. También hay una mesa con una bandeja de hospital, botellas de Ensure, tazas de Styrofoam y una jarra de hospital con hielo. En el lado izquierdo de la cama hay distintos equipos médicos monitoreando los signos vitales y el corazón de GUSTAVO.

GUSTAVO

Are you a man or a woman?

LAU

Why should it matter that much to you?

GUSTAVO

Fluid?

LAU

I hate labels. How many times do I have to tell you?

GUSTAVO

Take your mask off. I want to see your face.

LAU

You want me to take my mask off?

GUSTAVO

Why should I be afraid of another virus? I survived AIDS.

LAU

(*Quitándose la mascarilla.)* Nothing makes me more horny than to not follow rules.

GUSTAVO

(*Sonriendo*.) Ven acá. Acércate.
(*Lau parece sorprendido.)*
Tantas imágenes en una sola cara.

LAU

¿Qué ves?

GUSTAVO

Es tan intenso que no encuentro las palabras.

LAU

A poet? Out of words?
(Se miran por unos segundos.)
Why are you looking at me like that? *(Silencio.)* Do I scare you?

GUSTAVO

What are you talking about?

LAU

(Lau respira profundamente y decide cambiar el tema.)
What about a few bites of this yummy chicken parmesan?

GUSTAVO

No. Detesto el pollo.

LAU

Don't you want to leave this place?

(Acercando la mesa a la cama. Luego trata de darle a Gustavo un poco de comida con el tenedor.)

C'mon, Gustavo. One bite.

(Gustavo empuja el tenedor con la mano. Lau pone el tenedor en la bandeja y echa un poco de Ensure y hielo en una de las tazas de Styrofoam.)

(*Dándole la taza a Gustavo.)* How about some Ensure "en la rocas"?

GUSTAVO

(En el medio de una rabieta.)

¡¡¡Que no quiero esa mierda!!!

(Gustavo le da con la mano a la taza y la misma vuela al piso.)

LAU

You spoiled brat.

GUSTAVO

I'm tired of fighting. *(Pausa.)* Look at me. I can't even take a shit in a toilet anymore.

LAU

La gente como tú no se muere así tan fácil, Gustavo.

GUSTAVO

I don't want to be in a hospital bed anymore.

LAU

Pero mira lo que haces cuando trato de ayudarte.

GUSTAVO

I'm sick of pain.

(Gustavo se agarra de las dos barandas y trata de sentarse pero no puede.)
(Frustrado y con coraje.)

Stop looking at me like that and help me sit up.

LAU

Not if you're going to be mean again.

GUSTAVO

I'm scared, OK.
(Se miran de nuevo por unos segundos.)
A ver si puedo sentarme al borde de la cama.

LAU

(Empuja la mesa a un lado y baja la baranda. Inclinándose hacia Gustavo)
Put your arms around my neck.
(Lau trata de ayudar a Gustavo a sentarse pero le da mucho trabajo ya que Gustavo está muy débil.)
C'mon, you can do this, Gustavo.
(Se les hace difícil pero Gustavo está determinado a lograrlo.)
You're doing a great job.
(Continúan tratando con mucha dificultad hasta que finalmente Lau logra sentarlo al borde de la cama.)
There you go. You did it.

GUSTAVO

(Haciendo gesto con la boca y ojos de que no le cree.)
Ya no puedo hacer nada por mí mismo.
(Los equipos médicos comienzan a pitar. Lau se ve preocupada.)

LAU

I hope I didn't fuck up any of these cables.

GUSTAVO

Maybe you'd be better off if you got fired from this job.
(Hay un silencio largo. El pitido para. Gustavo gime.)

LAU

¿Estás cómodo, Gustavo?

GUSTAVO

La úlcera me duele con cojones hoy.

LAU

¿Te llamo a la enfermera?

GUSTAVO

Tanto sufrir para ser gay, Dios mío.

LAU

Gay. What does that mean to you?

GUSTAVO

(Molesto.) Don't fuck with me. *(Pausa.)* An entire civil rights movement.

LAU

I still don't feel safe in most places.

GUSTAVO

It would help if you at least knew who you wanted to be.

LAU

I want to be Lau and that's it.

GUSTAVO

And who's Lau? Tell me.

LAU

Don't start with that fluid shit again.

GUSTAVO

Pues yo soy pato, maricón.

LAU

I refuse to be a label.
(Poniéndole la tapa a la bandeja de comida.)
¿Me llevo la bandeja?

GUSTAVO

We'd better clean up that mess on the floor.

LAU
(Con sarcasm.)

We?

GUSTAVO
(En tono de broma.)

It feels good, doesn't it? To be needed.

LAU

Maybe that's why I have such a hard time with commitment. Not interested in games.

GUSTAVO

Why do you feed me then? You're only supposed to leave me a tray of nasty food.
(Silence.)
¿Por qué soy maricón? ¿O por qué soy puertorriqueño?

LAU

Porque me encantan los niños.

GUSTAVO
(onriendo)

La pegaste. Sigo siendo el mismo niño que creció en Hato Rey.

LAU

I hate it when people romanticize their childhood.

GUSTAVO

De chiquito me encantaba tocarle el pipí a mis amiguitos.

LAU

You pervert.

GUSTAVO

A ellos también les encantaba.

LAU
(respira profundamente)

¿Me llevo la bandeja o no?

GUSTAVO

¿Qué te pasa? ¿No sabes ni lo que quieres en la cama?

LAU

Lo que sí sé es que no permito que ya más nadie me abuse.

GUSTAVO

Who are you, Lau? Yo soy pato pero hombre.

LAU

Igual de macharrán que un hetero.

GUSTAVO

Yo amo los bichos.

LAU

¿Y qué?

GUSTAVO

Pero también llevo a una mujer dentro. Imbécil el hombre que no lo reconoce.

LAU

Entonces deberías ser más empático conmigo.

GUSTAVO

Defínete. Así solo se logran las cosas. No te olvides que tú y yo venimos de una colonia.

LAU

A la cual no quisiera volver nunca.

GUSTAVO

Todavía tengo una finca.

LAU

Raro que ya no te la salió a comprar un gringo.

GUSTAVO

Jamás la vendería. Un pedazo de tierra es un pedazo de patria.

LAU

¿Patria? ¿De qué tu hablas? Sin darnos cuenta se han quedado ya con todo.

GUSTAVO

No podemos permitirlo. *(Beat.)* ¿Cuál es tu miedo? Dime.

LAU

Las miradas, los insultos.

GUSTAVO

Yo también viví eso hasta de mí misma familia.

(Silencio.)

LAU

I miss my niece. She never questioned me.

GUSTAVO

Teo is probably the closest thing I have to a nephew. But boy, did he question me in class.

LAU

She trusted me.

GUSTAVO

I'm so glad he bought that finca.

LAU

Mi mamá y mi hermana ya no me dejan verla.
(Se miran por unos segundos.)

GUSTAVO

¿A tu sobrina? Quisiera volver a verla...a mi hermana. *(Silencio.)* Tanto odio por amor.

LAU

Love can be freaky sometimes.

GUSTAVO

(Asintiendo con la cabeza.)
I know. Pero hay que enfrentar al miedo, Lau.
(Pausa.)
I'd love to see your photography.

LAU

I don't do it anymore.

GUSTAVO

My poetry kept me going my whole life.

LAU

Nunca termino nada.
(Lau mira una de sus muñecas y se la enseña a Gustavo.)
Look. I was eleven. I couldn't do it.
(Gustavo se queda mirando la muñeca por unos segundos, luego le agarra ambas muñecas a Lau y la mira intensamente.)

GUSTAVO

La gente como tú no se muere así tan fácil, Lau.
(Gustavo se agarra con la poca fuerza tiene de la cintura de Lau y luego trata de pararse de la cama.)
Ayúdame, ay Dios mío. Ya no puedo ni pararme.
(Lau pone sus brazos alrededor de Gustavo para que no se caiga. Las máquinas comienzan a pitar nuevamente.)

NURSE
(Se escucha una voz del intercom.)
Do you need help, Gustavo?

GUSTAVO
(Agarrándose de la cintura de Lau.)
No more machines, PLEASE. I want to die at home.

NURSE
Stay calm, Gustavo. A nurse will be right there.

(Lau logra sentar con gran dificultad a Gustavo nuevamente al borde de la cama. Gustavo se ve asustado y respira profundamente. Lau se sienta al lado de él en el borde de la cama.)

LAU
Do you want me to call your sister?

(Gustavo mira a Lau por unos segundos.)

GUSTAVO
How could you scare anyone?
(Silencio. Gustavo sonríe.)
I'm having dejá vu.
(Gustavo pone su mano en la mejilla de Lau por unos segundos. Ambos se miran. Lau se toca la mejilla donde Gustavo tenía su mano puesta, de momento se da cuenta de que no tiene la mascarilla puesta y se la pone lentamente. La luz va desapareciendo lentamente.)

ESTADOS ALTERADOS

ALFREDO
VILLANUEVA-COLLADO

Biobibliografía

de Alfredo Villanueva Collado

ALFREDO VILLANUEVA-COLLADO

PATO SALVAJE

EDITORIAL ARCAS

Alfredo Villanueva Collado nace en Santurce, Puerto Rico, el 16 de octubre de 1944. Fallece en la ciudad de Nueva York, el 5 de septiembre de 2020. Fue poeta, narrador, ensayista y docente universitario.

Sus padres, Narciso Villanueva y Arminda Collado Martell, eran oriundos de Mayagüez. A los nueve meses de nacido, sus padres se trasladaron a Caracas, Venezuela, donde su padre había ya trabajado anteriormente. Asistió a la Escuela Experimental Venezuela y al Instituto Escuela. Cuando tenía quince años regresó a Puerto Rico, donde terminó sus estudios de secundaria en el Colegio San José, en 1960. Realizó la especialización en literatura inglesa en el recinto de Río Piedras, de la Universidad de Puerto Rico. Realiza otra especialización en literatura general, obtienendo su grado de Bachiler en Artes (B.A), en 1964. En el año de 1966 obtiene el grado de Maestría en Artes (M.A), con una tesis sobre la poética de Matthew Arnold. Ese mismo año entra como becario en la Universidad de Binghmanbton, del Estado de Nueva York, donde obtiene un doctorado en Litetura Comparada hacia 1974. En 1972 fija su residencia definitiva en la ciudad de Nueva York. Allí labora como profesor en Medgar Evers College del sistema universitario de la ciudad de Nueva York (CUNY). Al poco tiempo se convierte en docente en el Departamento de Inglés del Hostos Community College, también adscrito a CUNY. En 2003 se acoge a la jubilación y se convierte en Doctor Emérito de esa institución.

Publicó once poemarios, al igual que poemas en revistas como *Revista de Venezuela*, *Taller al aire libre*, *La nuez*, *Casa tomada* y *Revista Letras*, entre otras. Como ensayista publicó en revistas como *Confluencia*, *Revista Iberoamericana*, *Revista de Estudios Hispánicos* y *Romance Language Annual*.

Poemarios:

Las transformaciones del vidrio.
Editorial Oasis, 1985.

Antología, Pliego de Murmurios.
Sabadell, VII-91, 1987.

Grimorio.
Colección Murmurios 1988.

En el imperio de la papa frita.
Editorial Colmena, 1989.

La voz de la mujer que llevo dentro.
Arcas, 1990.

Pato salvaje.
Arcas, 1991.

Entre la inocencia y la manzana.
Universidad de Puerto Rico, 1996.

La voz de su dueño.
Latino Press, 1999.

Pan errante.
Pontevedra. Taller del Poeta, 2005.

Obra en antologías poéticas:

Poesía puertorriqueña, 1984-85.
Mairena, 1986.

Poesía Actual, 1988.
Pliegos, 1988.

Papiros de Babel: Antología de la poesía puertorriqueña en Nueva York.
UPR, 1991.

Antología infinita No.1 (1992).
Centro Español, 1992.

Poesida: An Anthology of AIDS Poetry from the United States, Latin America and Spain.
Ollantay, 1996.

Como ángeles en llamas/Algunas voces Latinoamericanas del siglo XX/Selección.
Maribelina, 2004.

Poesía puertorriqueña del siglo XX: Antología.
UPR, 2004.

El verbo descerrajado: antología de poemas en solidaridad con los presos políticos de Chile.
Apostrophe, 2005.

Cauteloso engaño del sentido.
Libros de la luna, 2007.

Obra en antologías de narrativa:

Where Angels Tread at Dawn: New Stories from Latin America.
Lippincott, 1990.

Cuentos hispánicos de los Estados Unidos.
Arte Público Press, 1993.

H*echo(s) en Nueva York: Cuentos Latinoamericanos*.
The Latino Press, 1994.

Low Rent: A Decade of Prose and Photographs from The Portable Lower East Side Review.
Grove Press, 1994.
Tu Mundo: Primer Curso para Hispanoparlantes.
D.C. Heath, 1997.

"Nochebuena", en *Hispanic American Christmas Stories*. Oxford, 2000.

Mundo 21 Hispano.
Houghton Mifflin 2004.

Literatura Puertorriqueña del Siglo XX.
UPR, 2004.

Aquí me tocó escribir.
Trabe, 2006.

Los otros cuerpos: Antología de temática gay, lésbica y queer desde Puerto Rico y su diáspora.
Editorial Tiempo Nuevo, 2007.

.

Obra crítica (artículos incluidos en libros)

Hispanic Immigrant Writers and the Question of Identity.
Ollantay, 1989.

Latin American Writers on Gay and Lesbian Themes.
Greenwood, 1994.

From Romanticismo to Modernismo.
Garland, 1997.
Instituro Caro y Cuervo, 1997.

U.S. Latino Literature: A Guide for Students and Teachers.
Greenwood, 2000.

Oxford Dictionary of USA Latinos.
Oxford, 2005.

L'altra Penelope.
Roma: Oedipus, 2009
.

Artículos en revistas críticas literarias:

"Machismo vs. Gayness: Latin American Fiction." *Gay S unshine*, n.29/30 (Fall 1976):22.

"Using the Student's First Language: Comparing and Contrasting." *Journal of ESL in Higher Education,* 3,1 (Sept. 1981):9-10.

"Mito e identidad en 'Alabanza a la torre en Ciales' de Juan Antonio Corretjer." *Revista Chicano-Riqueña*, IX, 3 (Summer 1981): 61-68.

"Filí-Melé la esquiv: símbolo y en la poesía de Iván Silén y Luis Palés Matos." Revista Chicano-Riqueña, X, 4 (Fall 1982):47-54.

"Transformaciones del paisaje en los cuentos de Julio Cortázar". Cuadernos de AALDEU, 1,2/3(Mayo-Octubre de 1983):521-531.

"José Asunción Silva y la idea de la modernidad: ***De sobremesa***." INTI, 20 (Fall 1984):47-56.

"De sobremesa de José Asunción Silva y las doctrinas e sotéricas en la Francia de fin de siglo." *Revista de Estu dios Hispánicos (*Vassar), XXI, 2 (Mayo de 1987): 10-21. [PMLA 87005001]

"Política y sexualidad en Jauría de David Viñas." *Explicación de textos literarios*, XVI, N.2 (Número ordinario, 1987-88):22-33. [PMLA 88040031]

"Ideología y política: la corrupción de la semilla histórica en ***De sobremesa***." Discurso literario: *Revista de temas hispánicos*, vol.6, n.1(Otoño 1988):255-266. [PMLA 91001614]

"Growing Up Hispanic: Discourse and Ideology in Hunger of Memory and Family Installments." *US Hispanic Autobiography, The Americas Review*, Vol. 16, ns.3/4 (Fall-Winter 1988):75-91. [PMLA 89037935]

"The Integration of Gender and Race into the Literature Curriculum, or Teaching as a Subversive Activity." *Community Review* (CUNY), Vol. IX, ns. One and Two (Fall 1988-Spring 1989): 53-57.

Review of Bram Dijkstra's ***Idols of Perversity: Fantasiesof Feminine Evil in Fin-de-siecle Literature*** and KlausTheleweit's ***Women, Floods, Bodies, History***. *Extramares: International Magazine of Arts and Letters*, Vol. 1, n.1 (1989): 209-213.

"José Asunción Silva y Karl-Joris Huysmans: Estudio de una lectura". *Revista Ibero-americana*, v. LV, nums. 146-147 (Enero-Junio de 1989):273-286. [PMLA89036075]

"Emigration/Immigration: Going Home Where I Belong". In *Hispanic Immigrant Writers and the Question of Identity*. Silvio Torres-Saillant, ed. New York: Ollantay Press Literature/ Conversation Series, n. 1, 1989: 35-48.

"Arte, ciencia, y la creación de estructuras literarias en José Asunción Silva." *Encuentro de la literatura con la ciencia y el arte: VI Simposio Internacional de Literatura*. Juana Alcira Arancibia, ed. Buenos Aires: Instituto Cultural Hispánico, 1990. 353-378.

"Dante Alighieri, W.B. Yeats y Gabriel García Márquez: El infierno como espiral en Cien años de soledad." *Alba de América*, v. VI, ns. 14 y 15 (Julio de 1990): 157-169. [PMLA 90051959]

"Eugenio María de Hostos y la ideología del progreso en Mi viaje al sur". *Caribbean Review* 23, 3-4 (1990): 139-149.

"(Homo)sexualidad y periferia en la novelística de Marta Brunet y Silvina Bullrich." *El descubrimiento y los desplazamientos: La literatura hispanoamericana como diálogo entre centros y periferias. V Simposio Internacional de Literatura*. Juana Alcira Arancibia, ed. Argentina: Instituto Literario y Cultural Hispánico, 1990: 79-94. [PMLA 95000944]

Prologue to José Luis Colón Santiago's ***Aquí mi Sur del Bronx***. New York: Editorial Moria, 1991. Reprinted in *Brújula/Compass*, n.12(enero/febrero de 1992): 15.

"Gender Ideology and Latin American Critical Practice: José Asunción Silva's Case." Translating Latin America: Culture as Text. Translation Perspectives VI: 1991.

Binghamton, N.Y.: Center for Research in Translation, SUNY at Binghamton, 1991: 113-126. [PMLA 91001663] Reprinted in *From Romanticism to Modernismo,* David Foster, ed., New York: Garland, 1997: 269-281.

"Metasexualidad y mestizaje en Los amos del valle de Francisco Herrera Luque." *INTI*, número 32-33 (Spring -Fall 1991): 95-105. [PMLA 91002497]

"Machos and Locas: Homosexuality Down Mexico Way. "A review of Ian Lumsden's Homosexuality, Society and the State in Mexico. *Lesbian and Gay Studies Newsletter*, V.19, n.1 (March 1992): 33-35.

"Of Latin Vampires and Other Creatures of the Night." Review of David William Foster's Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing. *Lesbian and Gay Studies Newsletter*, V.19, n.1 (March 1992): 35-37.

"Meta(homo)sexualidad e ideología en dos novelas antiburguesas peruanas." Confluencia: *Revista Hispánica de Cultura y Literatura*. V.7, n.2 (Spring 1992): 55-64. [PMLA 92006722]

"Eugenio María de Hostos ante el conflicto Modernismo/Modernidad." *Caribbean Studies*, 25, 1-2 (Enero-Julio de 1992): 147-158. Also published in *Revista Iberoamericana*, 162-163, (Enero-junio de de 1993): 21-32. [PMLA 93003437]

"Metasexualidad, vasallaje y parasitismo en Al vencedor de Marta Lynch". Hispanofila 108 (Mayo de 1993): 59-74. [PMLA 94, 11817]

"La funesta Helena: Intertextualidad y caracterización en De sobremesa, de José Asunción Silva". *Explicación de textos literarios*, XXII, 1 (1993-1994): 63-72. [PMLA 94, 12264]

"Marta Brunet", pp.86-87; "Silvina Bullrich", pp.87-88; "Augusto D'Halmar", pp. 137-139; "José Diez Canseco" pp.141-142; "Carlos Montenegro", pp.260-261; "David Viñas", pp. 452-454. *Latin American Writers on Gay and Lesbian Themes*. David William Foster, ed. Westport, Conn. and London: Greenwood Press, 1994.

"Alexis Gómez Rosa". Review of ***Opio Territorio*** (Contra la Pluma la Espuma). *Cuadernos de Poética*. Año VIII, n. 22(Enero- Abril de 1994): 117-121.

"El macho, la otredad, la historia: Canaima, de Rómulo Gallegos". *Alba de América*, 13:24/25 (Julio de 1995):105-113. [PMLA 96, 14333]

"Homoerotic, Heteroracial Relationships in the Latin American Naturalist Novel: Bom-Crioulo and Hombres sin mujer." *Romance Languages* Annual, VII (1995): 647-652. [PMLA 96029544]

"El Puer Virginal y el Doble: configuraciones arquetípicas en La pasión y muerte del cura Deusto, por Augusto D'Halmar". *Chasqui; Revista de Literatura Latinoamericana*. 25 1 (mayo de 1996): 3-11 [PMLA 97, 14834]

"Pasión carnal y falta de higiene: Primitivo de Carlos Reyles". Río de la Plata 15-16: *Actas del IV Congreso Internacional del C.E.L.C.I.R.P., "Encuentros y*

Desencuentros" (Canarias 1992):421-433. [Aparecido en 1996]

"Amoramuerte: hacia una estética poética del SIDA". Te rcer milenio: *Revista de Literatura*, Año lll, n.1(Otoño/ Fall 1996): 70-83.

"La ficción crítica." *Leyendo a Silva*. Tomo lll. Juan Gustavo Cobo Borda, ed. Santa Fe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997: 349-379.

"A Cock is Another Word for Rooster." *Annual Notes a nd Queries*. Vol.10, n. 3 (Summer 1997): 50-51 [PMLA 97, 16019]

"Adapting, Not Assimilating: Edward Rivera's Family Installments." In *U.S. Latino Literature: A Guide for Students and Teachers.* Harold Augenbaum and Marguerite Fernández Olmos, eds. Westport, Conn. and London: Greenwood Press, 2000: 71-79.

"Edward Rivera's Family Installments: An Agonistic Reading". *Centro Journal* XIV, 1 (spring 2002): 159-167.

"Masculine Culture, Feminoid Modernism: José Asunción Silva and El mal metafísico." *Confluencia*, 19, 2 (Spring 2004): 164-176.

"El Antinous de Fernando Pessoa: Una relectura." *Auliga: Asociación Internacional de Amigos da Universidade Libre Iberoamericana en Galicia*. (Con Santos Abersio Núñez). Mayo de 2004.

"José Asunción Silva y Marie Bashkirtseff: ¿Intertexuali dad o patología?" *CiberLetras*, n.11 (Summer 2004).

"Max Nordau, cultura helénica e inversión sexual en ***De sobremesa***, de José Asunción Silva." *Ciberletras*, N. 12 (Winter 2005).

"La sangre, de Tulio Manuel Cestero: novela antifundac ional y corrupción de la semilla histórica". *Letras Salvajes*, números 10-11 (2005-2006).

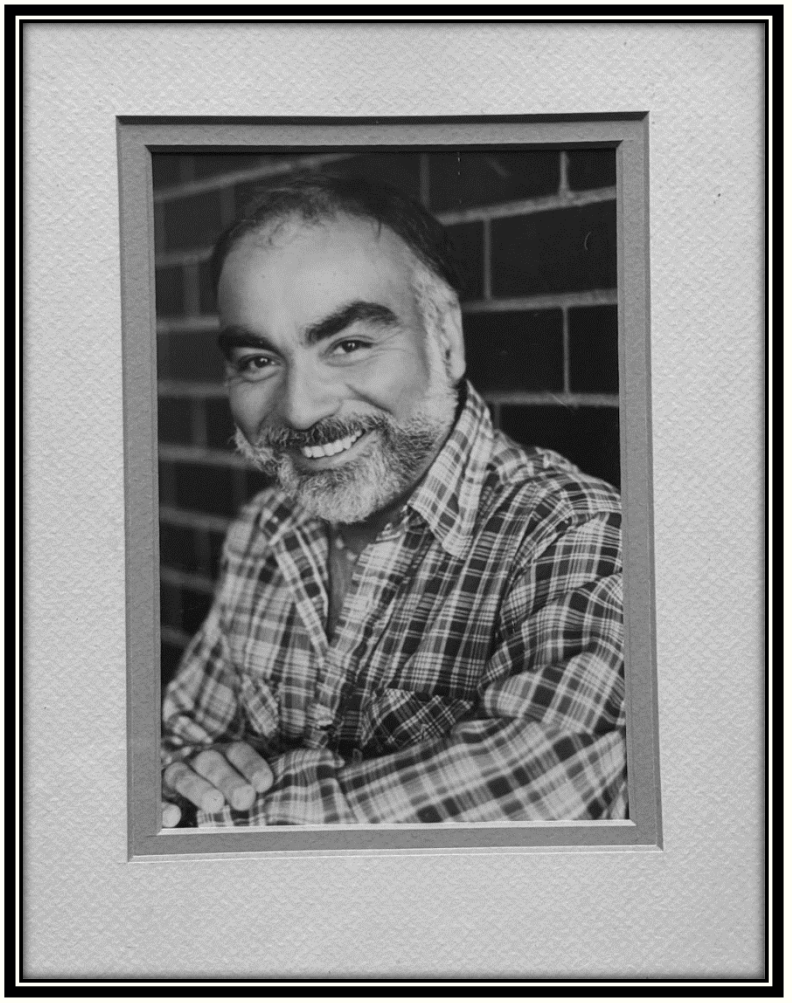
"Ficciones sexuales latinoamericanas y la constitución del sujeto masculino". *Ciberletras* 16 (Winter 2006)

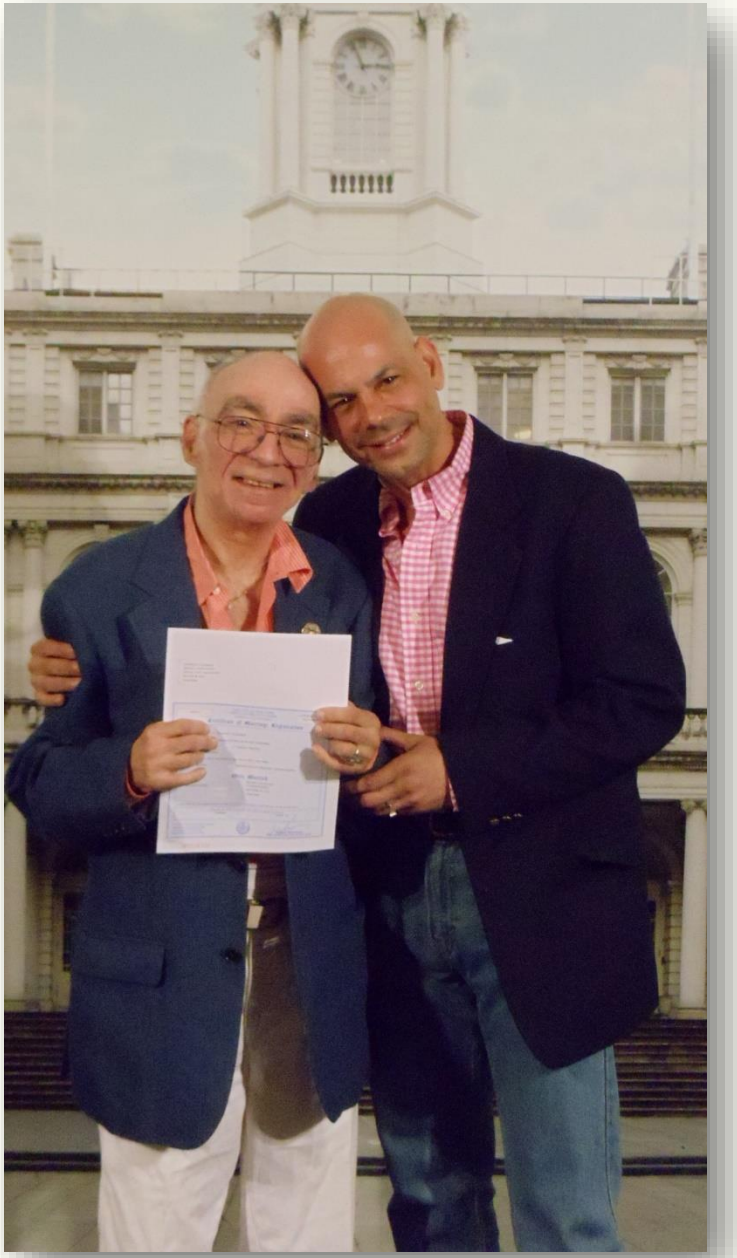
"Rene Marqués, Ángel Lozada and the Constitution of the Puerto Rican (Homo) National Subject." *CENTRO Journal*, Puerto Rican Queer Studies Issue, Spring 2007.

"Wiso. a vuelo de pájaro". *Exégesis*, 24:67-68, 2010:103-106.

Fronda de letras

Escritura de
Alfredo Villanueva Collado





Poemas

Traiciones

De qué sirven direcciones, teléfonos.
Nadie responde correos, llamadas.
La era de la incomunicación apabulla
con tantas hipócritas conexiones.

No entran señales por ninguna parte.
Uno muere por la cacofonía de silencios.
Los que no contestan también se pudren
en espejismos de su propia hechura.

Echarse a morir, sordo, mudo,
rabiando la ira de minas sembradas
en los recovecos del cuerpo planeta.

La desesperanza, el miedo al futuro,
crean dementes suicidas iletrados.
Los poetas, fallecen por el poema.

Hombre gaviota

Raquel Olmedo

¿Por qué llora el poeta
cuando escucha voces sin cuerpo,
lengüetea cuerpos sin voces?

La canción del exilio perpetuo

explica el llanto inexplicable.
Es él, quien canta desde el escenario

la miseria de su existencia cotidiana,
su batalla con amores fantasmas.
Los que escuchan lo designan . . . teatro.
El magisterio de los cuenta cuentos.

Pero el dolor es tan real como el llanto
en cualquier lenguaje inhumano.
Lanzarse al vacío con las alas rotas.
Hombre gaviota, mendigando palabras.

Indígenas

Betty Misiego

No me interesan.
Nunca he estado.
Las alturas espantan.
Las culturas dan asco.

Imperios idólatras.
Sacrificios humanos.
Droga y oro. Cuán parecidos
a otros reinos de monos asesinos.

Mas surgen los ritmos, los sabores,
el suspiro perpetuo de la quena,
el gentil golpe del ají amarillo,
la melancolía del pasillo y el valse,
el pañuelo alegre de la cueca.
Se abren los aromas, sonidos.

¿Qué nos haremos con el Alfredito que se desangra?

Mamá Carlota. ¡Avalancha!
Lodo, sangre, pedregones, poemas.
El poeta requiere merecido descanso.
Nada restaña el necesario flujo.

Exceso permanente de fluidos,
alfabetos, lenguajes, imágenes.
Hemorragia que no desangra.
Glaciar al fin libre de hielo.

Global calentamiento de un cuerpo.
Marea implacable, ineludible.
Orgasmos terremotos, volcanes.
Rueda la perifrástica corriente.

Comienzo de un final, una apertura.
Delta hacia las pavesas del retorno.

Amantes/Amados

Nunca regresará el principito
en ninguna de sus avatares.

Mánico artista, gélido científico,
puto casual, estudiante caliente.

Bipolar amado, adolescente
más bello que cualquier aurora.

Muertos, desaparecidos, zona de desastre,
vida de amores desparramados.

El poeta no distorsiona, no olvida.
No traiciona ni en el primer círculo

Aprieta los dientes, los puños. Se arroja
a los ardientes torbellinos del recuerdo.

Poetas

Los infelices poetas
se arrastran hacia cualquier dogma.
Se juntan en bandadas depredadoras,
Ocultan la mediocridad que los reúne,

la ideología que los canceriza.
Patean y aúllan ficciones teatrales,
huéspedes de imperios fascistas.
En manadas, de congreso en congreso.

Este poeta busca otra ruta.
La del soberbio lobo solitario.
La del que sabe que no sabe nada.

Lo arropa la noche oscura del alma.
Busca un dios que juega a no entregarse.
Un amor, más poderoso que la muerte.

Primer aniversario de la revista *La Nuez* (1989), en el Teacher's College de Columbia University, Nueva York. De izquierda a derecha, Alfredo Villanueva-Collado y Carmen Valle. le sigue Arminda Valdés-Ginebra, Mordecai Rubin, Rafael Bordao (director de la revista), a su lado Jaime Montesinos, ligeramente detrás, José Corrales, a su lado Roberto Echavarren y, finalmente; Jaime Manrique.

Hay uno que me ama

Lucrecia

Este vacío
que disuelve el cuerpo.
No lo imaginé.
Me deja solo,
Sin entender.

Los quise demasiado.
No los encuentro.
Rostros de muertos
que han partido
sin saber porqué.

Cómo recuperar
aquella intimidad.
El mundo que quería
no es el que vivo hoy.
No entiendo esta noche
oscura del alma.

Pero una silueta
vela a mis espaldas.
Hay uno que me ama.
Mínima luz contra la sombra.

Salve Regina

Pour François Poulenc

En cualquier momento de sus vidas,
sufre el arrobamiento del martirio
Y no lo olvida. Lo convierte en arte.

Piruetas, trinos, palabras, trazos.
Anónima hormiga industriosa
creando catedrales y vitrales
a costa de temporero sacrificio.

Carmelitas. Como las añora.
Las contempla subiendo al cadalso.
Será el testigo y la víctima.

Ahora va de sueño en espejismo, buscando
el sacro sonido de la guillotina
que cada día lo duerme, lo despierta.

Qué estupidez

Si recoge sus motetes y se larga,
habré perdido la contienda.
Se convertirá en otro fantasma
de los que a perpetuidad me rondan.

De los que yacen en mi lecho, y ejecutan
el amor impropio de los espectros,
provocando sueños empapados
de sangre, sudor, semen, lágrimas.

Pero no ocurrirá. Una amargura
más cohesiva que cualquier deseo
nos convierte en maltrecho artefacto,

pero funcional. Como los corceles
de aquella incierta fábula. Despiertos,
contrarios. Dormidos, semejantes.

Odisea en cuatro tiempos

Telémaco

Mi padre me entregó, todavía imberbe,
a este hombre, que me acariciaba
con la mirada, y me regalaba
cascos, lanzas, por verme
con ellas, desnudo, en el gimnasio.

En mi nuevo hogar tuve otra madre
más discreta, sutil, feroz tejedora.
Un perro de familia, ahora mío.
El Erastes encontró su Erómenos.

Nos lo arrancaron para una guerra:
un cachondo, una adúltera, un cornudo,
dioses caprichosos. Odian cuando aman.

Mi madre ahora desteje pretendientes.
Les coqueteo. Visito porquerizas.

Penélope

Cómo la echo tanto de menos.
Esa poeta con isla privada
donde vacacionar no conlleva maridos,
gineceos, o burdos pretendientes.
Cuánto me disgusta ese lecho vacío

que comparto con Odiseo, Telémaco
 y la ocasional doncella dócil
que admira mi telar, la destreza
cuando hago el amor como sólo
 puede que lo haga Afrodita.

La tranquila sensualidad de la lengua,
la urgente calentura de los dedos,
Mas necesito a mi guerrero en casa.
Requiero su carcaj, su arco, sus flechas.

Odiseo

Zeus me libre de mirarme al escudo.
Estoy cansado de brujas y doncellas.
Me utilizan para dubios placeres.
Luego me descartan, sábana sucia.

Sólo deseo regresar a casa,
al adolescente que paciente me espera
mientras desteje las redes con que atrapa
pretendientes apetitosos.

Que no se acerque Pallas Altanera.
No quiero pavoneos de dioses o diosas.
Juegan con el hermalfredito errant
que rueda de isla en isla, negociando

un archipiélago de manos foráneas,
el retorno a los cuerpos en el tronco del árbol.

Coda en ritmo de danza

Cuando Odiseo al fin regresó a la isla
ya la ocupaban fuerzas extranjeras.
Penélope vendía empanadas y alcapurrias
en cada esquina de Sol y Luna

desde un caldero cuya manteca
burbujeaba gemidos de danzas.

Telémaco prosperaba en su carnicería,
manejando el matadero de Eumaio;
peritos en destripar cerdo y cordero,
endeudados hasta la deuda externa.

Los protegió un punto de pretendientes
duchos en sazones adictivas.
Con el tiempo llegaron al nirvana:
colonia, desvergüenza, diáspora.

Trumplandia

Se impone el olor a madera quemada,
lo que quiere decir que hace frío.
Intenta arroparse con vidrio sangriento
y un pesebre ciego, sordomudo.

Comenzó el fin del mundo. Muy pocos
se ha dado cuenta. Celebran
la llegada de la Bestia Naranja
rodeada de basura blanca,

los odios de la hélice doble,
la violencia de los ancestros,
la máscara del espejismo libertario,
el hegemónico terrorismo de estado.

Nadie creyó en los gritos de Casandra.
Murió en la Amérika burundanga.

Yuca amarga

El año se llevó al adolescente
muerto de hambre en medio del oro
cochano, o negro, hecho de mazorcas,
metamorfoseado en yuca amarga.

Raíz tan letal como el curare
o foráneos dictadorzuelos
que determinan la muerte de todos
los vástagos de María Lionza.

Llora desolado el negro Felipe.
Gime el cacique Guaicaipuro.
El padre Gregorio se flagela.

¿Quién se atreverá a perturbar la luna
del que yace en un pasillo, por falta
de una arepa, un perico*, una hallaca?

Bola negra

A los que digan: “qué bonito poema”
les desbarato testículos y ovarios.
No escribo desde la estética mediocre

sino desde la destetada, descarnada
miseria de una especie maldita.

Cuánto mejor recibir bola negra
de mercaderes manipuladores
creando espejismos de vidrio sangriento,
cordones de palabrería lacrimosa,
cadenas de cuerpos para la venta.

Asciende un pájaro, buscando tierra.
El desorden impera. La ignorancia rige.
Se impone la ley del más desquiciado.
Baila el oleaje su certero aquelarre.

Jehová Ñam Ñam

Jehová es mi pastor. Ay, coño.
No sabía que me había convertido
en el cuadrúpedo de la colonia.
Balo y me embalo para olvidarlo.
Esto de rebaño suena a rebanado.

Nada me faltará, porque obedezco,
dócil corderito aderezado.
El lobo vestido de pastor me alimenta
con navajas de ajo, menta, cilantro.

Afila el instrumento de descanso,
pero antes, me dará aguardiente.
Me ensartará en su cayado rotativo.

Me ungirá con aceite de oliva.
Descansaré para siempre en su mesa.

Mi Grand Tour: Dos versiones

Que c'est triste venise

Tiempo de confesión. Fue el amor de su madre.
Pasearon Venecia por puentes y góndolas.
Nunca fue tan feliz como en aquel entonces.

Es ahora huérfano desamparado,
buscando ese fantasma que lo ornamentaba
con renacentistas blusones de seda, pisapapeles
de Murano . Les devoraban arcos infinitos

más siempre aterrizaban en un San Marcos
anegado en escoltas de palomas.
Cenaban en fondas de mármol tibio,

con ayuda de sinuosos camareros.

Su padre lo acusó de proxeneta.
Su marido la acusó de adultera.
No les pudo arruinar sus vacaciones.

Comme ils dissnt...

Nos largamos a Europa por seis semanas.
Celebramos el doctorado inconcluso.
Llegamos a la ciudad de sus sueños.

No escatimó gastos en su fantasía.
En el *Moulin Rouge* vimos cuerpos desnudos.
Riendo, me advirtió que cerrara la boca.
La baba delataba que era turista

En el *Bateau Mouche* quise probar couscous.
Riendo me advirtió que tuviera cuidado.
Ojos de buey. No probé bocado.

Puteo y buena vida. Atributos de hombría.
Pero cuando llorando sobre su falda
pedí perdón por no darle nietos, contestó:
mi permanencia reside en tus poemas.

*Títulos de los poemas: Charles Aznavour
Ilustraciones: "Venice", Henri Meunier, 1902. "La Pantomime", Eugène Cheret,1899.
Trasfondo biográfico: la visita a Europa en 1968 con sus padres.

Julia de Burgos

¿Será cierto que murió en una cuneta,
rodeada de hombres chiquititos?
¿Será cierto que brotó de nuevo
en enrejadas de madreselva

para testimoniar el desmoronamiento
de la isla que la traicionó en vida
y ahora la celebra con antologías
doctorados y palabrería?

¿Quién fue ésta sacrificada al poema?
Una de tantas que creó el espejismo
todavía presente en las pupilas

de los que viven un pasado, un presente
tan falto de gloria como de vergüenza.
Ahora, habita panteón de fantasmas.

Cuentos

La voz de la mujer que llevo dentro

María Callas, Víctor Amador, in memoriam

Fue la culpable, con su voz velada y cubierta de lágrimas. El otro, en la separación de bienes, se había quedado con el disco de arias surtidas. Por lo tanto, que la ocultara el silencio, no más afiebradas tardes, no más ataques abruptos de llanto ante la figura que se precipitaba desde el parapeto después de haber intentado salvar al amante [TOSCA], ante la madre que blandía el puñal de la venganza, el largo manto negro, las pupilas fulgurantes y la boca torcida en desafiante gesto [MEDEA]. No la había visto nunca en persona, pero la había vivido, gracias al milagro de acetato que ahora se convertía en pesadilla de larga duración.

La abandonó. Otras lo capturaron con sus trinos melifluos, purísimos. No echó de menos por un tiempo los filos cortantes, los bordes agudos manchados de sangre. Pero llegó la hora en que sintió la necesidad de enfrentarse a la voz de esa mujer que llevaba adentro, la voz que le había hecho tanto daño, y regresó al mismo lado, la misma banda. *L'amour est un oiseau rebel*.....[CARMEN]

Descubrió que se podía comprar en todas partes, y la adquirió una y otra vez. Las mismas palabras, diferentes momentos de una carrera gloriosa. *Edgardo, Edgardo [LUCIA], amami Alfredo; sola, perduta, abbandonata [TRAVIATA], Mai nessun, nessun m'avrà!* [TURANDOT] Y la voz que había sido sabia y seductora se tornó frágil y absoluta. Él se contempló metamorfoseado, bajando las escaleras entregada a la visión interior [LUCIA]; pálida y nerviosa, leyendo la carta que llegaba demasiado tarde[TRAVIATA]; vestal entretejiendo tapices de sonidos [LA VESTALE]; lunar sacerdotisa, preparándose para el sacrificio [NORMA]; envuelta en oscuro terciopelo, de rodillas ante los jueces y el público--*¿Giudici a me, Giudici a me?* [ANNA BOLENA] ¿Cuántas veces no se había preguntado lo mismo?--anonadándolos con su presencia y su voz.

Ávidamente recorrió las librerías y tiendas de revistas viejas; consiguió una biografía que resultó cruel y otra que resultó inexacta. Hizo listas que marcó cuidadosamente. Me falta ésta, ese concierto lo tengo en tal parte, eso me va a salir muy caro. En las fotografías se documentaba el milagro. Había logrado rehacerse, eternizarse, cobrando juventud y belleza con los años. Soñó que lo visitaba para el desayuno en un cuarto de hotel francés con muchas ventanas, mucha luz y una mesita cubierta con un mantel bordado de pequeñísimas margaritas. Le sirvió el líquido humeante

mientras ella destapaba una bandeja de panecillos y suspiraba, indicando melodiosamente que se sentía tan sola. Quiso asegurarle que existía tan sólo para servirla, pero calló, trincando los labios y conteniendo ese gemido que surge cuando uno se da cuenta de que un sueño no es nada más que eso.

No era perfecta, pero los defectos, el orgullo, el miedo, los alaridos que demasiadas veces se le escapaban, reafirmaron los lazos. Otros se burlaron y le invitaron a que escuchara a la rival, no diosa sino humana, con la voz bella, sin duda, pero falta de fuego, de penetración, ruido externo que no lo movía a la furia o a la desesperación. Impaciente se preguntó si alguna vez encontraría otro amor total, y se sometió a la disciplina de la variedad, pero sólo consiguió apegarse aún más a esa voz, ya como música de los cuerpos, melodía interior.

Se corrió la noticia del regreso. Ansioso esperó las reseñas de los primeros conciertos [PRIMAVERA DEL 1974, NY, CARNEGIE HALL]. "La adulación pública no altera la pérdida de..." "Aquellos que tuvieron el privilegio de escucharla cuando..." "Mucho temperamento, pero..." Nada importaba. Era cosa de verla, sentirla cerca, estar bajo el mismo techo con ella. Sabría que él se encontraba allí. Pagó más de lo que podía y ella canceló. "Algunos artistas nunca cambian..." "Sigue igual a los días de Roma la tigresa..." "Decepción de los fanáticos..." Pero no él; era la voz que llevaba por dentro.

Al fin, desde un asiento perdido en la parte atrás del teatro, a través de los binoculares, ella, el largo pelo sensual severamente recogido, en azul y zafiros, sencilla, produciendo la primera nota, sosteniéndola precariamente, perdiéndola en un graznido ronco y lento. Era inútil no querer darse cuenta del desastre. Para escapar de aquel ruido que no era música volteó el rostro y contempló paralizado, en el círculo inferior al suyo, a una de las nuevas, la española con voz de ángel, el rostro contorsionado por la angustia, por la ira ante las ruinas de lo que había sido una voz, y la reacción que se desencadenaría. “Ya te lo dije. Qué pérdida de tiempo. Y tan famosa.” Chacales, buitres, pequeñas locas burguesas operáticas que no se habían perdido en esa voz durante las horas más tristes, que no se habían acurrucado en la falda de esa voz, que no habían dejado el corazón en la punta de su acero.

Compró para el segundo concierto. Estás loco, le dijeron. Era una noche frígida de marzo, no se sentía bien, asistió porque alguien le había prometido conseguirle un autógrafo. Subiendo las escaleras con el Rubio, su compañero, el amigo les alcanzó y le entregó un sobre:

--Lo siento, sólo quiso firmar una, y me quedo con ella. Después de todo pasé el trabajo, mira, no te pongas así, te dejo las otras.

Más fuerte que la voz fue la rabia que lo clavaba al asiento. El amor es un pájaro rebelde.... Y comenzaron las lágrimas, primero discretas y después vulgares, acompañadas de apretones a los brazos de la butaca y sollozos que se escuchaban a lo largo de la fila. El Rubio se incomodó:

--Por favor, déjate de escándalos. Creo que tienes una fiebre alta, tu frente está hirviendo. Regrésate a la casa en el intermedio. Me quedo y no llego hasta que te consiga el maricón autógrafo.

Un sueño empapado de vigilia, me despreció, el Rubio no llega, no me quiso dar la firma, qué le pasará al Rubio que no llega, lágrimas y un calor sofocante, el termómetro no ha mentido, el sudor empapa las sábanas. Brinca sobresaltado cuando alguien lo sacude, abre los ojos, a su lado dos dibujos firmados, la voz del Rubio, excitada, contando:

--No sabes lo imponente que es en persona. Me fui al hotel, pregunté por ella, me dijeron que no había llegado. Conocí a la sirvienta española jugué con la perrita, me quedé dormido en un sofá del vestíbulo. Me despertó ella, con una gran sonrisa, preguntándome qué quería, le dije, firmas en estos dibujos que he hecho, para mi amigo enfermo, por qué estás nervioso, me dijo, le contesté, porque usted está aquí y yo también, movió la cabeza como una madre impaciente, pues si has esperado tanto habrá que complacerte, pero espero que tengas uno de mi compañero de conciertos, sí que lo tengo, mire, me estrechó la mano, no me la lavaré nunca, aquí los tienes, soprano y tenor, la pareja.

Tranquilo, de nuevo acompañado. Ahora preside dentro de un marco dorado sobre un anaquel que preserva los testimonios de su voz. Y vuelta a la búsqueda incesante, quizás algún día se encuentre la Isolda, se colecciona por años como el buen vino, muchos prefieren el 55 pero el 52 fue de muy buena cosecha.

Un dieciséis de septiembre despierta temprano, mareado, con nauseas, un dolor extraño en el brazo izquierdo le afloja los músculos y le adormece la piel. Se asusta. Algo debe pasarle a la madre, a la hermana. Llama; todos están bien, debe salir, distraerse, abandonar el exceso de trabajo. Terminadas las clases, se debate, no debe, se va a gastar una fortuna, le falta nada más que una, qué importa. En la tienda, se dirige a un anaquel conocido, pero no encuentra lo que busca.

--¿Qué desea?

--"Lucia", pregunté por ella la semana pasada.

--Ah, si, queda una en el almacén. No, aquí está, fuera de lugar, la última copia. Justo a tiempo. Imagino que ha escuchado la noticia. Fue de repente, no sufrió nada. Después que el griego la abandonó, y de esos conciertos desastrosos, no tenía por qué vivir. Por favor, siéntese. ¿Le puedo traer un vaso de agua?

Al salir de la tienda, la grabación apretada contra el pecho, lo esperaba el Rubio

--¿Cómo sabías dónde encontrarme?

-- Escuché la noticia en la radio, llamé a la escuela, habías salido, me dio un presentimiento. ¿Estás tranquilo?

-- Sí. Vamos al cine.

Tranquilo. Y a la vez sorprendido. Un escalofrío le deja saber que no tiene que preocuparse por algo tan sencillo como la muerte. Lee las notas necrológicas, vuelve a ella después de unos días, y la voz permanece. Nada de lo que se dice le parece nuevo; los detalles que otros devoran lo hacen sonreír. Cada madrugada, al inclinarse sobre su escritura con los audífonos puestos para no despertar al Rubio o a los vecinos, siente que ese rostro se posa sobre el suyo, máscara dulce, frenética, extática, y canta con ella. Esa voz surge ahora de todos los recodos de su cuerpo, procede de su garganta, *dolce, calma, sorridente,* [ISOTTA] y ahora sí que nadie puede separarlos.

Hombrespejo

Para Bruce Cassels

La primera vez que notó el fenómeno no le hizo caso, pensando que el vidrio del espejo del gabinete del baño estaba enfermo, esto es, perdiendo el azogue. No era lo primero que había decidido no funcionar en el departamento. A la estufa se le habían ido muriendo las hornillas, y para prender lo que quedaba tenía que usar un alicate, lo cual clasificaba de alta tecnología, lo mismo que aguantar uno de los audífonos con un imperdible o empujar la manigueta del inodoro tres veces hacia la izquierda para impedir que el chorro se convirtiese en catarata.

Saliendo de la ducha, observó con fastidio que el vidrio estaba empañado, lo cual le sorprendió porque dejaba la puerta del baño abierta precisamente para que eso no sucediera, pues le molestaba tener que secarlo para afeitarse. Le daba manía mirarse en un espejo lleno de gotas que no querían acabar de evaporarse, sino que obstinadamente se regaban aún más mientras más intentaba asesinarlas con la toalla. Esta vez no fue vapor lo que se requedó sobre la superficie del espejo--más bien una vibración oleaginosa que parecía originarse en el aire detrás de su cabeza. Asumió que sería todavía efecto de la humedad, así que terminó de afeitarse y no pensó más en ello.

Dos noches más tarde tuvo necesidad de levantarse hacia la madrugada a cumplir con una llamada de la naturaleza, causada por una botella de vino que un poco imprudentemente había tomado con la cena de la noche anterior. Por impulso se asomó al espejo y observó, con una sorprendente falta de sorpresa, que de su propio rostro salía una extraña visión en azules eléctricos y morados subidos, una luz que se separaba de sus facciones y que, colocándose en algún espacio a sus espaldas, se transformaba en la cara de un hombre que lo miraba fija, sonreídamente.

En un segundo se le ocurrieron muchas cosas--que todavía estaba dormido, o que alguien había penetrado por la ventana--pero esto no era un sueño y la pared del baño le quedaba a unos pocos centímetros de la espalda. Además, la luz de neón, un sol en miniatura, eliminaba toda posibilidad de carácter sobrenatural. Sacudió la cabeza y el otro profundizó la sonrisa. Vestía una camisa blanca con un patrón de cuadritos rojos y azules. Era de mediana edad, pelo castaño, abundante y ondulado, cejas leoninas, piel curtida y grandes ojos de un azul claro. Desapasionadamente tomó nota de la nariz un poco achatada, lo cual le afeaba facciones por demás atractivas. Apoyado en el lavabo, estudió su propio rostro, que en este preciso momento se le antojaba el de un niño sorprendido, con sus ojos marrones escudriñantes, sus largas pestañas de las cuales había estado siempre tan orgulloso. No hizo un gesto para dirigirse al extraño, el que sólo percibía de los hombros hacia arriba. Abruptamente apagó la luz y se regresó a la cama.

Se durmió rápido--sin miedo, sin soñar. Al otro día no pasó nada, ni al siguiente. Al tercer día, sentado en el tren, atisbó su perfil en el vidrio de la ventanilla, y a su lado el perfil del extraño, que por un truco óptico apa-

recía superpuesto sobre el suyo. En la próxima estación el vagón se llenó de gente, pero el reflejo no desapareció. Lo vio de nuevo en el ventanal de su oficina, que siempre le provocaba un miedo irracional de que, por estar abierto, le causara una caída fatal hasta la calle cinco pisos más abajo. El rostro. Los hombros.

Pasaron varias semanas y ya casi se había olvidado del asunto cuando se le apareció de nuevo en el espejo del baño. Esta vez se atrevió a comentar en voz alta: "No soy Orfeo y esto no es una película francesa." El otro echó la cabeza hacia atrás, sacudió los hombros y abrió la boca espasmódicamente. Tuvo la aguda certeza de que escuchaba sus carcajadas a pesar de que no se percibía ningún sonido. "No es cosa de risa," afirmó, pensando que ahora si que se había vuelto loco--sin duda consecuencia de ciertos experimentos con sustancias prohibidas. El otro hizo un gesto tranquilizador, como incitándolo a que siguiera hablando. "Parece que quieres conversación." El otro asintió con la cabeza. "Bien," continuó mientras se rasuraba, "no sé quién eres ni de dónde vienes, ni para dónde vas, pero hablar contigo es mejor que hablar con mis distinguidos e imbéciles colegas universitarios. Y, además, tienes la cortesía de no interrumpirme. Déjame comenzar por el principio. Nací en. . . .." El otro se llevó un dedo a los labios y lo miró intensamente. Sintió un dolor agudo, como el despecho de un rechazo, bajó la vista y al levantarla de nuevo el otro había desaparecido.

Apresuró el paso hacia el tren, esperando que allí se repetiría el fenómeno de otros días. Necesitaba volverlo a ver, casi lo echaba de menos, y ocurrió entre un viejo que olía a basura y una señora gorda que lo empujaba con el paraguas para hacerse sitio en el bacón abarrotado. En el vidrio de la ventanilla rebotó un reflejo azul y violeta. "Desgraciado," pensó. El rostro que lo miraba hizo un gesto sorprendido y arrugó un poco el ceño. Lo escuchaba. "Nací en...." El otro asintió. Fueron conversando hasta que llegó a la parada de su trabajo.

En los días y meses y años que siguieron llegó a depender de las visitas que siempre se efectuaban de la misma forma, y en más de una ocasión, inclinado sobre su escritorio a las tres o a las cuatro de la mañana, los audífonos puestos, un escalofrío le dejó saber que el otro, desde algún lugar fuera del círculo creado por la luz de la lámpara, lo contemplaba. Con el tiempo, y dada su naturaleza que de por sí había sido siempre poco comunicativa, llegó a considerarlo como el ser más cercano a él, y le llenaba de una extraña felicidad el saber que no lo compartía con nadie. Un día, en la obra de un difícil poeta extranjero que había comprado por casualidad y porque no deseaba perder su antigua facilidad para los idiomas, leyó que la forma más pura de la comunicación era aquella que prescinde de las palabras, y al levantar la vista vio al otro que le sonreía desde su mundo de vidrio. Se hubiera completado su felicidad de no haber comenzado a sufrir una infantil necesidad que no había sentido antes y que amenazaba convertirse en obsesión.

Quería verlo de cuerpo entero. Quería saber si era más o menos alto, más o menos grueso, flaco, robusto, enjuto. Una vez que otra, calladamente dirigió su petición al otro, que lo miro con sus ojos claros inescrutablemente, sin hacer gesto alguno. Sintió el miedo de perderlo y le habló de otras cosas que volverían a colocar la preciada sonrisa en su sitio: los diferentes tonos de verde que descubría en cada parque que visitaba, los olores exóticos del barrio donde habitaban los recién

llegados de las islas, el impacto sensual de un bizcocho recubierto de muselina de parcha. Detalles como estos alegraban al otro, cuyo rostro irradiaba un placer compartido y profundamente comprendido.

Una tarde, regresando del trabajo, caminaba por el medio del paseo desde la estación del tren, las tres cuadras bajo los árboles, antes de doblar por la calle estrecha que lo llevaría otras tres o cuatro cuadras hasta su apartamento cuando, del otro lado de una luz de tráfico, creyó ver la tan familiar camisa tricolor. Apresuró el paso, comenzó a sudar, el corazón le latió ensordecedoramente, quiso gritar ¡para! pero encontró que no emitía ningún sonido; volvió a verla, era cierto, entre los árboles se movía y podía desaparecer en cualquier momento, corrió como por el medio de un juego de soccer, evitando los cuerpos, serpenteando entre las hileras de obstáculos que se movían hacia los lados haciendo comentarios, llegó a una esquina, la luz cambió a rojo, la camisa tricolor parecía haberse detenido, lo había escuchado, se volteaba, era él, era él, con la mirada sorprendida, casi aterrada se abalanzó por el medio del tráfico con las manos extendidas, sin importarle los improperios de los choferes ni los bocinazos de los coches.

De un salto separó la distancia entre la calle y la calzada. Percibió un marco con el rabo del ojo. Hubo acaso quien gritara una advertencia horrorizada. Sus propios gritos, pocos minutos después, se confundieron con los de una señora que se había desvanecido a pocos pasos de él al verlo arrojarse contra el vidrio de un espejo enorme que dos hombres cargaban en dirección a un edificio al otro lado de la calle. Uno de ellos lo sujetaba mientras pedía auxilio a voces y el otro, furibundo, juraba que iba a tener que pagar por los daños. Pero él, a través de la sangre que le corría sobre los ojos y le goteaba sobre la que chorreaba desde sus puños apretados, sólo veía el cuerpo del otro, en el suelo, hecho añicos.

De un salto separó la distancia entre la calle y la calzada. Percibió un marco con el rabo del ojo. Una mano lo agarró por el brazo y lo atrajo hacia adentro. Los trabajadores que cargaban un enorme espejo destinado a reemplazar el que se había roto en la oficina de un ejecutivo en un edificio al otro lado de la calle, recostaron la pieza cuidadosamente contra una verja de amarrar bicicletas mientras atendían a una señora histérica que, aún después que había llegado la ambulancia y el enfermero le había suministrado una inyección, asegurando que no era nada grave, entre hipidos contaba cómo había visto a este tipo abalanzarse contra el vidrio y desaparecer. Al levantar de nuevo el vidrio, uno de los obreros comentó que parecía mucho más pesado que antes, y el otro respondió que eso pasaba cuando uno descargaba, aunque fuese por unos momentos, y que no debían haberse detenido.

De un salto separó la distancia entre la calzada y la calle. Percibió un marco con el rabo del ojo. Una mano lo agarró y lo atrajo hacia adentro. Desde el espejo que dos trabajadores cargaban en dirección a un edificio al otro lado de la calle, al fin pudo contemplar al otro, de cuerpo entero, la espalda ancha, los pantalones apretados y desteñidos, las botas desgastadas, la chaqueta de cuero negro colgada casualmente sobre el hombro izquierdo, que se alejaba por entre los árboles con el deliberado movimiento de un gato grande, sin mirar hacia atrás, camino a la estación del tren.

El macho

Sentado en una de las sillas de lona, callado, contempla su reflejo en el espejo incierto del cristal de uno de los cuadros de Omar que adornan la sala. Está sin camisa, el pecho cubierto por una maraña de pelo que lo hace aparecer más moreno y que se desliza por el estómago hasta convertirse en una selva sobre el bajo abdomen. Los calzones de dril le caen holgadamente sobre los muslos y se amoldan al bulto que, por no estar utilizando calzoncillos este día de verano, muestra lo que lo define, lo que tanto ella como el maricón que cacarea en la cocina no serían capaces de resistir si se lo propusiera, ahora, pero no, un sudor caliente le cubre las palmas de las manos, se las seca primero sobre el pecho y después sobre el pantalón, es mejor levantarse y dar una vuelta, dejar que el apartamento se enfríe, o dejar que ella se largue a hacer compra y se lleve a esa loca que como quien no quiere la cosa le clava la mirada entre las piernas y le despierta instintos homicidas.

No los tolera. Los aguanta porque ella los considera sus mejores amigos, porque cuando no está con él está con uno de ellos, y eso no es competencia. Si ser culto es ser maricón, el precio es demasiado alto. Ella le dice, me voy corazón, y la otra le dice, chao, no sabe ni despedirse como un hombre. No se molesta en sonreír, alcanza un cigarrillo, se levanta, consciente de una última mirada que no consigue ser furtiva, y los sigue hasta la puerta. La cierra. Regresa, encuentra fósforos, prende el cigarrillo, vuelve a sentarse, y todavía le sube ese buche de resentimiento y de cansancio, sí, de cansancio, la palabra le es nueva, como si nunca la hubiera pensado antes.

Cuando están solos, ella sabe jugar el juego, hembra jugosa y dispuesta. Le gusta que le acaricie la cabellera larga y castaña, descansa sentándose en el piso y buscando con la cabeza las rodillas duras y las piernas musculosas de tanto arrastrar el carrito de cartas. La va despertando lentamente con sus manos fuertes, seguro de que en el mundo de los dos todo queda en su santo lugar, como ha sido desde siempre. No necesitan hablarse y no extraña la falta de conversación. Todo lo que tiene que decir lo expresa con su cuerpo. El hombre, parco de palabras. La mujer, atenta a la palabra del hombre. Sin saber por qué piensa en su madre, mujer que nunca dio ninguna candela, ni aun cuando el padre llegaba tambaleante, despertando a todo el mundo de un portazo, manteniéndolos despiertos y temblando en las camas, a todos menos a él, que se cubría la cabeza con la almohada e intentaba quedarse dormido diciéndose que los ruidos y los llantos en el cuarto del lado no eran cosa de él.

Sí, ha sabido ser puta y modesta, y no entiende por qué escoge rodearse de esos tipos que le ofenden el alma. El viejo flaco que vive unos cuantos pisos más abajo y que habla como si una de cada tres palabras estuviera subrayada y en mayúsculas: “Pero mijitos, ustedes SABEN que yo NUNCA hago esas COSAS.” Su compañerito, un gringo con complejo de Marilyn,

siempre en pantalones demasiado cortos que exhiben sus piernas blanduchas y sus muslos fofos. Aquel otro, seco y estirado, con movimientos almidonados y una mariconería frígida y angular que se le congela en los labios. Y sobre todo el que acaba de salir por la puerta, anormal hasta en la apariencia, pelo amarillo, ojos azules, como si hubiera jíbaros gringos, con la libreta de dibujo y las crayolas, y a ella se le ilumina el rostro. Se lo lleva para la cocina y lo pone a fregar platos o a alcanzarle ingredientes para una de esas porquerías que les gustan a todos menos a él, porque prefiere sus habichuelas coloradas y su carne medio cruda y el resto a la basura y al carajo. Hablan en español como si ni vivieran en New York, *dammit,* se creen superiores porque nacieron en la isla, *shit*, y la loca transforma un inocente y hasta amistoso comentario sobre Bustelo en una disertación de quince minutos sobre los tipos de café que se dan en Yauco, se los puede meter por el culo, eso es lo que tiene que hacer.

Calma, calma. La otra, que todavía a le pertenece legalmente, aún existe como posibilidad. No hay dinero para el divorcio, así que se van a tener que contentar con lo que ya tiene, que da para dos y para más. Hace una semana visitó a su nena, una chancletita, sin duda culpa de su mujer. Lo recibió amablemente, pero sin calor. No pasó mucho tiempo después de las cervecitas y la charla; se entregó con el rugido de la hembra que no ha tenido contacto en tiempo, allí, sobre el sofá de la sala, terciopelo rojo forrado de plástico, una belleza, que había comprado cuando todavía no habían comenzado las peleas ni las lágrimas ni las escenas cuando llegaba de la calle demasiado tarde porque ya había conocido a la otra. Intentó explicar lo mejor que pudo que era como la naturaleza los había hecho, que el hombre afuera y la mujer en la casa. No lo había querido entender, tenía la cabeza llena de esas nuevas ideas que le habían metido en esa escuela del Concourse, le levantó la voz, pretendió desafiarlo, hasta que se encontró tirada en el piso contra la pared con un ojo hinchado y los labios partidos, goteando sangre, mientras él abría los ojos y ahogaba un grito porque entre los dos se encontraba la nena, cuya sangre se mezclaba con la de su madre.

Creyó que había recibido un perdón en los espasmos que habían sacudido el plástico del sofá. Después ella sonrió, comentando: “Todavía un tigre, se ve que no te falta práctica." Le contestó la sonrisa, y se disponía a mencionar una posible reconciliación cuando, estirándose como una gata, le informó que había pedido ayuda a la corte para que no pudiera visitar a la nena. "Y si te nos acercas otra vez te mato o te mando a que te pudras en la cárcel, a ver si te comen el culo de una vez, para que aprendas cómo se siente hacer todo lo que me has obligado a hacer cada vez que te ha dado la gana." Recordó a la otra, una vez que se le había ido la mano en una caricia: "No sabes lo que soy capaz de hacer si me pones una mano encima." Y él, que no le tenía miedo a nadie ni a nada, mientras ella lo empujaba con una pálida y afilada uña, había sentido una infantil necesidad de protegerse.

Shit, la ceniza del cigarrillo ha causado una mancha en la formica de la mesita. *Oh fuck*. Mejor es salir, como había planeado originalmente. La calle lo llama, *su turf*, territorio que ha marcado a gargajos y a puños, donde todo el mundo le conoce, donde todo el mundo lo respeta, donde se sabe que es un macho y qué es una hembra y a los patos se les entra a patadas y a botellazos

después que, confiados, le han mamado el bicho como cabritos. No nació para quedarse entre cuatro paredes. A la memoria le viene la visión de un niño que corre detrás de otro con un palo en la mano. De un *teenager* que forcejea con su jeba y la aprieta contra el marco de una puerta mientras la gente que pasa pretende no darse cuenta. De un grupo sentado en una esquina bebiendo de una misma botella y riendo mientras los moja el chorro de la bomba de incendio que acaban de abrir. De una figura parada en la escalera de escape, gozando del poco viento que sube y le refresca el sudor, mientras el cielo se va poniendo rojo y las entradas de los edificios se van llenando de voces. La calle. *The street.* Cada vez que una hembra se cree que lo tiene pillado, siempre queda la calle, verdadera medida de la libertad de un macho.

Se abre la puerta y ella entra cargada de paquetes, sola. No sabe que hacer, pero what *the goddamn fucking hell*, no se va a meter en la cocina con ella, así que continúa abrochándose la camisa. Ella pregunta si le va a dar una mano con la compra. Él contesta: "Eso te toca a ti". Quisiera haberla herido, la espía a través del cristal del cuadro, y le nota en cambio una extraña sonrisa que bien podría ser una mueca de desprecio. Después que termine de cocinar se encerrará con los papeles que tiene que corregir, o con los libros que tiene que leer para los cursos de doctorado. Él estará, como tantas otras noches, de más. Lo cual prueba que una mujer educada *is a real mean bitch. Shit.* Se le olvidaron los calzoncillos. No importa. *Let it all hang out.* Que lo vean. Y ella. *Fucking cunt*. Allá afuera tiene que haber otras que sepan apreciar lo que exhibe. Allá afuera. *Now.*

Adonis Pardo*

Para Clara Lair

Nunca se le hizo justicia.

Un novelista hizo fama y fortuna a base de mentiras que complacían el gusto morboso de la chusma. Después vinieron las películas y los libros eruditos, intentando explicar, mezclando y confundiendo leyendas irreparablemente. La verdad no se ha dicho. Me alegro que al fin alguien se arriesgue a preguntar. Yo sí que me atrevo a contar su vida, al fin y al cabo, tan inexorablemente atada a la mía.

Antes de conocerlo lo presentía y lo deseaba confusamente, sin poder precisar lo que echaba de menos. A los seis años me tiraba al patio en noches de luna llena y me paraba junto al limonero cargado de gallinas, mirando al cielo, gozando del momento prohibido, aturdiéndome con el viento y el paso apresurado de las nubes. Tiraba la cabeza hacia atrás y pretendía que unos dientes me rozaban la piel y me perforaban el cuello. Me daba miedo y corría otra vez a casa, teniendo cuidado de no hacer ruido.

Tirado sobre la cama iba quedándome dormido con los ojos empapados del fulgor blanco de esa luna grande que parecía seguirme por todas partes. Y soñaba. Sueños que infundirían pavor en otros pero que me llenaban de gozo y de asombro. Uno en particular recuerdo. Era una casa antigua con patios rodeados de habitaciones. Y era de noche; cada pared y cada mueble despedía su propia luz, hasta el aire brillaba con una interna transparencia. Por los cuartos y los corredores deambulaban criaturas de mirada fija y pisar afelpado buscando sustento.

Los observaba metido en una enorme canasta de mimbre, o quizás detrás de una puerta. Pensaba, deben haber mordido a todo el mundo. Pronto pasaban amigos, sirvientas, mis padres. No sentía angustia sino envidia, salía de mi escondite y me iba a caminar entre ellos. Nadie me hacía caso. Era curiosamente, tristemente invulnerable. Me decía con amargura que eso me pasaba por ser un muchachito incapaz de atraer la atención de los adultos, y juraba que algún día sería admitido en esa cofradía nocturna.

Más tarde, asistí a las películas y poco a poco fui absorbiendo la imagen popular de un hombre alto y seco, de mirada dura y ensangrentada, rodeado de telarañas, ratas y ruinas. Representante del mal. Encarnación del mal, definido como una subversión del ciclo, nacer, reproducirse, morir. Las víctimas, siempre vírgenes tontas. Ello produjo un ligero desencanto, y después una identificación vicaria que terminé por descartar. El otro único camino hubiera sido la locura de un Renfield.

Como desquite, aprendí de memoria las formas de combatir y eliminar mi obsesión. La cruz lo marcaría, lo haría huir. El agua bendita lo quemaría. Una estaca en el corazón, la luz del día, lo reduciría a polvo. Hubo una cruz en la puerta de mi cuarto, y al picaporte fue a parar el viejo rosario que mi madre me había regalado, amuleto poderoso ya que había pertenecido a mi abuela. En la mesa de noche quedó una botellita de agua de Lourdes. Debajo de la mesa, un palo de escoba roto en un extremo. Dormía atento al olor de carne putrefacta que anunciaría su presencia. Era un capricho, o un juego.

Y como pasa con los juegos, quedó atrás. Seguí asistiendo al cine, pero ya como cínico espectador, analíticamente saboreando los desbarres de Hollywood, los cambios que señalaban la perversión, la comercialización de la leyenda. Llegó el momento en que Bela Lugosi y Christopher Lee dejaron de impresionarme. Cuál no sería mi sorpresa cuando una tarde, escapado de los idiomas muertos y refugiado en la penúltima fila del Paradise, habiendo llegado el coche al castillo, la cámara subió lentamente por una pared hasta una ventana, y la pantalla se llenó con un rostro de belleza excepcional, grandes pupilas azules, boca roja y petulante, pelo rizo y rubio. ¿A quién se le había ocurrido tan brillante idea? Ahora el encanto fatal hacia sentido al originar, como la necesidad que lo inspiraba, en concretos atributos. Cuando las inevitables doncellas comenzaron a sufrir la suerte inevitable, me levanté para largarme. Algunas cosas no habían cambiado.

Fue entonces que un vaho húmedo me rozó la nuca y una voz susurró: “Amor vincit omnia.” Me di la vuelta seguro de encontrarme con alguien que, como yo, prefería los vampiros al latín. Pero no. Lo primero que

se me ocurrió, mientras se me desquiciaba el corazón y se me helaban las manos, fue que no se parecía en absoluto a nadie que hubiera imaginado. Un Tyrone Power criollo. Pelo negro, ojos negros, piel esplendorosamente canela, rostro terso, pero surcado de arruguillas, un verdadero Adonis pardo. La sombra de una barba, una expresión juguetona, casi pícara. Camisa blanca, reveladores Levis. Sonrió. Dientes ligeramente separados. Pensé: no lo conozco. Y, tengo que hacer que me invite a una cerveza. Y: ¿ahora qué hago? Pero no fue necesario. Tocándome el hombro, me indicó que lo siguiera

Cuando llegamos al cuartito de la pensión me dispuse a cualquier cosa. Nada me había preparado para el lento, agonizante, delicioso impacto de sus labios, el hipnótico olor a especias y tierra mojada de su piel, o la entrega total, más allá de todo terror y de todo deseo, mediante la que me convertí en su alimento.

Bebió sin prisa y no sentí asco ante mi propia sangre. Con una mano le acariciaba el pelo y con la otra me aferraba a la almohada. Vivir no me importaba. Desde que me tomó por las orejas y me torció la cabeza delicadamente, todo el pasado se convirtió en un sendero que llegaba hasta sus manos. Lo que llaman la víctima aprende, durante los momentos en los que, mediante el sacrificio de su líquido vital, se acoge a la metamorfosis irreversible, el verdadero sentido del poder.

El otro era un niño de pecho encogido sobre mí, nutriéndose, olvidándolo todo en el éxtasis que yo le proporcionaba. Yo, con los ojos abiertos y fijos, experimentaba pequeños espasmos de un placer generalizado que se hacían más lentos, más débiles, a medida que un frío inevitable me adormecía, sabiéndome el centro de su total envolvimiento, ven y bebe mi jugo, licor, sangre, semen, ambrosía.

Escuche los latidos mortecinos de mi corazón. Caí de espaldas por un túnel infinito, sin voluntad de luchar, cubierto de velos. Pero entonces me arrojo de sí, se rasgó la camisa, con una uña se abrió la piel bajo la tetilla izquierda y me apretó el rostro contra su pecho. Lamí lo que allí brotaba a la superficie.

Poseído de la angustia de querer vivir, con un hambre de vida nueva para mí, me aferré al rasguño, lo ahondé con los dientes y bebí, sintiendo como el músculo recobraba su ritmo y el calor me regresaba al cuerpo. Experimenté el placer rabioso del carnívoro sobre la presa, el orgasmo del macho sobre la carne rendida, el éxtasis del comulgante cuando digiere al dios. De su garganta brotaba un arrullo o un ronquido que se mezclaba con el sabor salado y la textura de su sangre, que también era mi sangre, no una sino dos veces.

Al fin descansé, mi cuerpo todavía agazapado sobre el suyo. Supe sin preguntar que le había pertenecido de una forma u otra desde que lo llamase aquella noche de mi infancia en lo que creí haber sido un sueño. Lo que se dice de nosotros es mentira. El sol no nos destruye ni la cruz nos espanta. Nuestros ritos son los más antiguos, y una galletita de almidón o un sorbo de vino barato son pobres substitutos.

** El título refiere al poema "Pardo Adonis", escrito por Clara Lair, poeta modernista puertorriqueña.*

Alfredo con la escritora Marithelma Costa, Fedrich Iván Torres Ondina y el cineasta puertorriqueño Joelle Laguer.

Autopolaroids

Autopolaroids: Introducción

Comencé a escribir a muy temprana edad, alentado por mis padres y maestros, pero no fue hasta los 19, mi orientación sexual ya establecida, que encontré mi propia voz. Pronto adquirí dos registros primarios: el amor y la política. Ya que a esa edad me interesaba más el primero que la segunda, no hubo lugar para mí en el mundo polarizado de la literatura puertorriqueña de los 60" s, aunque hoy se me considera de esa generación. Mi poesía maduró en el sexilio de Nueva York. Mis primeros editores fueron Luis Mario Schneider, de México, quien publicó ***Las transformaciones del vidrio*** (1985), y Juan Benito Pla, un español que me incluyó varias veces en su "Pliegos de murmullos," en la antología ***Poesía actual*** (1988) y publicó ***Grimorio*** (1988), una colección en la que yo deseaba mostrar que la poesía homoerótica es también componente de la tradición occidental y puede alcanzar una dimensión universal. Por otro lado, con **En el imperio de la papa frita** (1989) y ***Guerrilla fantasma*** (1989) proclamé mi posición política como puertorriqueño e hispanoamericano. A través de Rafael Bordao y Celeste Ewers, publiqué ***La voz de la mujer que llevo dentro*** (1990) y ***Pato salvaje***, (1991) con Editorial Arcas, continuando mi exploración de la interacción entre sexualidad, voz poética y género, el impacto del SIDA en mi vida y en tantas otras. En 1996 alcanzo mi primera y única publicación comercial, bajo José Ramón de la Torre, director de la Editorial de la Universidad de Puerto Rico: *Entre* ***la inocencia y la manzana***, antología cronológica de mi obra. En 1999 aparece ***La voz de su dueño***, editado por Isaac Goldenberg y Silvio Torres Saillant, volumen publicado bajo la sombra de mi posible desaparición de este mundo, ya que había caído gravemente enfermo. Mis tres últimas publicaciones aparecen gracias a Fernando Pérez Poza. ***De antiguo amor*** (2004) y ***Mala leche*** (2007), poemarios que he publicado en formato electrónico para ser accedidos gratis en Internet, ***De antiguo amor*** recoge mis primeras 4 colecciones, poemas de mi adolescencia y juventud temprana y ***Mala leche***, poemas sueltos de los 80's. ***Pan errante*** (2005), reúne los poemas de mi convalecencia, en los que confronto la vejez y la muerte. Mi único éxito comercial en el campo de la narrativa ha sido "El día que fuimos a mirar la nieve," cuento de cariz político que ya ha sido antologizado seis veces.

En los 90's, bajo una específica y no muy saludable influencia erótica, después de muchas discusiones sobre la naturaleza de la novela y su "desaparición" en el marasmo de la post-modernidad, respondí a un desafío que me conminaba a escribir narrativa, pero dentro de unos parámetros específicos: una serie de relatos cortos discontinuos sobre mis experiencias eróticas. Pronto me di

cuenta que tenía que abrir la colección a otras experiencias. Me interesó la noción de fragmentación, que me parece la modalidad primaria de la memoria. También respondía a la certeza que no soy novelista; carezco de la capacidad de enhebrar un argumento narrativo de cientos de páginas, a pesar de haber llevado un diario interior escrupulosamente por casi treinta años. Como poeta, retrato la realidad interna y externa en lo que llamaría instantáneas.

Siempre he vivido con la certidumbre que mi sexualidad se extiende a la totalidad de mi naturaleza, fuerza libidinal que constituye la fuente de mi energía creativa. Este descubrimiento va directamente en contra de las ficciones más celosamente guardadas por la cultura occidental, que reprimen, niega y denigra el poder, la presencia y la persistencia del Eros. Por lo tanto, en este nuevo proyecto he querido desbancar una serie de mitos y mentiras que persisten acerca de los flujos libidinales entre hombres; la sexualidad infantil y adolescente; la promiscuidad y sus efectos; "la vida gay" en oposición a "la vida normal.;" la falsa relación que hace el cristianismo entre placer y culpa, y el Estado entre placer y subversión. Mis cuatro tintas: semen, sudor, sangre y lágrimas. Lugar de producción, las vísceras. Meta: ser implacable con los binoculares.

También he querido darle presencia a todos aquellos que han compartido mi peregrinaje por esta existencia y que, no importa si adversarios o amigos, han dejado en mí su huella. Mi material primario, esos recuerdos de momentos y cuerpos que conservo vivos en la memoria. Mi enfoque: lúdico, erótico e irónico. También incluyo porciones de mi diario sobre los temas que toda la vida me han interesado.

Primero les llamé ***Textos,*** para crear distanciamiento, pero pronto me di cuenta que el efecto que quería conseguir era exactamente el opuesto. En los 70's había tenido la oportunidad de ver una exhibición fotográfica de Lucas Samaras en la que exponía fotos de sí mismo, sacadas con una Polaroid y luego trabajadas en su estudio. ***Autopolaroids***— autobiografía del cuerpo al desnudo en instantáneas. Me venía ese nombre al dedillo para mi propio proyecto. Pero luego volvió a cambiar. Me di cuenta que con la adición de una consonante podía expandir el sentido y la intención de los textos, escritos con la cabeza de arriba y la de abajo: ***Autopollaroids.***

Una nota sobre el idioma: las he escrito en inglés y en español, en parte para prevenir que otros me las "traduzcan" y en el proceso me las "saneen," y en parte para mostrar que un mismo texto puede ser creado más de una vez. Por ello, no pretendo que las dos versiones sean iguales—hay cambios sutiles de una a la otra. También, y a pesar de una instintiva repugnancia hacia el mercado "bilingüe," me he rendido ante las exigencias del mercado, aspirando a llegar a un mayor público.

Clasifico mis ***Autopollaroids*** como una variedad del poema en prosa, género desprestigiado dentro de la postmodernidad. Un *daimon* tutelar de este proyecto ha sido Roland Barthes con su ***Fragmentos de un discurso amoroso***. Una línea de T.S. Eliot, DE ***The Wasteland***, serve de faro: "These fragments/ I have shored against my ruins." No terminaré de producirlas hasta que ya no pueda recordar. Los dedico a todos aquellos que viven en sus páginas: putos, juguetones, hipócritas, fascistas, anarquistas, compinches, enemigos, desenfadados, subversivos; desafiando las cadenas de la moral y la

religión, la propiedad y el respeto, arriesgándolo todo por alcanzar el placer, punto ciego y *bête noire* de la cultura occidental.

Alfredo Villanueva Collado
Nueva York, 2005

A caballito

El chiquitín gritaba mientras brincaba al caballito sobre la rodilla de su pariente adinerado, bajo la mirada indulgente de los padres y otros adultos circulando en la terraza, bebiendo sus Cubas Libres, junto a la cacofonía de un millón de canarios, dos millones de periquitos y un siniestro grajo, bajo la luz del atardecer, la resolana del atardecer, arriba, abajo, arriba, abajo, sintiendo la deliciosa presión de esa rodilla contra sus nalgas y sus muslos, apenas conteniendo el impulso de agarrar el miembro inconscientemente semierecto del hombre.

Comienzos

¿Comenzaré cronológicamente, o en *medias res*? ¿Dónde se inicia el cuento (o el rabo)? ¿En qué momento exacto comenzó el pequeñín a ser diferente, adquiriendo, en aburridos términos postmodernos, Otredad? Poco revelan las fotografías. Era un niño hermoso, con enormes pupilas almendradas, largas pestañas, el primero en la escuela, rodeado de amiguitos y maestros que lo adoraban, prefiriendo los libros a la gente. Me pregunto por qué. ¿Qué hace que a un niño le atraiga la ficción, la poesía? ¿Qué lo hace tomar un lápiz y poner sobre papel sus fantasías? ¿Qué hace que le atraigan otros de su sexo? Su madre lo debe de haber instigado. Por si acaso, culpen a la hembra por el comportamiento aberrante del cachorro. ¿Hubiera querido el padre un médico, un abogado, un follador de mujeres? Un follador de mujeres. Las mujeres no pueden amar si no se las folla. Los hombres nacen para follar mujeres. También hacen la guerra; son folladores y asesinos. Sólo incidentalmente escriben poemas, componen sinfonías, construyen catedrales. Si no me lo creen, lean a Freud.

Juegos acuáticos

A los chicos se les permitía jugar en la bañera si dejaban la puerta abierta para que la madre de nadie y tía de todos pudiese vigilarlos.

Pero estaba demasiado ocupada preparando la comida para el hombre que pronto subiría las escaleras, gritando acerca del almuerzo, porque todavía había clientes abajo esperando que les arreglaran los autos. Siempre lo mismo: un caldo con calabaza, arroz y habichuelas, carne o pescado, y de postre, una latita de frutas para diabéticos, que jamás compartía. Ella también tenía que alimentar a otras criaturas; incontables jaulas necesitando papel fresco, agua fresca, semilla fresca.

Los chiquillos la escuchaban moverse, jugando en el agua, haciendo bulla, riéndose y gritando mientras se

tocaban uno al otro entre los muslos, acariciando lo que allí crecía, sin soltarlo, hasta que se hacía un silencio lleno de sensaciones no sólo percibidas como separadas y distintas sino como un placer conjunto, una experiencia compartida.

La buena mujer asomaba la cabeza por la puerta, les advertía que había ciertas cosas que no se hacían entre chicos, regresaba a la limpieza de las jaulas. ¿Cómo saba? Los juegos continuaron. Estas son las cosas que los hombres adultos olvidan. Pero las manos y el cuerpo recuerdan.

Yemayá visita

Vuelo en la estratosfera, mis manos perpendiculares a mi cuerpo, entre planetas, gozando de la ebriedad de las alturas. De repente, me encuentro rodeado de una espesa niebla, sin forma de encontrar el camino. Siento temor, mas sé cómo salir de ella. Comienzo a repetir su nombre. Él habrá de guiarme.

Voy bajando en espiral hacia la amplia curva de una bahía. El mar, espejo verdiazul. Aterrizo sobre unas infinitas escalinatas que llevan de la ribera a una mansión. Miro hacia atrás; al otro lado de la bahía atisbo una gruta cuya oscura silueta se delinea contra la pared de roca blanca. Un cuerpo desnudo, acanelado, musculoso, mas de suaves contornos femeninos me da la espalda, bañándose. No sé si es mujer u hombre, pero me excita.

Al llegar a la casa pregunto por su dueño, mi amante. He llegado como integrante de la banda de jazz que amenizará su fiesta de cumpleaños. Me informan que es temprano, y duerme. Exijo verlo. Yace sobre un lecho de cuatro pilares, vestido con ropaje renacentista de terciopelo escarlata, cubierto por un velo blanco y la luz del vitral de una ventana.

Me encuentro en una habitación que de algún modo reconozco como mía. En el medio, una estantería con anaqueles de vidrio llenos de jarrones y figuritas. Una me atrae: una botella en forma de mujer, una cariátide, en color lavanda, llena de un cremoso y espeso líquido blanco. Lo huelo: una fragancia, olor a cuerpo de macho y coco, me embriaga.

Una hermosa y alta negra que identifico como princesa africana, vestida de lavanda, seguida de dos asistentas reales vestidas de blanco, entra a la habitación con paso mesurado. Es la cariátide. Me ordena que beba de la botella. En segundos, otro cuerpo transparente, masculino y negro se sobre impone sobre el mío. Siento el impulso tremendo de escuchar una música particular a toda boca, me arrodillo buscando discos de la Lupe, no aguanto y rompo a cantar: *Babalú ayéeee, babalú ayéeee*. Desde el dintel, un hombre negro, mayor, que identifico como el principal trompetista de la banda, me mira lleno de odio, las pupilas al rojo vivo.

Un amigo a quien le cuento el sueño me dice asombrado; “Nunca he sabido de una iniciación en un sueño. Esa era Yemayá en el agua, mitad mujer y mitad hombre, diosa del océano. Te ha hecho beber la leche de Obatalá y ahora eres su Babalao. No en balde te gusta vestir de blanco. El hombre que te mira es Changó, su marido celoso. Tienes que cuidarte, porque te odia. Ahora, dime: ¿cómo es posible que me digas que no sabes nada de santería?”

Judío errante

Creí que me invitaría a pasar el fin de semana con él, pero los viernes le pertenecen a la novia. Sin embargo, temprano en la noche recibo una llamada: "¿todavía quieres venir a Brooklyn?" Empaco pantalones cortos, una camisa, cepillo de dientes, walkman, tomo el tren. Bebemos vodka, fumamos yerba, escuchamos música. Se mueve por toda la habitación bailando, hablando, como si tuviese una fuente inagotable de energía. Pasamos al tema de los masajes. Me acuesto en el suelo mientras me tuerce el cuerpo, me estira el cuello, los brazos, las piernas. De repente se me para sobre la espalda. No sé si puedo tolerar el dolor o el placer. Lentamente sigue la ruta de mi espina dorsal, gritando: "¡Ahora eres mi esclavo, soy tu dueño! ¿Me oyes? ¡Puedo hacer contigo lo que me dé la gana! Desmonta. Le digo, "ahora me toca a mí."

Chuito y el Lorraine

Si lo hay en Nueva York, lo tiene que haber en San Juan. Si no, ¿para qué somos colonia? Pero a veces eso de coloniaje tiene sus ventajas. Para el turista ocasional que echa de menos el sexo anónimo en esos antros paradisíacos de la 42, San Juan la proxeneta pródiga ofrece nada menos que el Lorraine, allá donde Santurce casi pierde el nombre. Mis amigos encloseteados me lo han mencionado con grandes aspavientos, sin saber que es precisamente lo que ando buscando. Y allí, en la última fila del balcón, entre sillas destartaladas y un techo por cuyos agujeros caen chorros cuando llueve, me he encontrado a Chuito.

A Chuito le gustan los hombres mayores—en su caso, cualquiera después de los treinta y cinco cualifica—y de entrada se cuadra de bugarrón, pidiendo unos miserables diez dólares. Es macizo, torneado, con esa musculatura natural de los chicos de caserío, pero sin la fanfarronería y la violencia. Hace el amor con la dulzura de un pan de Mallorca, y con el mismo resultado. Deja una huella imborrable en los sentidos.

En un segundo viaje regreso al Lorraine esperando contra toda esperanza encontrarlo, y se me sienta al lado, preguntando: "¿Usted es el mismo señor del año pasado?" Esta vez no lo quiero dejar ir, y lo invito a que pase la noche conmigo. Me contesta que primero tiene que ir a su casa, se asombra cuando le digo que me alojo en el hotel del aeropuerto. Pero le quedo relativamente cerca: vive en el temido Llorens Torres. Dos horas después se aparece hecho un mamito, bañado y perfumado con la loción más barata del mundo. Lo llevo a comer a la Bombonera; confiesa nunca haber estado en un restaurante de lujo. Regresamos al hotel, hacemos el amor toda la noche, y todo el día siguiente, con una pausa para desayuno y almuerzo. No me suelta ni mientras duerme. Ya no cobra; en cambio, se quita un brazalete de goma negra y en tono solemne me lo pone en la muñeca mientras deja saber: "Para que no me olvides, y te dé buena suerte."

Macho en primera fila

Se sienta siempre en primera fila, siempre en sudaderas azules que no dejan nada a la imaginación, mirándome con aire de infinito aburrimiento. Intento no perder la compostura, pero con la vista lo toqueteo levemente, casi saboreándolo, deteniendome en su paquete. Es insufriblemente guapo, un latino Richard Gere, un puertorriqueñito aguzao que ha venido a parar a esta insufrible clase compensatoria de redacción porque ha sido demasiado vago para escribir un ensayo largo en el examen de ubicación. Le clavo la vista cuando me sonríe provocador, moviéndose ligeramente en el asiento, proporcionándome un mejor ángulo mientras el bulto en sus pantalones se extiende lo suficiente para hacer que me pierda en un laberinto de gramática y sintaxis y deseo.

Lo re-examino antes de tiempo, claro que pasa, le informo que ya se ha ganado la nota y que no es necesario que regrese a clase.

EL VESTIDO GUAYABA DE MI HERMANA

Sabiendo que no hay nadie en casa, me he metido en el escaparate de mi hermana y he sacado el traje largo color guayaba en seda y encaje, con la falda ancha y abullonada, recuerdo de Caracas, que llevó puesto al cotillón de los quince y fiesta de compromiso de su mejor amiga, al que también asistí, como su caballero, en uno de los tuxedos reciclados de mi padre.

Todavía la puedo ver saliendo del salón de belleza, ya no más una niña sino una mujer, mi hermanita, con una nueva confianza en sí misma, una sonrisa de Monalisa en los labios levemente enrojecidos, las mejillas teñidas de carmín, las cejas precisamente delineadas, el pelo negro ya no suelto sino recogido en un moño empolvado de blanco.

Me siento al tocador, me aplico maquillaje, me peino el pelo negro hacia abajo, alrededor de las orejas. Me pongo el traje, que me entalla como antes le ha entallado a ella. Al girar lentamente frente al espejo compruebo que no somos sino dos versiones de un ser único.

Souvenir de Florencia

Al fin hemos arribado a Florencia. Nos sigue acompañando la suerte, almorzamos ravioli de pulpo en salsa de langosta, un buen Chianti, zabbaglioni, y encontramos habitación al tiro, un hotelito de precio moderado en el medio de la acción. La desventaja: a pesar del calor sofocante, sólo hay un abanico de techo. No es una criatura del calor, como yo. Se siente soñoliento, a punto del desvanecimiento. Qué extraño, observar la que es, aparentemente, su única flaqueza.

Desde la cama me mira perezosamente, sus masivas piernas colgando hacia fuera. Quiero sexo; dice que hace demasiado calor, pero ya está semierecto. Voy hacia él, me acurruco entre sus piernas, lo trabajo hasta la erección total, lentamente sacándolo de quicio, no pensando en mí sino en él, dándole un placer con su propia gentil calentura. Finalmente se derrama, sobre mis labios, sobre sus muslos. Me embarro un dedo con su esperma. “Así que éste es el fatal fluido asesino; no

se ve gran cosa, ¿no?" Se sienta en la cama, me mira fijamente, me atrae hacia sí en un apretado abrazo. "Salgamos por más crema, esta vez, de vainilla," dice.

Cruzando un parque, veo lo que creo ser una orquídea en la copa de un árbol. Explica: importados de Norteamérica, los árboles de gardenia sureños se han adaptado muy bien al pegajoso clima de Italia. "! ¡Una gardenia Billy Holiday!' exclamo. "La quiero." Me hace subir al árbol, parándome sobre su espalda. Cuando alcanzo la flor, me sorprende su fragancia. Ya bajando, no me deposita, sino que corre conmigo sobre sus hombros ante las asombradas, divertidas miradas de otros en el parque. Exhibe su conside-rable fuerza física y su niño/amante de cuarenta y dos años.

Es casi de madrugada. Hemos estado bebiendo toda la noche, caminando calles arriba y calles abajo, de las que muestra un conocimiento infinito. Nos duelen las vejigas y no hay un bar por ninguna parte. La luna llena brilla sobre nosotros mientras cruzamos otro de los puentes sobre el Arno, buscando la casa de Galileo. "Hagámoslo aquí," dice. "No," respondo horrorizado. "¡Nos verá todo el mundo!" Se ríe, el chorro se arquea grácil, oro líquido bajo luz de luna. Me le planto al lado, mi propio oro líquido fluyendo desvergonzadamente, interceptando el suyo. Mira, dice, "¡fuentes florentinas!"

TERAPIA FÍSICA

A pesar de las agonías que experimenta mi cuerpo, tan pronto llego a la sala de terapia física me doy cuenta que casi todos los terapistas son "de ambiente." Uno en particular captura mi atención; alto, bien formado pero lánguido, rubio, ojos azules, me recuerda un cisne gigante o un hermoso ciervo. Me sonríe la suerte y me lo asignan esa primera vez. Es paciente y cuidadoso. Mientras me estira los músculos y me aplica leves choques eléctricos en las manos, hablamos de nuestras vidas, del cine, la ópera, su trabajo, mis dolores. Unos días más tarde me visita, con un ramo de flores. Desde entonces, pregunto por él cada vez que llego en mi silla de ruedas, y él busca las maneras de que le toque atenderme.

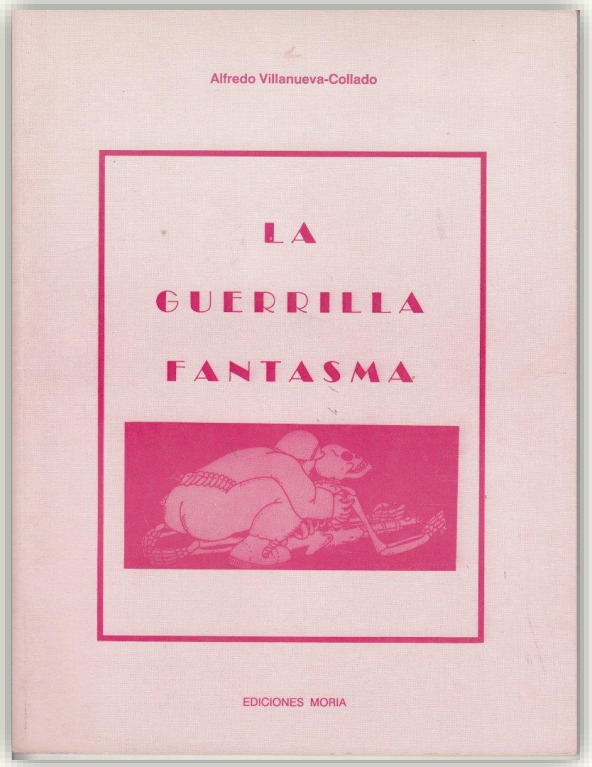
Una vez que dejo el hospital viene de visita con unos amigos para llevarme a un evento del Día del orgullo Gay, al que asistirán vestidos. Desde la cama los veo cambiarse. Sus disfraces desafían las convenciones de género: una mezcla de maquillaje payasesco, lentejuelas, boas de plumas y barbas. Él permanece a mi lado en la cama, suavemente acariciándome las piernas. Le llega el turno. Primero se coloca las medias de seda, que le alargan las suyas y hace que pierdan sus contornos musculosos. Se aplica un polvo oscuro al pecho afeitado para simular la curvatura del *decolettage* y se coloca un sostén relleno de guata, un liviano traje de chifón pastel de los treinta. No parece ni puta ni loca. Comienzo a sentir una sensación peculiar en la boca del estómago.

Le llega el momento de maquillarse, cuidadosa, delicadamente, evitando los excesos de sus compañeras de aventuras. Bajo el colorete, el lápiz labial, las pestañas postizas, desaparece el rostro familiar; con la peluca corta y rubia se completa la metamorfosis. A mi lado, en la cama, se encuentra ahora una enorme hembra provocadora que estira las piernas para que yo le meta la mano debajo de la falda. Tomamos fotos, todos reímos, siento un totalmente inesperado despertar entre

las piernas.

No nos vemos por un tiempo. Una noche recibo un correo electrónico: le es imposible volverme a ver, ha regresado con su amante, intenta salvar una relación que ha roto por haberse enamorado de mí en el hospital, y que todavía puedo poner en peligro.

Mi vanidad masculina se siente halagada, el romántico en mí sufre el no haber completado esa caricia.



Alfredo con Abersio, Brigidina Gentile, Tina Escaja, Telma García y Electa Arenal.

Otros escritos

Paternidad e ideología en Nuestra Señora de la noche de Mayra Santos Febres

Cuando se estudia la producción crítica sobre la figura y la obra de Mayra Santos Febres, no se puede menos de notar su inmediata canonización desde la primera novela, *Selena sirena vestida de pena* (2002) que mereció todo un simposio en el Centro de Estudios Puertorriqueños de Hunter College y un número completo del *Centro Journal*, actividad y publicación a donde concurrió la flor y nata de la maquinaria crítica puertorriqueña. Alberto Sandoval la califica de "una novela para el nuevo milenio" y Efraín Barradas la propone como una continuación de "la utopía pan-antillanista que Eugenio María de Hostos propusiera casi 140 años antes en *La peregrinación de Bayoán*" (Rivera 1).

Con *Nuestra señora de la noche*, la tercera novela de Santos Febres, ha continuado la crítica puramente adulatoria, que enfatiza una serie de aspectos o temas a expensa de otros. Las reseñas editoriales han enfatizado que se trata de "una novela de amores imposibles, el de lsabel y el licenciado. . .y al mismo tiempo de la soledad, la de la niña lsabel primero y luego la de su hijo Roberto, abandonados por sus madres" (Méndez Panedas, *Espéculo*). Otras enfatizan tanto la temática como el estilo: "Con su prosa sensual, plástica, llena de color y de poesía, Mayra Santos Febres narra la crónica del ascenso social de una mujer en una novela que nos habla de pasión y ambición, pero también de la desigualdad entre una burguesía acomodada y la pobreza de los desfavorecidos (*Lecturalia*). Esto es, la novela se ha mercadeado como "literatura femenina,"—léase sentimental o melodramatica, a la vez que ofrece una dosis de crítica social desde un parámetro feminista.

Los críticos han ampliado esta óptica feminista y postmoderna enfatizando cuatro temas en particular: "The novel is a nuanced narrative play set on a stage of themes found in Puerto Rican reality All of these themes merit a careful reading. Here, however, l must limit my reading to some instances pertaining mainly to race, gender, religion and nation (Lloréns 195). Los temas de la raza y el género refie-ren a la identidad de la protagonista, lsabel Luberza Oppen-heimer. Nacida en 1910, y misteriosamente asesinada en 1974, cobró fama como dueña y administradora de un fa-moso prostíbulo en el barrio de San Antón en Ponce, el "Elizabeth's Dancing Place," concurrido por la más exclusiva clientela, que incluyó, miembros de la lglesia Católica, políticos y hombres de negocios. A la vez, se distinguió por sus donaciones a la lglesia, lo que no sirvió para que después de su muerte el obispo de turno le negara los servicios funerales. Se sabe que estuvo envuelta en el tráfico ilegal de prostitutas de varias partes del Caribe y la distribución y venta de alcohol en los momentos en que regía la

Prohibición [i]. El tema de la religión se presenta no sólo en la relación entre Luberza y la Iglesia, sino a través de otros dos personajes femeninos, Cristina Rangel de Fornarís, la esposa del padre del hijo de Isabel, y Monserrrate, la vieja negra que lo cría. Ambas sostienen conversaciones imaginarias con Vírgenes y/o santos africanos. El tema de la nación se desarrolla a través de la novela, que detalla el devenir histórico de Puerto Rico desde los años de la Depresión, pasando por la segunda guerra mundial hasta la muerte de Isabel en 1974.

Existe de parte de la crítica sobre *Nuestra Señora de la noche* una peculiar distorsión cronológica que la coloca como el texto que introduce la figura de Isabel Luberza en la literatura puertorriqueña: "Mayra Santos Febres' novel ins-cribes Isabel Luberza Oppenheimer in early twentieth-century Ponce" (Llorens, 205). Emily Taylor Meyers, en "All in the Family: Black Women and National Identity in Puerto Rican Narratives," [ii] señala que la figura de Isabel ha aparecido cuatro veces en la literatura puertorriqueña. Primero, la figura doble de Isabel la blanca e Isabel la Negra en el cuento *"Cuando las mujeres quieren a los hombres"* (1976) de Rosario Ferré. Segundo, en *The House on the Lagoon* (1995) novela de la misma autora. Y luego, en la novela de Santos Febres. Conspicuamente ausente, mención del cuento "La última plena que bailó Luberza" (1974) de Manuel Ramos Otero.

De hecho, la introducción de la figura de Isabel Luberza a la literatura puertorriqueña ocurre simultáneamente en los cuentos de Ferré y Ramos Otero. Según recuenta Marie Ramos Rosado (235-36) ambos escritores eran coeditores de la famosa revista *Zona de Carga y Descarga*. A raíz del asesinato de Luberza el 8 de febrero de 1974, Ferré invita a Ramos Otero a escribir un cuento sobre ella juntos. Ramos Otero se niega, alegando que él vive en Nueva York y ella en Puerto Rico, así que deciden escribir cuentos por separado. Ambos cuentos se publican en el séptimo número de *Zona de Carga y Descarga* correspondiente al mes de septiembre de 1974, y luego aparecen por separado, el de Ferré en *Papeles de Pandora* (1976) y el de Ramos Otero en *El cuento de la mujer del mar* (1979).

Por otro lado, la crítica tampoco menciona la hostilidad expresada por Santos Febres en entrevistas y artículos hacia la obra de su predecesora, en particular al cuento que antecede a su novela. En una entrevista del 2000 aparecida cibernéticamente, hace Santos Febres una declaración que contrasta significantemente a Ferré con su co-editor y co-creador: "De Rosarito lo más que me gusta es la noveletta *Maldito amor*, que fue previo a que se pusiera a escribir en inglés. Tengo que admitir que lo que escribe ahora no me gusta. No hablo de valor literario, sólo de mis gustos. No me gusta la literatura confesional. Creo que Manuel Ramos Otero, narrador muerto en 1991 de SIDA, es el mejor escritor puertorriqueño que ha dado el país. Es excelente, una de mis influencias más presentes y frecuentes" (*Barcelona Review* 5).

Más adelante, en un artículo sobre la raza en la cultura puertorriqueña, Santos Febres critica la caracterización de la negritud desde un plano puramente corporal, lo que llama "racialización biológica", y menciona a varios autores que han caído en esta trampa ideológica, entre ellos a la Ferré. Específicamente hablando de "Cuando las mujeres quieren a los hombres", señala Santos Febres: "

Y aunque las dos mujeres se confabulan contra el marido—Ambrosio, representante de la sociedad patriarcal—el mundo de la mujer blanca es descrito con precisión y nos resulta plenamente reconocible. Pero el de la mujer negra brilla por su ausencia. Está representada tan sólo por su cuerpo, la sexualidad, lo erótico. No tiene ni historia ni cultura ni costumbres, ni sentido mayor que el de su cuerpo (Hernández 165). Refiriéndose al lugar que Isabel la Negra ocupa con respecto a Isabel la Blanca, Santos Febres señala:

Ella sigue ocupando el lugar del Otro, es el ser amenazante que le puede quitar la herencia a la mujer oficial, auténtica. Su vestimenta es mímica y parodia. del ser real. Es el cuerpo de la prostitución. Es el animus del ánima, su contrario. Esta oposición simbólica/indicativa le confiere su razón absoluta. Adquiere su sentido sólo en relación al mundo, los saberes y los símbolos, las luchas y necesidades de alianza de la mujer blanca (Hernández 166).

Es en el artículo sobre la raza que Santos Febres examina la problemática racial que ella decide confrontar en su obra:

Quiero aprovechar esta oportunidad para discutir por qué las respuestas culturales a lo negro en Puerto Rico se resumen en: invisibilización sistemática de la historia, la presencia y la cultura negra en Puerto Rico, desplazamiento de lo negro al resto del caribe, folklorización atemporal y el entronque de sus definiciones en el cuerpo, y, por último, plantar lo negro como el límite de lo conocible. Aún más, me importa señalar cómo, ante estas prácticas culturales nacionales, muchos escritores e intelectuales puertorriqueños negros hemos optado por el silencio (Hernández 170).

Dados estos parámetros, no es de extrañar que la crítica enfatice ciertos elementos a expensas de otros. Juan Pablo Rivera, en su estudio sobre lo que él llama "madrinas" en *Nuestra señora de la noche*, asevera:

Mientras la figura materna en la configuración psicoanalítica siempre es una madre fálica, la madrina sostiene una relación mucho menos directa, y mucho más problemática, con el padre. Ella bien podrá suplantar al padre cuando falte éste, por eso la madrina es un recordatorio de la mortalidad de los padres. Existe para recordarle al falo que podría ser descartado (6)

Rivera equipara la paternidad con el Falo, sin contar que la primera es un hecho tanto biológico como cultural, y el segundo una construcción ideológica. Mas su comentario lleva a la realización de que no existe en ninguna parte un estudio de lo que no es hembra ni es negra pero también constituye una buena porción de la novela. En efecto, si uno "invisibiliza" la figura de Isabel Luberza o al menos la minimiza, se encuentra con un *bildungsroman* cuyo centro es la paternidad y las relaciones filiales. Y sus integrantes son en su mayoría masculinos y blancos: los miembros de la familia Fornarís. Tal conformación narrativa parece haber eludido a los críticos. Rivera asegura: "A Santos Febres poco le importan la figura del padre y del prócer: su narrativa las ha descartado por completo. Las madrinas son los personajes que sustentan las familias en su obra" (2). Como veremos, tal aseveración parte de una postura

ideológica y no de una lectura cuidadosa del texto, ya que "invisibiliza" el eje masculino de la novela.

La historia de Isabel Luberza no se puede contar sin entrar en la historia de Fernando Fornarís, no el único hombre en su vida pero el decisivo, quien le da tanto propiedades como un hijo. La historia es más bien común: una criada que seduce o se deja seducir por el señorito de la casa en que trabaja, queda preñada, y luego es descartada a favor de una esposa de la misma clase social del amante. En este caso, ambas mujeres conciben casi simultáneamente, lo cual es conveniente en términos del desarrollo narrativo ya que cuando los hermanos al fin se encuentran, uno es mayor que el otro sólo por meses. Lo que es diferente en el relato de Santos Febres, y que no repercute en la crítica, no es el que la madre abandone el niño al nacer, sino que el padre se haga cargo de la criatura. Otro dato sorprendente tiene que ver con Fernando y el establecimiento de Luberza: "El pueblo entero lo sabía. Su padre, el licenciado Fernando Fornarís, no pisaba el Elizabeth's ni bajo amenaza de muerte. Tan fácil que se le hubiese hecho. El Elizabeth quedaba justo a la ribera del Portugués, en un terreno aledaño a las fincas de la familia." (31). Si Luberza rechaza la maternidad, Fernando, por su parte, rechaza el comercio sexual que Luberza ha escogido como identidad primaria.

Mucho se ha escrito sobre la reproducción y la legitimidad/ilegitimidad de la descendencia patriarcal. Señala Llorens: "Reproduction is important because inherent in such a metaphor are mythologies about legitimacy versus illegitimacy. . . . The nation successfully reproduces itself but power is bestowed upon some and not others" (199). Tal condición se refleja en la descripción que hace Luberza del padre de Fernando Fornarís, Luis Arsenio (como en Macondo, los nombres se repiten):

Mercader próspero en los negocios de importación y exportación. Se decía que algunos muchachos del mandado en sus bodegas eran sus hijos naturales. Tenía múltiples negocios, pero los atendía sólo él, porque a su único hijo reconocido, que era un príncipe, lo reservaba para mejores destinos. Tuvo que vender algunas tierras para mandarlo a estudiar a la capital, pagarle sus caprichos. Pero a don Luis no le importaba. Su consentido nunca lo podría defraudar mientras siguiera estudiando, mientras trajera un título profesional a la casa. Tal parece que se cumplía el plan. El muchacho se recibía de abogado (193).

En esta cita se hace claro que Luis Arsenio Fornarís, el abuelo, privilegia a su hijo legítimo, aunque cuida de los hijos naturales, empleándolos como subordinados en sus negocios. Esto correspondería a la distribución del poder que señala Lloréns. Pero la situación cambia cuando se llega a su hijo Fernando, y a sus nietos. La práctica paternal de Fernando—que tiene muy poco que ver con la ideología del paternalismo-- tiene necesariamente que contrastarse con la práctica maternal de las tres mujeres envueltas (o no) en la crianza de sus vástagos. Podemos de entrada descartar a Isabel Luberza, como lo describe el mismo Fernando:

Quise desentenderme pero no pude. Bastante que me lo recriminaba tu abuelo. . . . Pero la madre lo abandonó recién nacido. Ni se lo quiso pegar al pecho. . . . Las quise a las dos y se me partió la vida. Pero ¿qué iba a

*hacer yo con ella, dónde podría yo ponerla a vivir, que me aceptara ese lugar que era el único que yo podía darle. No hubo forma de convencerla (*335).

Santos Febres se ocupa de comprobar tal rechazo al describir el momento del parto: "Pero la cicatriz de su vientre se lo advertía, aquel hijo era su muerte. La tuvieron que rajar para sacárselo, zurcirla luego, cicatriz de piel brillante le quedó en mitad del vientre" (285): "Ahora no era momento de criar un hijo. Ahora era su momento" (288). Para colmo, Luberza queda estéril a consecuencias de una infección que hace necesaria una histerectomía (260), lo que la inutiliza como participante en el proyecto fundacional. En cuanto a Montse, la vieja puta analfabeta retirada de "las Tres Marías," el segundo burdel de la novela, hay que hacer notar que, lejos de ser "versada en el lenguaje del negocio" como afirma Rivera (5), vive en un estado de confusión mental que finalmente desemboca en una violenta locura senil. Sus negóciaciones con vírgenes y espíritus son en realidad incoherentes súplicas de favores a cambio de dádivas, no verdaderas transacciones comerciales. La realidad es otra: subsiste de las limosnas de los fieles que patrocinan el santuario y de lo que le pasa Fernando Fornarís para la manutención de Roberto. Y ni eso llega a sus manos, ya que las hermanas de Armando, el hacendado que hiciera de Montse su amante, que todavía viven en los terrenos adquiridos por Fernando, se quedan con el dinero. Es a través de la intervención del propio Roberto Fernando (67) que el padre se entera de lo que sucede y lo arregla, pasándole los terrenos a Montse (69). Más tarde, se hace claro que Montse depende de Roberto, quien comienza a trabajar en "Las Tres Marías" (133). Montse siente unos celos furiosos de Fernando, celos que contaminan sus alucinaciones: "¿Es el negocio del Padre sacrificar al Hijo? ¿Es el camino del Hijo ver que el Señor lo abandona una vez más? . . . Te lo dije, Montse, así es, María, nunca confíes en el Señor" (198). Montse termina envuelta en una violencia senil que hace que Roberto la rechace: "Entonces subí a buscar a Madrina a la montaña. Estaba vieja, loca. Me hablaba de venganzas y de cobrar con sangre y todas esas tonterías; yo que venía harto de ver tanta sangre correr. "Botó a Lisandra de la casa, dijo que la culpa era de ella por haberme cambiado. Que yo era tan traicionero como mi madre. Entonces me dijo su nombre. Isabel Luberza Oppenheimer." (333-34). En cuanto a Luberza, Roberto es cruelmente escueto: "Uno no echa de menos lo que no ha tenido. Así lo quiso ella" (336). Ni madre ni madrinas en el proyecto de Santos Febres; las primeras abandonan o castran (Luberza a Roberto, Cristina a Luis Arsenio); las segundas son explotadoras (Luberza en el caso de sus "ahijadas") o parasitarias (Montse).

De hecho, en *Nuestra Señora de la noche* existe una deliberada hostilidad en contra de la maternidad, del color que sea. Ni las putas ni las vírgenes son buenas madres. Pasemos a Cristina Rangel, la rival de Luberza, madre de Luis Arsenio. Santos Febres arremete con todo un arsenal de estereotipos posibles contra la mujer blanca y burguesa. Es un "ángel doméstico", siguiendo los estereotipos victorianos:

Doña Cristina Rangel aprovechaba las Navidades para recordarles a todos que ella era la señora de la casa, señora en propiedad, sentenciadora de órdenes domésticas, pedidora de jamones, de cortes de lomo,

ponches, mazapanes y avellanas . . . . Había que mandar a hacer trajes nuevos para la Misa del Gallo. . . . Necesita un mantel bordado para la mesa del centro y montar el pesebre . . . . Doña Cristina Rangel de Fornarís asumiría su papel de guardiana de las tradiciones (74).

Es una madre castrante y devoradora:

Después empezaría la tortura. Doña Cristina perseguíría al hijo por toda la casa. No lo dejaría estar a solas ni en su recámara, ni en el patio, ni aun en el cuarto de baño. Insistiría en limpiarle la espuma de jabón de las quijadas. Haría caso omiso de la sombra de barbas que él ya rasuraba y lo trataría como un niño, preguntandole con insistencia qué regalo quería para los Reyes Magos (75).

Es alcohólica: "La alacena siempre estaba llena de botellas de colores que despedían un olor a lentas fermentaciones con las cuales su madre bautizaba su café todas las mañanas" (75). Es un parangón de perfección inaccesible: "Complacerla es imposible porque los estándares de la señora son inalcanzables, los gustos de la señora, excelentísimos, la sensibilidad de la señora más frágil que un cristal, los sacrificios de la señora los de una mártir del hogar. La señora siempre estará insatisfecha y el mundo le quedará en deuda. Sólo su bálsamo la consolará". (79). Finalmente, cando el marido se larga una noche en uno de sus viajes inexplicables, Cristina sufre el inevitable y eventualmente fatal colapso nervioso que la conduce al hospital y es la causa de la ruina económica de los Fornarís: "Doña Cristina Rangel no hizo nada. Tan sólo suspiró profundo y se cayó de sí misma." (124) [iii]. Explica su marido: "La cabeza, Luis Arsenio. Tu madre no para de temblar, de decir incoherencias. La tuve que internar en el Hospital de Damas usando influencias de la familia porque allí no tratan enfermedades mentales, pero al menos la vigilan las veinticuatro horas. . . . Se tomó un pote entero de calmantes. Hubo que vaciarle el estómago" (229).

Cristina Rangel sufre la misma suerte que su contraparte negra, la "madrina" Montse. Sin embargo, Luis Arsenio no abandona sus deberes filiales: "Cuidó de su madre tres días con sus noches. Le limpió el vómito de las comisuras, la alimentó, se sentó junto a ella, le escondió como pudo sus botellas de borracha" (126). Tal sentido protector lo hereda Luis Arsenio de su padre, quien vela por sus dos hijos como debiera hacerlo una madre o madrina. La relación entre Fernando y sus vástagos se hace evidente desde la infancia de cada uno:

Su padre le sonrió levemente. Lo llamó con un gesto de la mano. Luis Arsenio caminó despacio y cuando llegó sintió un enorme deseo de abrazársele entre las piernas. Pero su padre se le adelantó y lo levantó en vilo. Le dio un beso en la mejilla, un beso suave y atento como cuando Arsenio era más niño y él llegaba de aquellos largos viajes a la capital. Así abrazados, los dos se pusieron a contemplar el salón, envueltos en una complicidad que los hacía acurrucarse el uno al otro, como esperando a que algún carruaje viniera a rescatarlos . . . . (29)

Queda implícito que ese carruaje los rescataría de la madre/esposa. Esta relación se prolonga a través de los años. Luis Arsenio siente la mirada del padre en el momento mismo de su iniciación sexual (39). Cuando Luis

Arsenio regresa al hogar por la enfermedad de la madre, Santos Febres describe una escena de total intimidad doméstica entre hombres:

Había un suave puente que se tendía entre don Fernando y Luis Arsenio, entre las manos que tomaban la sopa y el ritmo de las del hijo que tomaba su sopa también, compasadamente. Una tenue conversación se desenvolvía entre los dos. . . . . Eran al fin dos hombres hablando del destino, solucionando problemas, los dos parados sobre sus propios pies y sin la necesidad de ahogar al otro, de soltarle las consecuencias de sus vidas al otro (235).

En cuanto a Roberto, su padre se ocupa de matricularlo en la escuela (65), provee para su futura seguridad económica y la de Montse (69-70), lo lleva al hospital cuando se enferma (262) y cuando comete su primer acto de violencia en el putero de Las Tres Marías porque otro chico le menciona su origen, hace los arreglos pertinentes para evitar que haya un juicio, previa condición que Roberto se aliste en el ejército (200). La intimidad del contacto entre padre e hijo provoca la furia de Montse, quien reconoce la inviolabilidad del lazo que los une y su propia irrelevancia.

Ataca. María Candela, quémalo con tu furia. El licenciado le tiende la mano al Hijo. "Roberto, ¿qué hiciste?" Ataca. "Padre, ¿es cierto lo que dicen por ahí? Que soy hijo de una puta, dime ¿Es cierto?" . . . . El padre se acerca un paso más. Toma al hijo por los hombros, lo acerca a su pecho. Se funden ambos en un abrazo. Le roba el abrazo a la vieja . . . La Virgen la mira y se ríe. A la vieja se le cae la camisa del hijo de las manos. Una brisa la arrastra hacia donde el Padre y el Hijo la pisan, encaminándose ambos hasta el Packard (200).

Sin embargo, Roberto, al igual que su hermano, no descuida su obligación filial, y asiste a Montse cuando está muriendo (339).

Luis Arsenio y Roberto se encuentran por primera vez cuando ambos esperan abordar el acorazado que los llevará al corazón del conflicto armado en las Filipinas. A través de la novela Santos Febres ha utilizado una descripción física de los Fornarís casi como si fueran versiones de un mismo cuerpo, [iv] y que sirve para que los hermanos se reconozcan. Arsenio percibe al hermano a lo lejos, en otra fila:

Pero aquella mirada le pesó demasiado sobre la carne y tuvo que encontrarle el origen. Entonces le pareció verse desdoblado entre las filas de soldados. Allí había otro él; los mismos ojos verdes mirándolo, de cuerpo más recio pero igual al suyo, estatura mediana, hombros anchos. . . . Fue un instante tan sólo. Era el mulato (296).

Roberto recibe la misma impresión, pero de un compañero en la fila: "Adiós Roberto, mira a ese tipo, el doble tuyo, pero blanco." (334). La aparición del *doppelganger* podría muy bien ser una alusión irónica al cuento de Rosa-rio Ferré y las dos Isabel. Ya en las Filipinas, Roberto comete su segundo acto de violencia, apuñalando a un filipino que lo llama "mono negro de mierda". Luis Arsenio, quien trabaja para la rama judicial del ejército, recibe su expediente, lo reconoce por el nombe y como

el origen de la mirada en el barco, y participa en su deposición (298).

El resultado es favorable, pero Roberto no sabe que su hermano le ha tendido una mano, y le escribe a través de Montse: "Un agente enemigo le tendió una trampa fuera de un bar. Fue en defensa propia. Desestimaron los cargos. Pero le pregunta si usted sabe de la existencia de un hermano. Si conoce los paraderos del otro hijo del licenciado. Que le mande a decir a esta dirección. Que es de urgencia" (304) [v].

Luis Arsenio, al final de la novela, no ha entrado a formar parte del proyecto fundacional: no tiene ni mujer ni hijos (332). Roberto, en cambio. . . vivía en una casa de cemento de cuatro cuartos que se había comprado con su pensión de soldado. La familia le crecía silvestre del vientre de una jíbara de quien se enamoró en una de sus visitas a la isla. . . . Se casó con ella aun estando en el ejército, pero la dejó en Hormigueros, en casa de su madrina, después se la llevó a Alemania. . . . Poco a poco se hizo contratista. . . . (331-32).

La hibridización, no la africanidad, es el verdadero elemento fundacional del Caribe y de la identidad puertorriqueña: un mulato costeño casa con una mestiza de altura, y su progenie constituye el futuro, lo que Roberto le hace claro a su hermano: "No hay nada como que los hijos completen el camino que uno empieza" (331). Dos toques finales completan el *bildungsroman* de los Fornarís. Luis Arsenio incorpora a Roberto en sus negócios, fundando "Luis Arsenio y Roberto Fornarís, S. A., Hermanos" (337), mientras que Roberto, a la muerte de Montse, hereda tanto la finca de Rincón (336) como supuestamente, la mitad de la fortuna de Luberza (354). Finalmente, en el entierro de Luberza, Luis Arsenio no sólo ayuda a cargar el féretro junto a su hermano sino hasta que recibe condolencias, debido al parecido físico entre ellos (358).

La novela termina con un desafortunado comentario ideológico sobre la muerte de Isabel la Negra: "Eran tantos los culpables de aquella muerte" (359). Nadie es "culpable" de su muerte sino ella misma, como tampoco hay razón alguna para que a Luis Arsenio le den las condolencias. Luberza no ha tenido ni arte ni parte en las vidas de estos dos herma-nos, excepto como fuerza negativa. Sin embargo, Santos Febres los hace presentes en su entierro, lo que es posible gracias a la paternidad responsable de Fernando Fornarís. Que una crítica miope ignore la presencia de la paternidad como fuerza positiva y superior a la maternidad o el madrinazgo en *Nuestra Señora de la noche* arroja serias dudas acerca de las premisas que la informan y rigen.

Obras citadas

Echevarría Cabán, Abdiel. "Una riqueza mítica: *Nuestra Señora de la Noche* y los mitemas de la cultura." http://versaliaiiblogspot.com.2007/11/una-riqueza-mtica-nuestra-seora-de-la.html

Ferré, Rosario. *Papeles de Pandora*. México: Joaquín Mortiz, 1976.

Hernández, Carmen Dolores, ed. *Literatura Puertorriqueña: Vísiones Alternas*. San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. 2004.

"Isabel La Negra."
http://en.wikipedia.org/wiki/Isabel_la_Negra

Lloréns, Hilda. "Brothels, Hell and Puerto Rican Bodies: Sex, Race and Other Cultural Politics in 21st. Century Artistic Representations". *Centro Journal* XX:1 (Spring 2008):193-217.

Méndez Panedas, Rosario "Mayra Santos Febres: *Nuestra Señora de la Noche*." Espéculo.
http://www.ucm.es/info/especulo/número33/nsnoche.html

Morgado, Marcia. "Una literatura para atacar el asma: Entrevista a Mayra Santos Febres." Marzo-abril 2000, n 17 http://barcelonareview.com/17/17_ent_msf.htm

Ramos Otero, Manuel. El *cuento de la mujer del mar.* Río Piedras: Huracán, 1979.

Ramos Rosado, María. *La mujer negra en la literatura puertorriqueña*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1999.

Rivera, Juan Pablo. "Lenguas madrinas: *Nuestra Señora de la noche* y el bilingüismo de *Sirena Selena.*" *Ciberletras.*
http://www.lehman.edu/faculty/guiñazy/ciberletras/v16/rivera/html

Notas

[i] Esta información fue tomada de la encyclopedia cibernética Wikipedia. http://en.wikipedia.org/wiki/Isabel_la_Negra

[ii] Texto para la "First Conference on Ethnicity, Race and Indigenous People's in Latin America", University of California at San Diego, May 22-24, 2008. Encontré el texto a través del Internet. Al imprimirlo, noté que no daba una dirección electrónica. Cuando fui a buscarlo de nuevo, al parecer lo habían retirado.

[iii] La novela está llena de infortunados giros y oraciones que nada tienen que aportar a la "prosa poética" que la crítica tanto alaba.

[iv] Descripción que se repite tantas veces que se convierte en un lugar común, y resta mérito a la estructura de la novela.

[v] Otra de las muchas inconsistencias de la novela. Es inverosímil que Roberto, ya adulto, no sepa que Montse sea analfabeta, o que después del reconocimiento instantáneo en el barco no haya percibido a su hermano en el momento de la deposición.

Navidades en Caracas

Sabíamos que había llegado la temporada porque el aire se tornaba friolento. Los atardeceres se llenaban de una espesa niebla que bajaba de las montañas, cubría la ciudad y hacía que las luces cobrasen un aire más festivo.

Las Navidades de mi temprana infancia en Caracas, Venezuela, estuvieron misericordiosamente libres de influencias angloamericanas. Ni arbolitos de Navidad ni castañas asadas, nadie deseaba ver nieve, y en cuanto a Santa Claus, no era un santo católico pero una figura extranjera, importada, políticamente incorrecta. Además, todo el mundo sabía que el Niño Jesús, cuyo nacimiento cada familia celebraba a través de la hermosa y ya perdida costumbre de montar un pesebre, traía los regalos.

Vivíamos en una antigua casa colonial de la parroquia La Candelaria, a una cuadra del parque Carabobo. La sala abría sus enormes ventanas a la calle, para que pudiéramos conversar con vecinos y transeúntes. Tres semanas antes de Navidades papá removía todos los muebles, que se redistribuían por toda la casa. Las mesas se pegaban contra la pared del fondo. Papá y mamá teñían de verde innumerables bolsas de estraza que cubrían de cola y regaban con aserrín, también teñido de verde. Con ellas, sobre cajas, construían un paisaje de montañas y valles que ocupaba la mitad de la habitación.

Luego mamá sacaba más cajas conteniendo el nacimiento hecho de cerámica italiana envuelto en papel de seda que había estado guardado cuidadosamente por un año. Mi hermana y yo corríamos de un lado para otro ayudando a colocar los pastores y las ovejas, los majestuosos tres Reyes con sus camellos, el espejo que servía de lago a patitos y cisnes, los arbolitos y el anacrónico villorrio suizo colocado a un lado del pesebre, y cuyas casas, por un milagro de papá, se iluminaban por dentro.

Completaban la escena ángeles suspendidos sobre todo el conjunto por cordones casi invisibles, y en la pared, un cielo de papel azul cobalto cubierto por diminutas estrellas rutilantes.

Cuanto todo se encontraba en su santo lugar, mamá desenvolvía al Niño Jesús y lo colocaba en el pesebre entre la mula y el buey, mientras inclinábamos la cabeza y murmurábamos una plegaria, llenos de anticipación, sabiendo que en unos cuantos días recompensaría nuestras atenciones con regalos. Se abrían las ventanas y los vecinos admiraban nuestros esfuerzos, comentándole a mis padres que cada año nos quedaba mejor el nacimiento.

Una segunda costumbre navideña consistía en la misa de gallo. La semana antes del 24 cada iglesia de cada parroquia celebraba misa a las cinco de la mañana, a la que asistían las familias con los niños y amigos, todos cargando sus patines. Después de la misa, los grupos se dirigían a los Caobos, otro extenso parque, donde se patinaba hasta que era hora de salir para el trabajo o la escuela. A veces no asistíamos a la misa, pero entonces los estudiantes de mis padres y sus familias nos tocaban a la puerta cantando aguinaldos a eso de las seis de la mañana, y mi madre corría a informarle a doña María, cocinera, nana y su mano derecha, que había que alimentar a toda la tropa. Otras veces desayunábamos en el parque: fragantes arepas rellenas de requesón o chi-

charrón de cerdo, asado de solomo con yuca y guasacaca, y el mejor café con leche del mundo, apuntalado con un chorrito de ron para el frío.

El virtuosismo gastronómico era parte esencial de la estación. Mi madre cedía la cocina a papá, quien dirigía las más complejas operaciones culinarias. Toda la familia participaba en la manufactura de nuestros puertorriqueños pasteles, tamales rectangulares de plátano verde y yautía amasados con manteca de achiote y un poquito de calabaza, según papá, para suavizar la masa. Mientras se pelaban y rallaban los kilos de verduras y mi madre nos aplicaba yodo en las cortadas y raspaduras que la operación nos producía, el olor a cerdo guisado que constituía el relleno, con almendras, pasas, aceitunas, alcaparras y garbanzos, se filtraba por todo el vecindario. Finalmente, se ensamblaban los pasteles, envolviéndose en hojas de plátano pasadas por el fuego para hacerlas flexibles y luego en un papel especial. Recuerdo el número mágico: 144 pasteles, suficientes para regalos y el consumo doméstico. Los primeros se hervían inmediatamente para que disfrutáramos del producto de la labor familiar, siempre acompañados de un buen vino tinto. Y también teníamos hallacas, la versión venezolana de los pasteles pero con masa de harina de maíz, que Doña María traía de su casa.

Papá viajaba por todos campos que rodeaban la ciudad hasta encontrar los elusivos quinchonchos, herencia de nuestros comunes ancestros africanos y palabra venezolana para gandules, sin los que no se concebía una cena navideña. El arroz con gandules acompañaba al lechón asado que papá había ordenado desde el mes anterior. Y pavo, una concesión a las lecturas que hacía mi madre de *House Beautiful*, pero no asado. Mi padre lo cortaba en pedazos, lo sumergía en vino tinto con cebollas y especias y lo dejaba en la nevera par de días antes de hornearlo hasta que la carne se tornaba púrpura y se desprendía de los huesos. Y los postres, quesillo de piña, torta de guanábana, cortesía de "La perfecta ama de casa," arroz con leche, tocino del cielo, merenguitos, crocantes por fuera y suaves por dentro, polvorosas, y otras exquisitas galletitas alemanas con exóticos condimentos que eran el regalo anual de una amiga.

Si mi padre imperaba en la cocina durante la temporada navideña, mamá era la experta indiscutida en el arreglo de la casa, pero sobre todo de la mesa del comedor, que resplandecía como sacada de una fotografía en las revistas que tanto amaba. Los muebles eran de lustrosa caoba, mostrando las arquitectónicas proporciones masivas asociadas con las postrimerías del estilo conocido como Deco. Mi hermana y yo limpiábamos con aceite de limón cada ranura y recoveco de cada silla, el inmenso bufete, y brillábamos la platería italiana. Papá derretía cera en una lata y lustraba los pisos de losetas. Mamá sacaba sus mejores manteles: encaje holandés, bordados portugueses, seda china, lavados a mano, almidonados y planchados cuidadosamente por Doña María.

La vajilla inglesa y las copas de fino cristal, adquiridas en el Bazar Caracas, completaban el cuadro. En el medio de la mesa, un enorme ramillete de flores de la estación daba el toque final. A pesar de haber participado arduamente en las preparaciones, aquel comedor siempre nos parecía un milagro de belleza creado por manos ajenas. Papá conducía el brindis inicial, recordándonos que, así como una mesa no se podía sostener sin una de sus cuatro patas, la fortaleza de nuestra familia se encon-

traba en sus cuatro miembros, todos igualmente importantes. Y para demostrarlo, mi hermana y yo comprartíamos el brindis, bebiendo vino mezclado con agua.

Las lecturas de mi madre fueron responsables de la aparición del primer arbolito de Navidad. Era, claro está, artificial, y se quemó debido a una falla en los cordones eléctricos de las bombillitas. De hecho, si no recuerdo mal, esto sucedió más de una vez hasta que mama decido comprar un árbol a prueba de fuego. Llegó a la casa con un mamotreto que no tenía ningún parecido con nada natural, hecho de aluminio plateado. Nuestros vecinos se encantaron con el arbolito, que les parecía tan modernamente vanguardista, decorado con lazos de colores y brillando bajo las luces. Pero mantuvimos el nacimiento hasta que nos mudamos a un apartamento en un último piso frente al liceo Andrés Bello, donde no había espacio. Para consolarnos, papá nos llevó a ver el maravilloso "nacimiento mecánico," en el que los ángeles volaban, el agua corría en cascadas y el Niño Jesús movía los bracitos y las piernitas.

La noche antes de Navidad íbamos a la iglesia y cenábamos temprano, ya que era esencial que estuviéramos dormidos mientras papá y mamá esperaban al Niño Jesús para informarle que habíamos sido muy buenos todo el año, y le entregaban las cartas con nuestros deseos. Y de ahí cómo descubrí quién era el Niño Jesús en realidad. Unas Navidades yo había pedido un piano y mientras papá lo arrastraba a nuestro cuarto, sonaron las teclas. Desperté y, entornando los ojos, lo observé colocarlo al pie de mi cama.

Al lado de la cama de mi hermana colocó una inmensa muñeca que literalmente era más grande que ella, y cuya sombra la cubría amenazante. Poco después ella despertó y, asustada, comenzó a llorar. Para calmarle le conté lo que había visto. Mis padres nos regañaron por estar despiertos y nos dijeron que el Niño Jesús había dejado los regalos con ellos, y lo que habían hecho era colocarlos en nuestro dormitorio. Aceptamos la mentira piadosa, pero ya el encantamiento de la ficción se había roto, al menos para mí, aunque no la magia de la temporada. Quedaban las visitas de amigos de la familia, y la llegada de los Tres Reyes, cuyos camellos consumían el agua y las yerbas que les dejabamos debajo de la cama a cambio de más regalos.

Hoy en día, no me siento con el mismo ánimo de celebrar las Navidades. Todavía la percibo como una fiesta de carácter religioso, y más que religioso, mítico. Las Navidades actuales se han convertido en una fiesta secular pervertida y corrompida por los excesos del consumismo, una orgía de compras innecesarias, la única manera en la que esta sociedad celebra cualquier evento. Siguiendo las doctrinas de la psicología jungiana, creo que a través de la celebración de rituales aportamos al Opus de la construcción de nuestra identidad espiritual al sentir y actuar la presencia de lo Divino en nuestras vidas. El sentido verdadero de las Navidades consiste en celebrar la llegada de un dios en cuyo nombre compartimos nuestras esencias con otros, algo que debe ocurrir cada día de cada año y no unos cuantos días en diciembre.

Nueva York, 2003

Carta de amor de madrugada

A Abersio Núñez

He despertado pensando en ti, hoy te veré de nuevo, y eso me hace sentir como un chiquillo en vísperas de fiestas.

Esta es la noche casi madrugada que quisiera compartir contigo, mientras intento imaginar cómo duermes, de qué lado, si con la mano bajo la almohada, si gimes al dormir, respiras acompasada o agitadamente, tu cuerpo instintivamente hace espacio para que mi sombra se acomode en un resquicio, puedes reconocerme invisible penetrando la intimidad de tu dormitorio, acariciándote levemente, poseído del misterio gozoso de quererte, sintiendo cómo cada una de mis partes rebeldes se entrega paulatina pero inexorablemente a la certeza de tu impacto en mi vida.

Tú sabes y yo sé que nuestro encuentro participa de una calidad platónica en tanto en cuanto somos las partes de un todo que se han reencontrado; es por ello que frente a ti ya no sangra la infinita herida, que me gusta acurrucarme junto a ti deseando fundirme del todo contigo, darte mi cuerpo como extensión del tuyo, seres contemplándose ensimismados en el espejo de la diferencia, tú tan como yo y tan distinto, el antiguo misterio de los laboratorios alquimistas, el rebis, el dos-en-uno.

Te escribo para matar un poco las ganas terribles de hablarte, si te tuviese a mi lado te despertaría para pronunciar esos votos que sólo se pueden hacer soñando despierto; sumergido en la total honestidad del amanecer, entreabriendo los ojos me escuchas decirte que te quiero, con una voz nueva surgida para ti; tu mirada cargada de sueño, un poco sobresaltada, se suaviza, se torna sonrisa, me abrazas sin contestar porque no ha sido necesario el decirlo, cada movimiento de mi cuerpo lo grita, cada movimiento del tuyo lo reafirma, existo para restañar hemorragias mutuas, tú curandero y yo guía, ni dueño ni esclavo camino al lado tuyo por las calles de esta madrugada, queriendo acelerar el curso de las horas, dejándome poseer por el dolor voluptuoso de la espera.

Ni siquiera me queda la soberbia de preguntarme quién eres, si te merezco, te acepto con la humildad del que recibe en las manos un cáliz, un vino, un perdón, un pan, una bendición, tu amor me retorna a la inocencia incandescente de los querubines, a la furia creativa de los daimones, no sé a qué Dios agradecerle tu presencia, pero cada célula de mi cuerpo alza la cabeza hacia el firmamento en un acto de fe, y canta la única plegaria posible: tu nombre. El perfecto amor destierra todo miedo, todo terror, abre el corazón y lo hace uno con el universo, aumenta al infinito la capacidad de percibir, nos llena las manos de palabras que dar, y seguirá siendo más fuerte que la muerte; frente al día que nos ofrece sus profundidades azules te reconozco, te saludo, mi igual, mi semejante, compañero, padre, hijo, hermano, amigo, amado, amante.

8/17/ 1996

De *La voz de su dueño, 1999. "*Alfredo me escribe esta carta la segunda semana de conocernos", Abersio Núñez

Durante la serie de lectura de poesía del Boricua College en Brooklyn (2006). De izquierda a derecha: (*parados*) AlfredoVillanueva, Carmen Valle, Sheila Candelario, José Ángel Figueroa, José Acosta, Nicole Cecilia Delgado y David Cabán Cortés; (*en cuchillas*) Alberto Martínez-Márquez y Rita Indiana Pérez.

Alfredo Villanueva-Collado: contestando preguntas

A 14 de julio, 2016

Escribir en español en Nueva York significa que: 1. Si no eres NYorikan y "plebe", en Puerto Rico ni te consideran. 2. Nadie te publica porque no traduces. 3. Si para colmo eres pasadito en años, no puedes competir con la horda de poetitas activistas que tienen más energía para corretear de lectura en lectura todas las semanas. 4. Otra horda, pero esta vez de jaibas poetas "editorialistas", te desolla los bolsillos para publicar tu libro, que después sale hecho una porquería. 5. Si rehúsas ser puerquito de feria, tampoco eres poeta.

Mantengo una relación emocional e intelectual con varios países que son drogas nocivas. Te hacen daño pero sigues metiéndotelas. Digamos que soy un anti-nacionalista. Me he formado en tres lugares: Venezuela (revolución perpetuamente fracasada), Puerto Rico (colonia perpetuamente fracasada) y Estados Unidos de Amérika (vendedores de espejismos, imperio perpetuamente fracasado).

¿Manadas, escuelas, bandadas, rebaños, piaras de poetas? ¿De congreso en congreso exhibiendo el cuello pelao y el tuquito ralo? Lo siento. Mi torre de marfil, transparente e ingenuamente peligroso ataúd de vidrio, me protege del cacheteo poético, no importa cuál siniestro Supremo sirva la mesa. Y hablando de cacheteo: todo el mundo quiere un libro gratis y autografiado.

Mi compromiso es con la palabra, no con el público ni con otros escribanos. La ostra crea la perla en solitario silencio, lejos de pulpos, lampreas, tiburones.

Poemas:

Pequeña clase media

La basura de la pequeña clase media
ha venido a parar a la puerta.
Paseítos por cualquier parte
con requeridas fotos transeúntes.

Queso con sabor a calzoncillos.
Milenarios embutidos mortales.
Rebeldías transgeneracionales
que rechazan recetas o géneros.

Compulsiva demencia de ama de casa.
Descarada subasta de politicuchos.
De arepa en alcapurria en hamburguesa,
se alimenta a fuerza de arrastrarse.

Poesía de infelices insurrectos.
No sacia la gula del mercado.

Recordando a la cantante calva

¡Qué viva la intrared de la vanguardia,
la dictadura de la democracia,

la democracia de la incomunicación,
la mediocracia de la metapoesía!

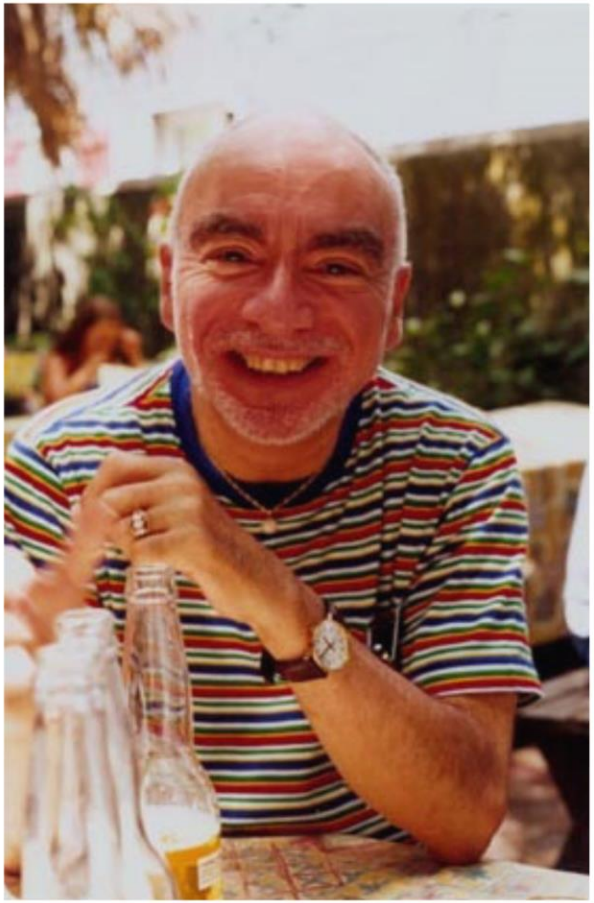
Otra Edad Media llena de juglares
atosigando pescuezos patricios
con una nueva babel de vocablos,
antigradaciones, retronovaciones .

El futuro ya no reside en los huevos,
como dijera un burgués absurdista,
sino en inodoros celulares, ipódicos
rinocerontes exhibicionistas.

El despelote cibernético,
sublevación perpetua, entronizada
por los resentidos del lenguaje,
los desheredados de la palabra.

El resultante arroz con huecos
lleva a falocracias nivelizantes:
los enemigos de la bazofia,
eliminados por reaccionarios.

No hay duda alguna. Dada la especie,
también se da por sentado un axioma:
ni darwinismo ni diseño inteligente.
Devoluciona la bestia parlante.



letras salvajes